



R. ORTEGA Y FRÍAS



LAS JUSTICIAS DE FELIPE II



LA NOVELA ILUSTRADA
REVISTA SEMANAL = NUMERO 312

TOMO PRIMERO
35 CÉNTIMOS —

R. 13344

Ramón Ortega y Frías



Las justicias de Felipe II

TOMO PRIMERO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Maupérin. J. y E. Goncourt.
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
- 4.—Carmen, Próspero Merimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguenev.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Melistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Merimée.
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El idolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 31.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La peña del muerto, por Q. Couch.
- 167 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 á 222.—La dama de la ganza, G. le Faure.
- 233 á 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Mafia, Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordon Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 á 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 285 á 292.—El judío errante, E. Sué.
- 274 á 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 á 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 33.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)—284.—El Año Terrible. 301.—El rey se divierte, Ruy Blas, Hernani. Angelo, tirano de Padua. 302.—Cromwell. Maria Tudor.

Colección Tolstoi.

- 41.—Resurrección. 45.—La guerra y la paz. 48.—La sonata de Kreutzer. 47 y 48.—Ana Karenina; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. duTerrail.

77. La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocambole tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de

- Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azules.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96. Los lobos de la nieve.—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color de rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rayo de una muerta.—119. El hilo rojo

Colección Dumas.

- 51 á 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 á 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 á 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 á 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 á 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 á 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 á 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 á 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 á 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 á 153. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 á 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 á 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 á 199. Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

- 130 á 138.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos. 139 á 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos.

Mayne Reid

- 159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Manc Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

- 200 á 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos. 204 á 208.—La maldición de Dios; cinco tomos. 210 á 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 á 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 á 199.—Leyendas de la Alhambra. 260 á 264.—Lucrecia Borgia.—La buena madre, 285 á 28.—La princesa de los Ursinos, 295 á 300.

Clásicos españoles

- 175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares. 209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojeado. 241.—Moratin, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras. 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes. 248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa. 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado. 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz. 254.—Romancero del Cid. 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—Ir luna de la sierra. 259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El con el desdén.—De fuera vendrá...



Las justicias de Felipe II

PARTE PRIMERA

Sangre de inocentes

CAPITULO PRIMERO

LA GACELA Y EL TIGRE

El día 20 de Agosto del año 1567, y pocos minutos después de haber dado las doce, salió del alcázar de Madrid un caballero ricamente vestido, que parecía tener treinta años, y que era de regular estatura y musculares formas. Su continente era noble, su frente despejada, blanco su rostro, rubia su barba, sus ojos azules, dura y penetrante la mirada y delgados los labios.

Era el tipo del verdadero señor de aquellos tiempos, con su continente altivo, revelando el orgullo, la soberbia excesiva, y con un gesto de desdén profundo que ofendía, que humillaba.

Sin duda por esto, y á pesar de su varonil hermosura, no era simpático, sino que tenía no sabemos qué de desagradable ó de repulsivo.

Como no pensamos hacer misterios en cuanto á las cualidades de este personaje, porque muy pronto ha de darse á conocer, diremos que la nobleza de su corazón no estaba en armonía con la de su cuna, ó lo que es igual, que era uno de esos espíritus ruines hasta el último grado de la ruinidad.

Nunca se había dominado, nunca había sufrido la más leve contrariedad, y cuando había de satisfacer sus desenfrenadas pasiones, nada respetaba, y buenos le parecían todos los medios.

Poseía grandes riquezas; pero era ambicioso y envidioso, y no estaba contento con su posición brillante. Llamábase don Pedro de Carvajal, no tenía parientes, y vivía con un lujo deslumbrador.

Había ido á palacio para desempeñar una comisión bastante delicada y urgente que le había encomendado Felipe II, que á la sazón se encontraba en el Escorial.

A pocos pasos de la puerta había tres hombres con cuatro caballos, ó sea un escudero y dos pajes con sus cabalgaduras y la de su señor.

Adelantó algunos pasos el escudero, deteniéndose en actitud respetuosa.

Don Pedro, sin pronunciar una palabra, cabalgó y dijo á los pajes:

—Delante vosotros.

—¿Adónde?—preguntó uno de los criados.

—Al Escorial.

—¡Al Escorial!...

—¿Y no cambiáis de ropa?—se atrevió á preguntar el escudero.

—He dicho que al Escorial—replicó ásperamente el caballero.

Muy urgente debía ser el negocio cuando no se detenía para cambiar de vestido, y cuando en camino se ponía á semejante hora en que el sol abrasaba.

Aunque les disgustaba mucho aquella determinación, los pajes espolearon sus corceles, que partieron al trote.

Los siguió el señor de Carvajal, y tras éste fué el escudero.

Bien pronto los envolvió una nube de polvo, y antes de diez minutos estaban cubiertos de sudor y se sentían ahogados por la sed; pero ninguno de los tres sirvientes se hubiera atrevido ni aun á demostrar su fatiga, y mucho menos á detenerse.

Don Pedro parecía muy preocupado.

Su mirada era sombría y su rostro estaba contraído.

Tal vez no sentía el calor, ni la sed, ni nada.

Como iban siempre al trote, y al galope, á las dos horas habían andado la mitad del camino y se detuvieron para tomar algún alimento en una posada que allí había, y para que descansasen los caballos.

Cuando los sirvientes se encontraron solos y pudieron hablar, se desataron sus lenguas para decir de su señor todo lo malo que decir se puede.

Antes de que transcurriesen otras dos horas volvieron á emprender la marcha, si bien entonces no caminaron tan deprisa, y poco después de las seis y media, y cuando el sol tocaba á su ocaso, es decir, cuando iba á ocultarse tras las imponentes montañas que se elevan al Occidente del célebre monasterio, los viajeros dieron vista á la pequeña población del Escorial, que entonces no era más que un villorio de poquísima importancia, y que hoy tampoco tiene mucha, pues no es la población que conocen los viajeros, sino la que desde lejos ven, y que se llama Escorial de Abajo.

En la cumbre de la colina que al Norte de la primitiva población se levanta, hicieronse desmontes de mucha consideración para edificar el monasterio, y entonces por aquella parte empezó á formarse una población nueva, que es el Escorial de Arriba, y que ha llegado á ser el verdadero Escorial, pues creció rápidamente y se enriqueció á la sombra de la corte, que pasaba allí largas temporadas, y de la comunidad, que poseía grandes riquezas.

Cuando el suntuoso, el maravilloso monasterio se edificaba, y aun en los primeros años de haberse establecido la comunidad, el Escorial de Arriba no podía ser considerado más que como un caserío donde se albergaban los trabajadores y donde encontraban mal alojamiento los que tenían necesidad de pasar algunos días en aquel sitio para ocuparse de los asuntos cuya resolución dependía del monarca ó de otros personajes que á su lado vivían.

Ya sobre la colina y á bastante más altura que el monasterio, y en el espacio que entre éste y la antigua población se extendía, veíanse casas más ó menos pobres de artesanos ó de algún labrador, y alguna levantada por tal ó cual personaje que quería tener buen aposento cuando la necesidad le obligase á pasar algunos días en aquel sitio.

Por ahora fijaremos la atención en una casita situada entre el monasterio y el Escorial de Abajo, es decir, algo más arriba y á la derecha del

lugar que hoy ocupa la estación del ferrocarril y no lejos del punto por donde atraviesa la carretera de Guadarrama.

El edificio en cuestión, comparado con los otros, nada tenía de particular más que sus blancas paredes, su limpieza y el esmero con que estaba cuidado el huerto y jardín que lo rodeaba.

Era una casita de un solo cuerpo, con techumbre de pizarra, y que parecía un copo de nieve entre la verde alfombra de hierba y de flores y los árboles frutales.

Hacia Oriente se extendía un terreno bastante bien cultivado, y en cuya parte más elevada había una era.

Aquella casita y aquel terreno constituían el patrimonio de dos mujeres, madre é hija, viuda la primera de un hidalgo que, después de servir muy lealmente á su patria y á su rey, había pasado allí los últimos años de su vida.

Modelo de virtudes eran las dos mujeres.

La madre tenía cuarenta y cinco años, y por consiguiente aún no podía llamársela vieja, y la hija acababa de cumplir los diez y ocho.

Vivían muy modestamente y hasta con apuros, pues el año que no era abundante la cosecha, apenas podían cubrir sus más perentorias necesidades. Sin embargo, se consideraban felices en su mutua ternura y con la tranquilidad de su conciencia.

La hija, que María se llamaba, era un prodigio de hermosura, y Dios había querido dotarla de un gran corazón, de un espíritu elevado y de una inteligencia nada común.

Su madre no valía menos, y tenía además la ventaja de su experiencia y de la educación distinguida que había recibido. Pudo hacer un buen casamiento en la corte, lo que se llama un buen negocio, y ocupar una posición brillante; pero se dejó llevar solamente de los impulsos de su corazón.

La suerte de la hija no debió ser tampoco la más risueña, puesto que haciendo lo mismo que su madre, había correspondido al amor de un hombre muy honrado, pero que no contaba con otros recursos que los de muy escasos bienes que debía heredar de su padre, hidalgo también.

Veíanse los dos enamorados una vez cada semana, hablaban de su amor, consolábanse con esperanzas las más risueñas, y se entregaban á ilusiones que no tenían probabilidades de realización.

Para acabar de conocer á los personajes que

hemos presentado, es menester conocer los sucesos que vamos á referir.

Ya hemos dicho que muy cerca de su ocaso estaba el sol.

En su mayor parte, la campiña presentaba el color amarillento de la mies agostada y amontonada en las eras, salvos los sitios donde se extendían los bosques y la maleza crecía sin ningún estorbo.

Severo, imponente, magnífico, con esa magnificencia que sin verse no puede concebirse, levantábase á medio construir y entre andamios, cuerdas y montones de piedras, el monasterio.

Las aves cruzaban perezosamente el espacio.

Aquí y allá veíase al campesino ocupado en sus rudas faenas, ó al pastor que ya se disponía á reunir su rebaño para conducirlo al redil.

Entre los andamios, que parecían una jaula inmensa, veíanse confusamente bullir los miles de obreros, y resoeaban sus voces, y crujían las cuerdas, y chirriaban las carretas que conducían los materiales.

María se encontraba junto á la puerta de su vivienda, á la sombra de un emparrado y sentada sobre una gran piedra que hacía las veces de banco.

Su madre había tenido que ir al pueblo.

Largo rato hacía que la joven estaba con la mirada fija en la era de que antes hemos hecho mención, y parecía contemplar absorta la mies allí amontonada.

Algún penoso suspiro se escapaba de su pecho, y hubo un instante en que el llanto empañó el cristal de sus grandes, negros y magníficos ojos.

No era difícil adivinar sus pensamientos; la cosecha había sido escasa aquel año, y la joven temía que sus recursos no alcanzasen para atender, como ella deseaba, al cuidado de su madre, que no gozaba de perfecta salud.

Por el camino, tortuoso y pendiente que entonces conducía desde el Escorial de Abajo al monasterio, empezaron á subir los cinco jinetes.

Entonces el caballero, dirigiéndose á sus pajes, les dijo:

—Adelantaos.

Y los pajes espolearon sus fatigadas cabalgaduras, que se esforzaron y partieron al galope, desapareciendo á los pocos instantes.

Antes de cinco minutos miró don Pedro á su derecha.

Sus mejillas enrojecieron.

De repente refrenó su cabalgadura.

Acababa de distinguir á María y la reconoció, aunque se encontraba á bastante distancia.

Ninguna otra persona había por allí, y al señor de Carvajal le pareció que era aquella ocasión muy oportuna y que no debía perderla.

Su escudero, que se había acercado y echado pie á tierra, tuvo el estribo.

Don Pedro descabalgó y dijo:

—Aguarda.

Y tomó resueltamente por el estrecho sendero que serpenteaba á través del terreno labrado.

Pocos minutos después llegaba á la casita, detentase y sus azules ojos brillaban intensamente.

La joven, siempre preocupada, siempre absorta, no se apercibió de la llegada del caballero.

Dió éste algunos pasos más.

Volvió á detenerse frente á María.

Levantó la joven la cabeza, y no pudo contener una exclamación, que expresaba lo mismo la sorpresa que el disgusto.

—Siento que mi presencia os desagrade—dijo don Pedro, en tanto que con avidez indescriptible fijaba su mirada en María.

—No os esperaba, y la sorpresa...

—¿Y vuestra madre?

—Bajó al pueblo y volverá muy pronto.

—La ocasión es buena para que hablemos con libertad.

Palidecieron las mejillas de la joven.

Su mirada se fijó recelosamente en el señor de Carvajal.

Este se sentó,

Pasaron algunos instantes de silencio.

No era menester más que mirar á María para conocer que se sentía vivamente contrariada y tenía que esforzarse mucho para conservar la calma de que tanta necesidad tenía entonces.

También se esforzaba el caballero para dominar los arrebaros de su pasión devoradora.

Era cada instante más intenso el brillo de sus pupilas.

Entreabríanse y se contraían violentamente sus labios.

—¡Oh!—exclamó al fin.—¿Por qué callo?... María, os amo, no lo ignoráis, y...

—Basta, don Pedro—interrumpió vivamente la joven.

—No basta, no—repuso el señor de Carvajal con acento que revelaba su agitación profunda.—He venido para hablar y hablaré. El rey me espera, cuenta los minutos y, sin embargo,

me detengo, y no ignoráis lo peligroso que es hacer esperar á Felipe II. ¿Habéis creído que un hombre como yo retrocede ante el primer obstáculo? Por vuestra desgracia os habéis equivocado, Mi pasión me trastorna hasta el punto de que empiezo á dudar si he perdido el juicio, y, siendo así, debéis comprender que los razonamientos son inútiles, porque á los locos no se les convence, sino que se les excita cuando se intenta contrariarlos. He adoptado una resolución y la pondré inmediatamente en práctica. No me supliquéis, porque será en vano; no me amenacéis, porque nada me infunde miedo, ni me digáis que os hago sufrir mucho, porque ante mi sufrimiento no tiene importancia el de los demás, porque el dolor es siempre egoísta y busca el consuelo á toda costa. Mi existencia es insoportable, y si he de vivir así, mil veces prefiero la muerte. Ya os lo he dicho: estoy desesperado, estoy loco. Amadme ó fingid que me amáis. No me rechazéis, porque Dios sabe adónde puede conducirme mi desesperación.

Interrumpióse el caballero, porque apenas podía respirar; que á tal punto había llegado su exaltación.

La indignación y el miedo se pintaban en el rostro de María, que replicó enérgicamente:

—Si sufrís, resignaos, y así cumpliréis vuestro deber. ¿He de sacrificar me para que seáis dichoso? No os amo, ya os lo he dicho muchas veces; no os amaré jamás, porque...

—Acabad.

—Pues bien, sabedlo; me horroriza la sola idea de vuestro amor.

Fulgor siniestro brilló en el fondo de las pupilas del señor de Carvajal.

Su desaparición llegó al último grado.

Sentíase vivamente herido en su soberbia.

No podía comprender cómo á un hombre de su clase lo rechazaba con tanta dureza una infeliz como María.

Su devoradora pasión y su orgullo desmedido se levantaron impetuosamente en su alma.

—¡Oh! — exclamó sordamente. — No quiero que os sacrificuéis por mi dicha, sino por la vuestra y por el reposo y la felicidad y hasta por la vida de vuestra madre, porque de todo soy capaz y si os obstináis, si desvanecéis mi última esperanza, en un solo instante os veréis sumida en la miseria, y morirá también el hombre á quien amáis y á quien odio como yo sé odiar; y como vuestra madre no podrá soportar golpes

tan terribles, la veréis sufrir horriblemente, la veréis sucumbir... ¡Oh!... Entonces os arrepentiréis, pero ya será tarde.

—¡Dios mío! — exclamó la joven con desgarrador acento.

—Decidid — repuso el señor de Carvajal, siempre con la exaltación del delirio —; decidid, no de vuestra suerte, no de la mía, sino de la suerte de vuestra madre.

—Caballero — replicó María, poniéndose en pie — sois un miserable...

—Temed mi venganza...

—¿Habéis creído que el valor me falta para cumplir mi deber? ¡Oh!... Sois ruin y cobarde y no reconocéis en nadie valor ni grandeza.

Sordo rugido resonó en el interior del pecho del señor de Carvajal.

Estaba su rostro lívido y desfigurado.

De sus ojos escapábanse llamaradas.

—¡Me pedís la honra! — prosiguió diciendo María con el acento de la indignación mas profunda. — Antes la muerte, caballero. Vos no podéis vivir con el tormento de vuestra impura pasión y habéis creído que la existencia es posible para mí en la deshonra. ¡Mi madre!... Me maldeciría si yo intentara siquiera comprar su reposo y su dicha con mi honor; y en cuanto al hombre á quien amo, ha de preferir la muerte antes que verme manchada y en brazos de otro. Venid, descargad sobre mí todo el peso de vuestra ira, de vuestra criminal desesperación, en tanto que yo tengo para vos el profundo desprecio que me inspiráis.

La joven levantaba la cabeza con el orgullo de una gran señora, y en aquellos momentos estaba imponente, hubiera sido imposible dejar de respetarla.

—Alejaos.

—Sí, me voy; pero volveré para realizar mi venganza, para veros sufrir como no ha sufrido ninguna criatura, para veros morir, porque yo también prefiero veros muerta si para otro habéis de ser.

A tal punto llegaba la conversación, cuando quiso la casualidad ó dispuso la Providencia que por el camino subiese, caballero en una mula, el rey sombrío, el tirano de dos mundos, el hombre de alma tenebrosa en cuyas profundidades nadie pudo penetrar, Felipe II, en fin.

En sendos caballos le seguirán muchos caballeros de su servidumbre.

Nada expresaba el rostro del rey, porque era un rostro de hielo.

Su mirada se fijó en el escudero del señor de Carvajal, reconociéndolo, ya porque era muy buen fisonomista, ya por los colores del ropaje.

Estaba el sirviente inmóvil y se había descubierto la cabeza, inclinándose muy respetuosamente.

Felipe II se dignó mover la diestra, indicando que quería que se le acercase el criado de don Pedro.

Y éste, dejando los caballos, obedeció y puso una rodilla en tierra.

—¿Y vuestro amo?—preguntó el monarca sin detener su cabalgadura.

—Allí, señor—respondió el escudero, señalando hacia la casita.

Y hacia el mismo punto volvió el rey la cabeza y pudo distinguir á María y al señor de Carvajal, cuya actitud en aquellos momentos podía dar ocasión á comentarios.

Nada más sucedió.

Felipe II y su comitiva continuaron hacia el monasterio.

Diez minutos después llegaba don Pedro al camino, cabalgaba, hería cruelmente los ijares de su fogoso corcel, y seguido por su escudero, desaparecía entre una nube de blanco polvo.

Entretanto María dejábase caer de hinojos, cruzaba las manos, elevaba al cielo una mirada de súplica desgarradora y exclamaba:

—¡Dios misericordioso!

El sol seguía ocultándose y muy pronto desaparecieron sus últimos rayos.

CAPÍTULO II

LAS PALABRAS SUAVES DE FELIPE II

No había más luz que la dulcísima del crepúsculo.

En la profundidad de los valles empezaban á esparcirse las tinieblas.

El caballero, seguido siempre por su criado, siguió avanzando con rapidez, no para llegar pronto á su vivienda, sino para tomar un sendero bastante espacioso y bien cuidado.

Antes de que transcurriese un cuarto de hora se detuvo á la puerta de un edificio, que, aunque de bastante extensión, era modesto en la apariencia.

Había por allí, yendo y viniendo en distintas direcciones, muchos soldados y escuderos, y pa-

jes, y caballeros, es decir, que aquel lugar parecía el centro de la animación.

Esto se explica con solo decir que allí tenía su morada el gran Felipe II, allí encerraba toda su grandeza, mientras que se hacía, según su frase célebre, un templo para Dios y una choza para él.

En la parte ya edificada del monasterio se aposentaba algunos días; pero eran pocos, pues parecía complacerse en rodearse de lo más humilde, como si creyese que su grandeza bastaba para engrandecerlo todo, ó que así resaltaría más su grandeza.

Acababa de llegar, y esta circunstancia tranquilizó á don Pedro, puesto que aunque antes se hubiese presentado, no hubiera podido ver al monarca, y éste no hubiera tenido antes las noticias que deseaba.

El señor de Carvajal echó pie á tierra, entró en el modesto edificio, y sin duda lo esperaban, puesto que nadie lo detuvo y sin anunciarlo lo dejaron pasar hasta la cámara del rey.

Miró éste de pies á cabeza al caballero, y le dijo:

—Bien venido seais, don Pedro.

—Señor...

—¿Me traeis algunas noticias?

—Este pliego—respondió el señor de Carvajal, sacando uno, adelantando y presentándolo al monarca, mientras se inclinaba respetuosamente.

Tomó Felipe II el papel, lo abrió y empezó á leer con la frialdad que lo caracterizaba.

No demostró ni disgusto ni contento.

Cinco minutos después volvió á fijar la mirada en don Pedro, y le dijo tranquilamente:

—Lástima es que no hayais llegado media hora antes.

—Señor, yo no me perdonaría la tardanza si no supiese que vuestra majestad acaba de venir.

—Es verdad, y aún no me he sentado.

—Y llegando yo antes, no hubiera sido posible que antes recibiese ese pliego vuestra majestad.

—Pero antes hubiéseis estado aquí—replicó el monarca con el mismo tono de frialdad que había principiado.

Significaban mucho estas palabras, tenían un gran valor, porque envolvían una reconvención tanto más dura cuanto más elevado era el personaje que la dirigía.

No hubiera recibido antes el pliego el monar-

ca; pero el señor de Carvajal hubiera cumplido su deber llegando antes.

A su deber había, pues, faltado, y lo peor del caso era que Felipe II conocía la causa verdadera de aquella falta, pues ya sabemos que cuando á su morada volvía, vió al escudero y le preguntó dónde su amo se encontraba.

Se había detenido el caballero para dar satisfacción á sus gustos ó sus caprichos; había perdido el tiempo, aunque no fuesen más que algunos minutos, precisamente cuando se ocupaba en cumplir un deber, precisamente cuando el rey lo aguardaba.

Esto no podía ser considerado por Felipe II como una falta cualquiera, sino como un grave delito, casi un crimen que merecía el castigo más duro.

Y don Pedro no conocía bastante bien al monarca, cuya mano de hierro abarcaba y ahogaba, pudiéramos decir, dos mundos, ó estaba ofuscado, profundamente trastornado por una crisis cuyo final y consecuencias podían ser los más horribles.

Nos inclinamos á creer lo segundo.

Empero si no había comprendido antes la gravedad de la situación, la comprendió después, y á pesar de toda su audacia y de toda su sangre fría, palideció y tembló, porque no hubo hombre que no temblase en presencia de Felipe II, y alguno, como su secretario, el noble Santoyo, murió á los pocos minutos de escuchar de los augustos labios una reconvencción, una advertencia hecha con dulces palabras y grave acento.

Inmóvil y mudo quedó el señor de Carvajal. Su cabeza se inclinó.

No se atrevió á mirar frente á frente al monarca.

Y éste, siempre con la misma tranquilidad, volvió á doblar el pliego, lo puso cuidadosamente sobre la mesa y dijo:

—¿A qué hora salísteis de Madrid?

—Pocos minutos después de las doce, y sin detenerme para cambiar de ropas, ni para ir á mi casa, pues antes dí orden á mi escudero para que me esperase con los caballos y dos pajes á las puertas de palacio.

—Poco os habeis detenido en el camino.

—Lo absolutamente preciso para tomar algún alimento, y que nuestras cabalgaduras recobrasen las fuerzas.

—Debeis estar fatigado.

—Señor, yo puedo morir cuando cumplo las órdenes de vuestra majestad, pero fatigarme no.

—Siempre he supuesto que para cumplir vuestros deberes de leal vasallo no se fatigaba vuestra voluntad; pero vuestro cuerpo sí, porque sois de la misma condición que todas las criaturas.

—Señor, si vuestra majestad me permite hacerle una súplica...

—Decid.

—Que si vuestra majestad me perdona la falta que involuntariamente he cometido...

—Perdonado estais.

—Gracias, señor.

—Idos á descansar, don Pedro.

—Que Dios guarde á vuestra majestad.

El caballero salió, andando de espaldas y haciendo profundas reverencias; pero cuando estuvo fuera de la cámara se contrajo su frente como nunca, se tornó su mirada sombría y murmuró sordamente:

—¡Oh!... Pronto sabrás lo que cuesta maltratar á un hombre como yo.

Salió del edificio, cabalgó otra vez, clavó cruelmente las espuelas en los ijares de su caballo y desapareció seguido por su escudero entre una nube de polvo.

Pocos momentos después el criado se tomaba la libertad de dar alcance á su señor poniéndose á su lado y diciéndole:

—Si quereis escucharme...

—No.

—Es que...

—¡Vive el cielol... ¿No comprendes, villano, que tengo el infierno en el alma?

—Pues por lo mismo, señor, porque quiero hablaros del rey.

—¡Andrés!...

—Y os conviene mucho lo que he de deciros.

Refrenó don Pedro su caballo.

—Explícate—dijo.

—Mientras yo os esperaba y vos hablabais con la hija de la viuda...

—¿Que?

—El rey pasó.

—¿Y qué me importa?

—Me conoció.

—¡Ah!...

—Me llamó.

—¡Por el infiernol...

—Y me preguntó dónde os encontrábais. No pude mentir, porque os veía, y sobre ser la mentira inútil, me hubiera costado tal vez la cabeza.



—Ahora comprendo... ¡Que el infierno me traguel... Quizás me deba considerar perdido; pero así me sobrará el valor para satisfacer mi sed de venganza.

—Nada más puedo deciros.

—Es bastante.

—Perdonad...

—Eres leal, y te probaré que no en vano se me sirve bien.

Continuaron la marcha, aunque sin apresurarse mucho.

—Dentro de pocos días—dijo don Pedro—tendré que poner á prueba tu fidelidad, tu valor y tu astucia.

—En cuerpo y en alma soy vuestro, mi noble señor.

—Se trata de un asunto demasiado grave.

—No importa—replicó sencillamente el escudero.

—Un negocio que ofrece muchos peligros.

—Así tendré ocasión de daros pruebas de mi buena voluntad para servirlos.

Silencioso quedó por algunos minutos el caballero.

Luego dijo:

—¿Es muy escrupulosa tu conciencia, Andrés?

—Señor, os contestaré con franqueza, aunque no puede siempre decirse todo lo que es verdad.

—La verdad quiero saber.

—Pues bien, para cierta clase de cosas, para ciertas intrigas, en ciertos casos...

—Entiendo.

—La conciencia no me estorba.

—Te sucede lo mismo que á todo el mundo.

—Yo creo que todos son lo mismo que yo.

—Y no te equivocas.

—Pero como dicen lo contrario...

—Fingimiento, hipocrésia.

—Por eso me río de los escrúpulos de que habla mucha gente.

—Cuestión de conveniencia y nada más.

—Y si á eso añadís mi deseo de servirlos y hasta mi conveniencia...

—Andrés, eres un hombre de provecho.

—No sé si para algo sirvo, pero tal como soy, me teneis á vuestra disposición.

—Hablaremos oportunamente.

El escudero volvió á colocarse en el lugar que le correspondía.

Llegaron al monasterio; que entre las tinieblas se levantaba como un gigante informe; lo dejaron atrás; subieron por un repecho y llega-

ron muy pronto á la morada del señor de Carvajal.

Todos sus criados esperaban y salieron á la puerta con luces.

El caballero no se dignó ni siquiera mirar á los que tan respetuosamente lo recibían.

Entró en su casa.

Cuando estuvo en su aposento se sentó y dijo:

—La cena.

Como todo estaba preparado, porque los pajes habían dado el aviso de la llegada de su señor, éste fué servido con prontitud.

Siempre sombrío y silencioso, cenó don Pedro.

Después y por espacio de más de media hora, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, se paseó por su cámara.

No hay que decir que pensaba en María; pero advertiremos que pensaba también en otro asunto mucho más grave, más transcendental y del que muy pronto tendrán conocimiento nuestros lectores.

Tan fatigado el cuerpo como el espíritu, acostóse al fin don Pedro, para buscar el reposo de que tanto necesitaba, para recuperar las fuerzas que había perdido, no por el cansancio del viaje, sino por las rudas conmociones que había experimentado en muy poco tiempo.

CAPITULO III

DE CÓMO EL REY CON TODA SU GRANDEZA SE CONVIRTIO EN AGENTE DE POLICIA

Aquella noche el rey dió la orden para que á la siguiente mañana se le preparara el almuerzo en el monasterio.

Se acostó á la hora de costumbre.

Al amanecer se vistió y oyó misa en el pequeño oratorio de su modesta vivienda, y poco después salió en coche con su médico el célebre doctor Olivares y algunos individuos de su servidumbre.

Durante el camino habló muy poco, no porque estuviese preocupado, sino porque no era comunicativo.

Los trabajadores continuaron sus faenas, pues el monarca tenía mandado que cuando se presentase allí no se hiciese ninguna demostración de respeto.

Atravesó por entre los andamios y montones de piedras, y entró en las que eran entonces sus habitaciones.

—Quedaos, doctor—dijo cuando se sentaba para almorzar.

Lo cual significaba que no quería que hubiese allí ninguna otra persona, y por consiguiente salieron los demás individuos de la servidumbre.

Suponían todos que de algún gravísimo asunto iba á tratar el monarca; pero se equivocaron, porque empezó á comer y concluyó sin haber pronunciado una palabra, sin haber mirado á Olivares.

Este había permanecido en pie y en actitud respetuosa.

No le sucedía lo que á los demás, es decir, no esperaba que el monarca hablase, porque lo conocía demasiado bien; pero lo observaba con atención profunda, y seguro de que por algo le había mandado quedarse.

Pocos minutos después de haber almorzado, dijo por fin el rey:

—Doctor, salid y ved si ha venido don Pedro de Carvajal.

Olivares salió, recorrió las habitaciones inmediatas, mirando y sin hablar á nadie, ni contestar á los que le hicieron alguna pregunta, y volvió para decir al rey:

—No está, señor.

—¿Tampoco lo ha visto nadie?

—A nadie he preguntado.

—Me entendéis, doctor... ¿Por qué no me entenderán todos lo mismo?... Me acompañareis, pasaremos un poco... Vamos, doctor.

Salieron.

Creyeron todos que Felipe II iba á recorrer otros departamentos para ver cómo se encontraban las obras; pero también esta vez se equivocaron, porque se alejó del monasterio y tomó por el camino que conducía al Escorial de Abajo.

—Algo muy grave se prepara—decía para sí el doctor.—¿Adónde va?... Ha preguntado por don Pedro, y ahora... No adivino, pero adivinaré.

El rey volvió á la izquierda y entró en el estrechísimo sendero que conducía á la morada de las dos pobres mujeres.

Poco después le dijo al doctor:

—Esperad.

Obedeció Olivares.

Siguió hacia la casita el rey.

Encontrábase María sentada junto á la puerta y cosiendo, mientras su madre estaba en el interior de la casa.

No se apercibió la joven de que se acercaba el augusto personaje, y éste siguió avanzando con lentitud, y en tanto que miraba á uno y otro lado.

Llegó por fin donde estaba María y se detuvo, haciendo lo mismo á buena distancia el gentil, hombre y los pajes.

—Guárdeos Dios—dijo Felipe II, en tanto que su mirada penetrante y dominadora se fijaba en la joven.

Levantó ésta la cabeza, reconoció al monarca, exhaló un grito de sorpresa y de turbación, escapóse la labor de sus manos y se puso en pie inclinando respetuosamente la cabeza, quedando inmóvil y diciendo con voz entrecortada:

—Señor... Vuestra majestad...

—Tranquilizaos, que el rey es el mejor amigo de sus vasallos leales.

—Señor...

—Levantad la cabeza, miradme frente á frente... Así...

Y como si hablara para sí, prosiguió diciendo el monarca:

—Rara hermosura... Clara inteligencia... Energía... Bien, muy bien... Sois la hija del señor Alonso de Vargas, á quien Dios tenga en su gloria, ¿no es verdad?

—Sí, señor; me honro con el nombre de mi virtuoso padre.

—Fué muy honrado, leal y valeroso. ¿Y vuestra madre?

—Pernone vuestra majestad... He debido llamarla...

—Después—interrumpió el rey.

María volvió á inclinar la cabeza.

Felipe II la contempló y le preguntó después de algunos momentos:

—¿Hay algún hombre que haya interesado vuestro corazón?

Esta pregunta, hecha de repente y por el severo monarca, acrecentó la turbación de María, cuyo rostro se tiñó de vivo carmín.

—Señor...

—Cuando el rey pregunta, se le responde.

—Sí, amo y soy amada.

—¿Y á quién amais?

—A Felipe de Maldonado, joven hidalgo que con su padre habita en Valdemorillo.

—¿Es pobre?

—La renta de su casa consiste en unos cien escudos.

—¿Y no conocéis á don Pedro de Carvajal?

—Sí, señor—respondió la joven, que ya no se atrevía á dar contestaciones vagas.

—¿Os visita?

—Ha venido alguna vez.

—¿Es vuestro amigo?

—No, señor—dijo María, cuyas fuerzas menguaban por instantes.

—¿Con qué fin viene á veros el señor de Carvajal?

—Ignoro... tal vez... un capricho y...

—No olvidéis que á mí se me responde clara y terminantemente—replicó el monarca con severidad.

La joven tuvo necesidad de apoyarse en el respaldo de la silla, y con voz insegura dijo:

—Don Pedro dice que me ama... Pretende que yo le corresponda; pero...

—Acabad y no tembléis, que os llamáis Vargas y debéis considerar el miedo como una deshonra.

Sintió María renacer sus fuerzas, volvió á levantar la frente, y respondió:

—He rechazado el amor de don Pedro, porque amo á otro, y porque su pasión me ofende, y aunque mi desdén enoja al señor Carvajal y parece encender su cólera, antes que olvidar mis deberes sabré morir, porque me llamo Vargas y no soy cobarde.

—Muy bien.

—Señor...

—Si alguna vez tenéis necesidad de pedir justicia, acudid á vuestro rey, que sabe hacerla cumplidamente—dijo Felipe II.

Y al pronunciar esas palabras, volvióse y se alejó seguido de los de su servidumbre, que no habían podido enterarse de la conversación.

Tan aturrida quedó la joven, que no acertó á moverse ni á llamar á su madre como debía, y dudando si soñaba, miró al gran tirano de dos mundos, que se alejaba lentamente.

Después de algunos minutos exclamó la joven:

—¡Dios mío!

Y se pasó las manos por la frente, y corriendo entró en su casa mientras gritaba:

—¡Madre mía, madre mía!

—¿Qué sucede?—preguntó la madre, saliendo al encuentro de su hija.

—El rey... ¡Oh!... Venid... Miradlo... Y me ha preguntado... Y he tenido que decirselo todo, hasta el horrible secreto que no he querido revelaros... ¿Qué será de nosotras?...

—No te comprendo... Estás pálida, agitada... ¿Has perdido la razón?...

—No ha querido que os llame...

—Pero...

—Me mandó hablar y he tenido que obedecer.

—María, sóségate y explícate... ¿Acaso has visto al rey? ¿Y qué secreto es ese que yo no conozco?... Siéntate, recobra la calma...

—¡Madre mía de mi alma!—exclamó la joven, abrazando á su madre y en tanto que un raudal de lágrimas se escapaba de sus magníficos ojos.

—Me haces temblar... ¿Qué sucede?

—No lo sé, no acierto á explicarlo... ¡Dios nos proteja!

Largo rato pasó antes de que María recobrase un tanto la calma y pudiera explicarse.

Ya no podía ocultar el secreto que ella calificaba de terrible, y que terrible era, es decir, el amor, las exigencias y amenazas de don Pedro de Carvajal.

¿Y qué significaba lo que acababa de hacer Felipe II?

No era posible adivinar lo que se proponía.

CAPÍTULO IV

PREPARATIVOS

Mientras tenía lugar la escena que acabamos de referir, preparábase don Pedro para cumplir su terrible amenaza.

Su resolución era firme, irrevocable, y ya había trazado detalladamente su plan, llevando la saña hasta lo inconcebible.

Una vez que María hubiese pronunciado las últimas palabras y que por consiguiente se hubiera desvanecido la última esperanza del señor de Carvajal, la mies amontonada en la era se convertiría en un montón de cenizas, y así las dos infelices mujeres se verían repentinamente sumidas en la más espantosa miseria.

Y no se contentaba con esto el miserable seductor, sino que todo lo había preparado para que el puñal de un asesino se hundiese en el pecho del hombre á quien amaba María.

Para consumir estos crímenes contaba con su escudero Andrés, que era capaz de todo, que siempre estaba dispuesto á cometer cualquier abuso por horrible que fuese, con tal que proporcionase un puñado de oro á su codicia.

Para intrigas repugnantes se había servido en otras ocasiones don Pedro de Andrés, y por consiguiente á él acudió también entonces.

No era el escudero verdaderamente astuto; pero tenía esa viveza de imaginación de los criminales, que por necesidad y por costumbre aguzan el ingenio, es decir, que tenía esa previsión hija de la experiencia y de una larga práctica en la carrera del crimen. Como instrumento valía mucho, porque era audaz, temerario y frío, y nunca lo detuvo la conciencia.

De su historia no tenemos para qué ocuparnos, pues basta decir que era horrible. Había sido soldado en su primera juventud, y luego ladrón y asesino, teniendo siempre su brazo y su puñal á disposición del primero que le pagaba.

Por una casualidad conoció á don Pedro, entró á su servicio, y bien pronto se entendieron perfectamente, porque era tan malo el uno como el otro.

Era rudo, grosero y brutal, y lo mismo en sus palabras que en sus maneras, dejaba ver su educación y los hábitos de su borrascosa vida.

A las siete de la mañana dieron principio á la conferencia el señor y el criado, diciendo el primero:

—Supongo, Andrés, que no necesitas muchas explicaciones.

—Torpe soy—respondió el escudero—; pero bien he comprendido que la hija de la viuda...

—¡Oh!... Y me desprecia, me trata con desdén, me provoca...

—¡Señor!

—Este negocio, aparte de mi deseo, es una cuestión de honra.

—¿Y os resignareis?

—Jamás.

—Pues decid lo que tengo que hacer.

—Si esa mujer no ha de ser para mí...

—Para ninguno.

—Y hay un hidalgo que la ama y es correspondido.

—Quitaremos el estorbo.

—Y como en odio ha de convertirse mi pasión, quiero que María sufra como no ha sufrido ninguna criatura.

—Entiendo.

—He combinado el plan.

—Pues aquí me teneis dispuesto á todo.

—Necesitamos el auxilio de otros dos hombres.

—Los tendremos.

—Pero ha de ser pronto, porque he concedido á María un plazo para que decida, y no esperaré.

—No os conviene perder tiempo, señor; pues cuando menos se piense y según su costumbre, el rey volverá á Madrid, y vos tendréis que partir también.

—Sí.

—Entonces...

—Hoy mismo debes ir á Madrid, buscar gente de tu confianza, y volver mañana si es posible.

—Así lo haré, y si vos no os deteneis ante escrúpulos y miramientos...

—Estoy decidido, y ya me conoces.

—Pues triunfaremos.

—Supongo que no cometerás la torpeza de pronunciar mi nombre.

—¿Para qué he de pronunciarlo, si lo que á esa gente le importa es el dinero?

—Y cuando expire el plazo que he concedido á María, si aún me rechaza, quemaremos la mies que tienen en la era. Para hacer esto tú eres bastante.

—Y pasado mañana...

—Vendrá el otro, el hidalgo, mi rival, y según su costumbre, se irá al ponerse el sol, y entonces, en el camino...

—Allí quedará—dijo firmemente Andrés.

Como vamos viendo, el sirviente no necesitó detalles del plan horrible de su señor.

Este dijo después de algunos momentos:

—Abrigo la esperanza de que María cederá.

—Pero de todas maneras será conveniente quitar al otro del mundo.

—Sí.

—¿Nada más?

—Silencio, prudencia...

—Descuidad, señor.

Antes de que pasasen diez minutos, Andrés partía.

¿No encontraría don Pedro ningún obstáculo para consumar el crimen?

¿Tendría la joven valor para resistir?

De todas maneras moriría el hombre á quien amaba.

¡Infeliz!

CAPITULO V

EL DOCTOR OLIVARES

Aquella noche, después de cenar, dijo el monarca:

—Mañana á la siete saldremos para Madrid.

Esta ordena sorprendió á todo el mundo, porque todos creían que aún permanecería la cor-

te en el Escorial otra semana; pero nadie se atrevió á murmurar, y se apresuraron á obedecer, haciendo todos los preparativos para el viaje.

Cundió rápidamente la noticia, que también se llevó á don Pedro.

—¡Por Satanás!—exclamó.—¡Mañana á Madrid!... No iré, porque precisamente mañana á la tarde cumple el plazo, y he de estar aquí para terminar esta lucha que tanto me atormenta, para triunfar ó vengarme.

Reflexionó el caballero.

No quiso escuchar más que los consejos de su pasión devoradora.

—Me fingiré enfermo—dijo.

Y sin perder un instante dió las órdenes para que sus criados representasen la farsa.

La noche pasó.

Apenas se habían dejado ver los primeros rayos del sol, cuando Felipe II ota misa.

Media hora después se vetan coches, caballos y mulas, junto á las puertas de la morada real, y todos los cortesanos iban y venían aceleradamente.

A las siete en punto salió el monarca con su servidumbre.

Al presentarse cesó repentinamente el ruido, como si su presencia hubiera privado á todos de la facultad de hablar y de moverse.

No hubo cabeza que no se inclinase.

Felipe II dirigió una rápida ojeada á su alrededor.

Todo lo vió en un solo instante.

Detúvose antes de entrar en el coche y preguntó al duque de Feria, que era el capitán de su guardia:

—¿Y don Pedro de Carvajal?

—No sé si han dicho á vuestra majestad que anoche enfermó repentinamente don Pedro.

—Sí, pero deseo saber si la enfermedad es grave y si siente mejoría—repuso el rey.

No bien hubo pronunciado estas palabras cuando algunos de los de su servidumbre se alejaron rápidamente.

Felipe II entró en su coche.

Pocos minutos después le dijeron:

Señor, no parece grave la enfermedad de don Pedro de Carvajal; pero no le permite dejar el lecho, aunque cree que está mejor que anoche.

—Quiero saber á qué hora se sintió indis-

prendían cómo el monarca se dignaba detenerse para enterarse tan minuciosamente del estado de salud de uno de sus vasallos, y lo comprendían menos, porque no se trataba de un accidente de verdadera gravedad.

Pronto volvieron los que habían ido á preguntar, y dijeron:

—Señor, serían las nueve y media ó las diez cuando don Pedro Carvajal se sintió enfermo.

—Me interesa su salud... Decid al doctor Olivares que se quede para atender exclusivamente á don Pedro Carvajal.

La orden fué obedecida, y el doctor Olivares, que ya se encontraba bien acomodado en un coche con otros tres caballeros, se dirigió hacia el del rey para despedirse y luego ir á visitar á don Pedro.

—Cuidadlo bien—dijo Felipe II al médico—, como si fuese mi persona, y si el mal se agrava-se, enviadme un aviso con urgencia.

—Serán cumplidas las órdenes de vuestra majestad.

—Cuando don Pedro no necesite vuestros cuidados volveréis á Madrid.

—Dios proteja á vuestra majestad.

Hizo Felipe II una señal con la diestra, y coches, caballos y mulas se pusieron en movimiento.

Entre tanto, el doctor Olivares, que no era solamente un buen médico, sino también un astuto cortesano, se dirigió á la morada del señor de Carvajal, mientras decía para sí:

—¿Qué significa la enfermedad de don Pedro? ¿Por qué no me llamó anoche? ¿Y por qué su majestad se cuida tanto de la salud del caballero y ha querido especialmente saber á qué hora se sintió indispuerto?

Desplegó una sonrisa maliciosa el astuto doctor.

—Empiezo á ver claro—dijo—; la orden de marcha la dió su majestad á las nueve; y una hora después enfermó el señor de Carvajal, lo cual significa que tiene necesidad de quedarse en este desierto, así como el interés que su majestad ha mostrado es una prueba de que algo trasluce. ¿Y qué debo yo hacer para no comprometerme? ¡Oh!... Triste es que el tiempo que necesito para estudiar la ciencia, me sea preciso emplearlo en estudiar intrigas de estos cortesanos ambiciosos.

Iba á dejar el lecho el señor de Carvajal cuando le anunciaron la visita del doctor, visita que

no hay que decir desagradó muchísimo al caballero.

—¡Vive Dios!—exclamó.—¿Y por qué el doctor se cuida tanto de mi salud cuando no lo llamo?

—Dice que el rey le ha mandado venir—observó Andrés.

—¡El rey!... ¿Pues no se ha ido?

Pero el doctor se ha quedado.

—Me resignaré, aunque los cuidados de su majestad me ponen en grandísimo apuro... Que entre el doctor.

Y otra vez se acomodó en el lecho el señor de Carvajal.

—Aquí me tenéis, caballero—dijo Olivares, entrando y acercándose a la cama.

—Me sorprende vuestra visita, buen doctor.

—No tenéis que agradecerme, sino a su majestad, que ha querido daros otra prueba del vivísimo interés que le inspiráis. Sois muy afortunado, caballero, porque con poquitas personas haría su majestad lo que con vos hace, lo cual no quiere decir que no lo tengáis bien merecido.

—Procuraré pagar tanta honra con mi lealtad.

—He recibido la orden de no volver a Madrid hasta que estéis restablecido completamente.

En tanto que así hablaba el doctor, examinaba con la mirada y muy escrupulosamente el rostro de don Pedro.

—Mi enfermedad no tiene ninguna importancia, y si he querido permanecer en el lecho, ha sido por el temor de que la dolencia que ahora nada vale, hubiera tomado serias proporciones.

—Apruebo vuestra prudencia.

—Hace una hora que me siento bastante mejor, y siguiendo así, me aburriré y saldré de la cama.

—Caballero, sabed que uno mismo no puede apreciar el estado de su salud.

—Ciertamente.

—Y lo que parece de poquísima importancia, es muchas veces síntoma precursor de enfermedades gravísimas.

—No soy aprensivo.

—Veamos.

—¿Queréis saber lo que siento?

—Sí—repuso gravemente el doctor—, decídmelo todo, hasta lo que os parezca que ninguna importancia tiene.

—Anoche y como después de una hora de haber cenado, me dolía la cabeza.

—¿En qué sitio?

—En la frente, y las sienes... No le di importancia; pero me puse en pie y hubiera caído a no sostenerme en el respaldo de la silla.

—¿Os faltó la fuerza en las piernas ó estabais mareado?

—Las dos cosas.

—¿Y el estómago?

—No me molestaba.

—¿Veáis confusos los objetos?

—Un poco.

Aunque muy levemente, se arrugó el entrecejo de Olivares.

—¿Os desagradan los síntomas?—preguntó don Pedro, que también observaba atentamente el rostro del doctor.

Este desplegó una leve sonrisa y dijo:

—Perdonad si os recuerdo que al médico no puede dirigirle preguntas el paciente.

—Estoy a vuestra disposición.

—¿A qué hora os acostásteis?

—A las diez.

—¿Os dormisteis inmediatamente?

—Estuve desvelado hasta la una ó las dos de la madrugada.

—Desvelado... Y antes un vértigo, y dolores en las sienes... ¿Fue vuestro sueño tranquilo?

—Bastante agitado.

—Sentíais calor ó frío?

—Calor, mucho calor.

—¿También en la espalda y en los pies?

—Los pies... muy fríos, ahora recuerdo.

—Y los labios secos, y los miembros doloridos... ¿Teneis sed?

—Poca.

—Permitidme examinar el pulso.

Y el doctor colocó los dedos sobre una de las muñecas del señor de Carvajal, y en tanto que observaba, decía como si hablase para sí:

—Algo duro... Oscuro... Intermitente... No habréis sudado...

—No.

—Sudaréis antes de dos horas, y el sudor será frío, y os costará algún trabajo respirar... Enseñadme la lengua... ¡Oh!... Estrecha... Aspera... Bien, bien... ¿No habéis tosido?

—Me parece que sí.

—Me felicito, señor de Carvajal.

—Lo cual significa...

—Que hemos acudido á tiempo y que indudablemente Dios ha inspirado á su majestad.

—Pero...

—Estos últimos días habéis experimentado grandes conmociones, ¿no es verdad?

—Sí.

—Habéis tenido que sufrir contrariedades...

—¡Vive el cielo!... ¿Sois adivino?

Olivares desplegó otra sonrisa y respondió:

—No he recibido el don de adivinar; pero he aprendido á leer en el pulso, en la lengua, en los ojos, en el semblante.

—Entonces sois un hombre temible, porque para vos no pueden guardarse cierta clase de secretos.

—He comprendido perfectamente vuestra enfermedad.

—Doctor, os hablaré con franqueza: creo no estar verdaderamente enfermo.

—Me alegro mucho, porque así no tendréis aprensión, y la parte moral no dañará á la física.

—Es que...

—Ante todo pondré á cubierto mi responsabilidad y cumpliré lo que me manda mi conciencia—replicó Olivares, cuyo rostro iba tomando una expresión de gravedad nada tranquilizadora.

Como buen cortesano y hombre muy conocedor del mundo, era el doctor un cómico muy habil.

También el rostro de don Pedro empezó á cambiar de expresión, pues no podía sustraerse á la influencia que en su ánimo ejercían las palabras del médico.

—Sí, cumplid vuestro deber—dijo el señor de Carvajal.

—Tengo que responder ante el rey, y no ignoráis que á Felipe II no se le engaña.

—Me someto.

—¿Habéis tomado algún alimento?

—No.

—Perdonadme, caballero, pero eso no es verdad.

—¡Doctor!...

—Habéis almorzado poco ó mucho, y lo sé, porque así me lo dice vuestra lengua sin pronunciar una palabra, y vuestro pulso con sus latidos: habéis tomado alimento, y aún no habéis acabado de hacer la digestión. ¿Por qué lo negáis? Como no le habéis dado importancia á vuestra enfermedad...

—¡Cien legiones de condenados!

—No os enfadéis.

—Es verdad, he tomado algún alimento.

—Si yo hubiera fiado en vuestra palabra, antes de que concluyese el día vuestra existencia habría terminado.

—No comprendo...

—Pues es muy sencillo: hay absoluta necesidad de sangraros y hacer una sangría durante la digestión.

—No entiendo de eso.

—Y es preciso también que os bañéis...

—¡Sangrarne, bañarme!...

—Y tomar lo que yo recete.

—¡Por Dios vivo!...

—Y si no habéis de hacerlo, decidmelo francamente, y ahora mismo haré que ensillen mi mula y tomaré el camino de Madrid, que mi responsabilidad quedará á cubierto dando parte de lo que sucede á su majestad.

—No, no.

—Incorporáos, don Pedro.

El señor de Carvajal obedeció.

—Moved la cabeza como si quisiéreis decir que sí... Bien... Basta... ¿No sentís alguna tirantez en la parte posterior, bajo la nuca?

—Sí.

—¿Respiráis con la misma libertad que siempre?

—No.

El doctor Olivares conocía muy bien la poderosísima influencia de la imaginación sobre nuestra materia.

Empezó á palidecer el rostro de don Pedro.

—Tranquilizáos, que ya os he dicho que hemos llegado á tiempo y con mi cabeza respondo de vuestra vida.

—Disponed lo que os parezca conveniente.

—Pluma y papel.

Llamó el señor de Carvajal y mandó que diesen al médico lo que pedía.

Escribió Olivares la receta, diciendo luego:

—De ésto habéis de tomar una cucharada cada dos horas.

—¿Nada más?

—Oportunamente tomaréis un baño que puede prepararse desde luego, y si no es bastante acudiremos á la sangría.

—¿Queréis decirme el nombre de mi enfermedad?

—Os lo diré cuando estéis curado.

—¿Y no podré levantarme?

—No.

—Mi buen amigo, me siento con fuerzas bastantes para dejar la cama, y la verdad...

—No puede ser.

—Me aburriré, porque como ya mi cabeza está bastante despejada...

—Os engaña vuestro deseo, y antes de que transcurran tres horas tendréis la prueba de que no me equivoco.

—Si os empeñáis...

—Digo lo que debe hacerse, pero vos sois dueño de vuestras acciones.

—Obedeceré, porque yo tampoco quiero responsabilidades. Le doy poquísimo valor á la vida, pero es cuestión de conciencia.

Olivares se puso en pie, diciendo:

—Voy á dar á vuestros criados las instrucciones convenientes para que preparen el baño, y dentro de dos horas volveré.

--Pues hasta luego.

El médico salió.

El señor Carvajal quedó muy pensativo.

—¡Oh!— exclamó.—No se equivoca del todo, pues han sido muy violentas mis conmociones estos días y, efectivamente, siento alguna tirantez en la parte posterior de la cabeza y mis miembros han languidecido y... ¡Por Satanás!... No me agrada el gesto del doctor... Sí, más ó menos gravemente estoy enfermo, aunque me levantaría; pero habiendo tomado parte el rey en este asunto, tengo que ser muy prudente para evitar cierta clase de sospechas.

Por casualidad tosió don Pedro y, acordándose del anuncio del doctor, dijo:

—Ya empieza la tos... Hay que reconocer que Olivares vale mucho.

No habían pasado cinco minutos cuando el señor de Carvajal sintió dolor en la cabeza. Llamó á su criado Andrés y le dijo gravemente:

—Creo que Dios me ha castigado.

—¿Y por qué, señor?

—Estoy enfermo de veras.

—¿Enfermo!...

—No lo dudes.

—Vuestra cara dice lo contrario.

Si tú hubieses estudiado tanto como el doctor Olivares, serías de distinta opinión.

—¿Qué sentís?

—La cabeza que me duele y todo el cuerpo... Y no respiro bien... En fin, estoy enfermo, y no lo siento por el peligro, sino porque esta tarde debía quedar resuelta mi situación con María, y no podré salir, ni siquiera levantarme.

—Si hacéis caso de lo que os diga el médico, debéis consideraros perdido.

—El rey lo dispone y, además, como estoy verdaderamente enfermo...

—Creí que no os bañaríais; pero está calentándose el agua.

—Sí, me bañaré, y probablemente me sangraré, y esa receta...

—Bien, señor, bien, todo se hará.

—Mi enfermedad no es un estorbo para que mañana se descargue el golpe y acabe de vivir ese hidalguillo que me molesta.

—No habéis pensado que si el hidalgo muere antes de que se decida ella...

—Es verdad.

—Esperaremos.

—Pero esos hombres...

—Nada tienen que hacer.

—Arregla este asunto como mejor te parezca.

—Descuidad.

Mientras así hablaban amo y criado, el doctor Olivares había vuelto al monasterio, donde tenía su habitación, y se refa de la mejor gana.

—Su salud es perfecta—decía—y no es posible que haya sentido nada en la cabeza, ni que haya dejado de dormir con el más tranquilo sueño. Tiene interés en quedarse en el Escorial y debo suponer que así lo ha sospechado el rey. En el fondo de todo esto hay una intriga que necesito conocer y que conoceré. Por de pronto debilitaré á don Pedro hasta el punto de que le sea penoso levantarse y andar, y entre tanto enviaré á su majestad la noticia de lo que sucede y le pediré instrucciones. Así ganaremos algunos días y yo nada tendré que temer. ¿Quién creería que mi situación es en estos momentos es muy delicada y hasta peligrosa? Para comprenderlo así es necesario conocer á Felipe II y saber que hay que tener en cuenta lo que calla más que lo que dice.

El doctor Olivares acababa de calificar con toda exactitud al gran monarca.

Púsose á escribir.

Una hora después salía del Escorial un criado de la completa confianza del médico, llevando un pliego para Felipe II, á quien probablemente alcanzaría antes de llegar á Madrid.

CAPITULO VI

LA ENFERMEDAD DE DON PEDRO Y NUEVAS
ORDENES DEL REY

Don Pedro de Carvajal tomó un baño bastante caliente, que le produjo por de pronto una gran enervación.

Dos horas después fué sangrado, y como le estaba prohibido tomar ningún alimento, á las cinco de la tarde sentíase ya muy débil, tan débil, que al incorporarse se mareaba, y le hubiera sido imposible andar con firmeza.

Ya no le quedó duda al señor de Carvajal de que estaba enfermo.

A las ocho de la noche, y después de un detenido examen, el médico dispuso que se dieran al paciente algunas tazas de caldo, alternando con las cucharadas del medicamento que había recetado por la mañana.

Entre tanto, María y su madre daban gracias al Omnipotente porque no se había presentado aquella tarde el señor de Carvajal.

Empezaban las dos infelices mujeres á abrigar la esperanza de que el miserable desistiese de su criminal empeño; pero no estaban completamente tranquilas, pues temían sufrir el golpe cuando menos lo esperasen.

Con poco sosiego pasó aquella noche el señor de Carvajal.

Las dos mujeres no pudieron conciliar el sueño hasta muy tarde, y temblaban al percibir el más leve ruido.

La noche pasó sin novedad.

A la mañana siguiente dispuso el doctor que el enfermo continuase con el mismo sistema y sin tomar otro alimento que los caldos.

A las tres de la tarde regresó el criado del doctor en compañía de un gentil hombre, que llevaba la respuesta de su majestad, y que le dijo á Olivares:

—Os ruego que me escuchéis muy atentamente, porque voy á repetir una por una y con toda exactitud las palabras de su majestad.

—Ya os escucho.

—El rey ha leído vuestra carta y me manda deciros lo siguiente: "Que queda enterado y satisfecho de vuestra inteligencia y lealtad; que don Pedro es, en último caso, dueño absoluto de sus acciones y puede hacer lo que mejor le parezca con respecto á su salud, aunque ésta interesa mucho á su majestad, y que por consi-

guiente podeis dejarlo que ponga en práctica el sistema que le parezca mejor, si bien debéis continuar aquí para observar en cuanto sea posible, guardando en la memoria vuestras observaciones para comunicárlas á su majestad."

—Comprendo.

—Perdonadme si os hago una exigencia.

—Decid.

—No pongo en duda vuestra buena fe; pero es posible que os sea infiel vuestra memoria, resultando que algún día se dude en cuanto á la exactitud con que he repetido las palabras del rey.

—¿Y cómo hemos de arreglarnos para que quedéis tranquilo?

—Si bien os parece, lo que he dicho lo escribiréis, y el papel lo entregaré á su majestad.

—Bien me parece, caballero.

—Gracias, doctor.

—Yo haré lo mismo que vos hacéis—dijo tranquilamente Olivares.

Y tomó la pluma y escribió sin cambiar ni una sola de las palabras que le había dicho el gentil hombre.

—¿Es esto?—preguntó.

—Exacto.

—Estáis complacido.

No hablaron más que para cruzar algunas frases corteses y despedirse, pues el gentil hombre debía ponerse inmediatamente en camino.

Todos estos detalles que parecen de poca importancia, son los que precisamente dan á conocer con toda exactitud á Felipe II, sus cortesanos y su época.

Cuando el doctor quedó solo, dijo:

—El rey me manda espiar á don Pedro, y tengo que obedecer, aunque me desagrade mucho representar el papel de espía.

A las cinco fué á ver al señor de Carvajal, y le dijo:

—Estáis mejor, mucho mejor.

—¿Cuándo podré levantarme?

—Pronto, aunque antes es preciso que recuperéis alguna fuerza.

—Me siento muy débil.

—Esa debilidad os ha salvado la vida.

—No lo dudo.

—Si no hay otra novedad, mañana empezareis á tomar algún alimento.

—¿Y esta noche?

—Los caldos y el reposo. No hay necesidad de que toméis el otro medicamento.

—Os advierto que todavía mi cabeza...

—No puede estar completamente firme.

—Doctor, os debo mucho y mucho también tengo que agradecer a su majestad.

—Ya lo ves—dijo don Pedro á su criado y confidente cuando Olivares hubo salido—, he estado enfermo de veras, y afortunadamente ya estoy mejor, mañana podré tomar algún alimento, y dentro de dos ó tres días me levantaré.

—Así entre el primer golpe y el segundo tendréis tiempo para amenazar otra vez, y resultará que en vez de una desgracia vuestra enfermedad ha sido una fortuna.

—Me parece que sí.

—He observado hoy y he visto al hidalgo.

—¡Oh!...

Efectivamente, el señor Felipe de Maldonado había ido, como todos los días de fiesta, á ver á María; pero ésta no había querido decirle ni una sola palabra referente á don Pedro de Carvajal, sino que se concretó á suplicarle que partiese temprano, porque no estaba tranquila cuando en el camino le cogía la noche.

El hidalgo era valeroso, se había sonreído desdeñosamente y buscó mil pretextos para permanecer al lado de María hasta que el sol empezaba á ocultarse.

Dos días después dejó el lecho don Pedro de Carvajal, aunque no le fué posible salir de su morada.

Tranquilizábanse cada vez más las dos mujeres, creyendo que don Pedro no era capaz de cumplir su amenaza.

Entre tanto el doctor Olivares recibió un nuevo recado del rey, que aunque muy sencillo, le llamó mucho la atención.

—Su majestad—le dijeron—, se interesa por la viuda y la huérfana del señor Alonso de Vargas, que habitan en una casita que se ve á la izquierda del camino que conduce al Escorial de Abajo, y como puede suceder que se pongan enfermas, el rey veía con mucho gusto que atendáis cariñosa y desinteresadamente á esas infelices.

—No olvidaré la advertencia—respondió Olivares.

—Su majestad dice que ha pensado esto al recordar que cuando gozaba de más perfecta salud, y repentinamente, se puso enfermo don Pedro de Carvajal.

Muy pensativo quedó el doctor.

¿Por qué el rey se interesaba tanto por la salud de aquellas dos mujeres?

¿Por qué le hacía la advertencia precisamente cuando le mandaba también espiar á don Pedro?

¿Y por qué, para justificar sus temores, ponía el ejemplo de la repentina enfermedad del caballero?

Indudablemente alguna relación había entre el señor Carvajal y las dos honradas mujeres.

Así lo creyó Olivares, y creyó también que lo que el rey había querido era advertirle que al expiar á don Pedro debía fijar particularmente la atención en la familia del difunto Vargas.

Partiendo de estas suposiciones, discurrió muy detenidamente Olivares, y con su inteligencia, su astucia y su gran conocimiento del mundo, y muy particularmente de don Pedro, acabó por hacer deducciones que se acercaron mucho á la verdad; pues si bien no adivinó que se proyectaba un crimen, el más horrendo, quedó convencido de que el señor Carvajal quería ser dueño de la belleza de la joven.

Ante todo el doctor Olivares, probando que hubiera podido ser muy hábil agente de policía, averiguó cuanto se relacionaba con las dos infelices mujeres, y no solamente supo que María amaba al señor Felipe de Maldonado, sino que alguna vez se había visto á don Pedro de Carvajal por los alrededores de la casita blanca.

—¡Ah!—exclamó el doctor muy satisfecho.—Ya tengo el hilo, y por consiguiente acabaré por encontrar el ovillo.

Así se complicaba el asunto.

El señor de Carvajal continuaba muy tranquilo y sin abrigar temor de que á nadie le hubiese ocurrido hacer observaciones que eran para él muy peligrosas.

Aquella tarde al oscurecer el doctor le dijo á don Pedro:

—Estáis completamente curado, y mañana podréis comer cuanto se os antoje y salir á pasear.

—¡Gracias á Dios!

CAPÍTULO VII

EL MOMENTO CRÍTICO

A las tres de la tarde del día siguiente el doctor Olivares salió del monasterio y tomó el camino del Escorial de Abajo.

Llevaba bajo el brazo izquierdo un libro, in-

clinábase sobre el pecho su cabeza y avanzaba lentamente.

Su aire meditabundo y la sencillez de su vestido negro, daban á conocer al hombre dedicado al estudio, al sabio que buscaba la soledad para entregarse más libremente á sus pensamientos.

Llegó cerca del sendero que conducía á la casita blanca; pero no siguió por allí, aunque volvió á la izquierda, sino que se internó por lo más escabroso de aquel sitio y quedó medio oculto por los espesos matorrales.

Cuando bien le pareció se detuvo, se sentó en una piedra, abrió el libro, colocándolo sobre sus rodillas, y empezó á leer.

En aquella postura era imposible distinguirlo, porque quedaba enteramente oculto por la maleza.

María se encontraba entonces cerca de la puerta de su casa y bajo el frondoso emparrado. Nadie la acompañaba, porque su madre, creyendo ya que don Pedro había desistido de su criminal propósito, había bajado á la inmediata población.

En aquellos momentos acababa el señor de Carvajal de ceñir su espada y ponerse su sombrero, y daba á su criado y confidente las últimas órdenes para llevar á cabo su venganza en caso de ser terminantemente rechazado por María.

—Tomando otro camino—decía el caballero—, aunque rodees mucho, irás á colocarte en las cercanías de la era y en sitio desde donde puedas ver la casa, y no seas visto por los campesinos.

—Descuidad, que ya he recorrido muchas veces aquel terreno y lo conozco palmo á palmo.

—Me agrada tu previsión.

—Esperaré, y si veo que salís de la casa y os alejais presurosamente y con el sombrero en la mano, prenderé fuego á la mies.

—Sí—dijo el señor de Carvajal.

—¿Nada teneis que mandarme?

—Nada más que recomendarle la prudencia.

—Pues que os proteja la fortuna.

Salió el caballero, y pocos minutos después hizo lo mismo su criado.

No hay que decir que el primero se dirigió á la casita blanca.

Ya había recobrado las fuerzas casi completamente y contaba con la energía brutal de que necesitaba para consumir el horrendo abuso.

Profundamente sombría era la mirada del ca-

ballero, y cada instante más violenta era la agitación de su espíritu.

De vez en cuando brillaban sus ojos como si dejaran escapar las llamaradas de su intensa pasión.

Latía su corazón fuertemente, y con frecuencia pronunciaban sus labios el nombre de su desdichada víctima.

Lo que aquella tarde sentía don Pedro no tiene explicación: podría decirse que llevaba el infierno en el alma.

Al atravesar el estrecho sendero, miró recelosamente á todos lados sin descubrir alma viviente.

La ocasión no podía ser más propicia para los fines del señor de Carvajal.

Convencido de que nadie lo observaba, avanzó resueltamente y llegó donde estaba la joven.

—¡Dios misericordioso!—exclamó ésta.

Y fijó en el señor de Carvajal una mirada de espanto.

—¿Cretais que yo no había de cumplir mi promesa?—dijo don Pedro con voz alterada por su violenta conmoción.—Pues os equivocásteis. Si al cumplir el plazo no vine, fué porque me encontraba enfermo y postrado. Hoy he dejado el lecho, y ya veis que no he perdido un instante. ¿Cómo había de olvidar lo que es cuestión de vida ó muerte para mí? Si pudiérais comprender lo que sufro, no os hubiérais entregado á ilusiones que ahora se ven desvanecidas. No, María, no puedo vivir así; mi pasión me ha enloquecido, ha llegado á una desesperación que no se concibe, y antes preferiría la muerte que renunciar á la satisfacción de mis deseos ó de la sed de mi venganza, si es que cometeis la torpeza de rechazarme.

En tanto que así hablaba don Pedro, había ido recobrándose la joven y ya se sentía con valor y fuerzas para sostener la lucha.

Su semblante, que en los primeros momentos revelaba el terror, expresaba ya la energía incontestable de su espíritu y el noble sentimiento de la dignidad.

—Caballero—respondió fríamente la infeliz—, podéis haberos evitado la molestia de venir, pues ya conoceis mi resolución.

—Os concedí un plazo...

—Que no os pedí.

—Sin embargo, he querido ser generoso hasta donde me lo permite mi pasión.

—¡Generoso!... Tampoco quiero vuestra gene-

rosidad; nada quiero de vos, ni la existencia.

—Escuchadme...

—Nada de vos, señor de Carvajal, porque os desprecio.

—Nada para vos os ofrezco, sino para vuestra madre, que está en el último tercio de su vida, que no goza de completa salud, y que no podría soportar un golpe repentino y terrible, que moriría muy pronto si se viese agobiada por la miseria.

—¡Mi madre!... Antes que mi deshonra prefiera la miseria, la muerte y todos los tormentos imaginables. ¡Mi madre!... Si yo comprase con mi honor su bienestar, me rechazaría, no me reconocería por hija suya, me maldeciría.

—Exageráis.

—Ruín es vuestra alma y no podeis comprender en nadie la grandeza: cobarde sois...

—Cuidado...

—Sí—repuso enérgicamente María—, cobarde hasta el último grado de la cobardía, y á nadie podeis conceder valor.

—¡Oh!...

—Y si cobarde no sois, ¿por qué no vais á buscar al hombre á quien amo y le disputais mi corazón?... Hidalgo es, ya lo sabeis, y por consiguiente vuestra espada puede cruzarse con la suya.

—¿Quereis que juegue mi vida, dando el triunfo á mi rival si la suerte me es adversa?

—¡Y os llamais caballero!...

—Ese hombre morirá si me rechazais; están contados los días de su existencia, y no os quedará duda cuando veais que cumplo la primera parte de mi venganza. Si quereis salvar su vida...

—¡Salvar su vida para condenarlo á un tormento horrible cuando me vea en vuestros brazos!... ¡Salvar su vida para ver cómo me desprecia!... Bien, bien, don Pedro, trastordada está vuestra razón, porque ni siquiera á discurrir acertais.

—Sí, estoy loco, y por consiguiente...

—¿No se os ha ocurrido pensar que no hay fuerza humana que al amor obligue cuando el amor no se siente?

—Si ternura no teneis para mí, fingidla y me daré por satisfecho—replicó el señor de Carvajal, cuya mirada ardiente y devoradora no se apartaba un solo instante de María.

Sí, trastornado, loco debía estar en aquellos momentos.

Acrecentaba su agitación; había enrojecido su

rostro como si fuera á brotar la sangre, y sus ojos se abrían como para salir de sus órbitas.

No era posible mirarlo sin horror.

—Basta, caballero, basta.

—Mirad—dijo don Pedro, extendiendo un brazo para señalar hacia la era—, mirad, allí está el pan de vuestra madre, allí está su vida...

—¡Miserable!...

—Y la vida del hombre á quien amais está en vuestros labios... No me rechaceis, María, no me rechaceis... Allí hay un hombre que espera una señal mía para convertir en un montón de cenizas el pan de vuestra madre; no me rechazéis, porque os arrepentiríais muy pronto...

—Consumad vuestra obra.

—¿Tendreis valor?...

—Sí, valor me sobra para cumplir mi deber, para conservar mi honor.

—¡María, María!—gritó fuera de sí el caballero.

Y sus manos, trémulas por la desesperación, asieron las manos de la joven.

—¡Atrás, miserable!—exclamó la infeliz, rechazando enérgicamente al señor de Carvajal y poniéndose en pie.—Consumad vuestra obra, no vacileis, tened valor siquiera para ser criminal, que tras el crimen viene el castigo.

—¿Y qué pruebas presentaréis para acusarme?... ¡Vanas ilusiones!...

—Temed la justicia de Felipe II.

—Nada temo.

—Y para daros una prueba de nobleza, de generosidad, os advertiré que el rey me ha ofrecido su protección...

—¿Y qué me importa el rey?... Nada me importa más que los sufrimientos de la pasión que me devora.

—Entonces acabad; pero alejaos, porque vuestra presencia me ofende; alejaos, ó gritaré pidiendo socorro, y todos conocerán vuestro crimen.

—Por última vez, María, amadme ó fingid que me amais.

—¡Jamás!

—Por última vez...

—No, y mil veces, no.

—¿Es esa vuestra última resolución?—preguntó don Pedro con voz ronca?

—Sí—respondió María sin vacilar.

—¿Preferís la miseria?

—Todo.

—¿Condenareis á morir al hombre á quien amais?

—Que muera.

—Pues bien; mirad allí, y antes de que yo haya desaparecido, vereis las llamaradas...

—Alejaos, alejaos.

—Sí, me alejaré; pero volveré pronto para gozarme en vuestro tormento y para saber si después de haber sufrido un golpe os quedan fuerzas y valor para soportar otro.

—Y me vereis morir despreciándoos

No pudo ya dominarse don Pedro, y por el vértigo impulsado, alejóse de María en tanto que se quitaba el sombrero.

CAPITULO VIII

SE CONSUMA EL ABUSO

La seña estaba hecha; ya no era posible retroceder.

La infeliz María quedó inmóvil como una estatua.

Con ansiedad inconcebible fijó la mirada en la era.

Allí estaba cuanto poseía, allí estaba el reposo de su madre.

Aquel montón de mies representaba toda la dicha á que podían aspirar las dos infelices mujeres.

Lo que en aquellos momentos espantosos de incertidumbre sintió la joven, no es posible hacerlo comprender.

La desdichada apenas tenía conciencia de su situación.

Hubiérase dicho que en los ojos tenía el alma: tal era su ansiedad.

De la última esperanza no nos desprendemos sino cuando la realidad nos convence de que es absolutamente imposible lo que deseamos, y María empezó á creer que la amenaza del miserable seductor no se cumpliría.

¿Será capaz don Pedro de consumir el crimen?

Esta pregunta se la hizo muchas veces María.

Pocos minutos después sus dudas se disiparon, se desvaneció su última esperanza.

El pavor se apoderó de su espíritu.

Sobre la dorada mies levantóse una columna de humo...

María exhaló un grito destemplado, grito que parecía llevarse tras sí el alma.

Sus fuerzas desaparecieron rápidamente

Quiso pedir socorro y no pudo.

Huyó de sus ojos la luz.

Parecía verse envuelta entre llamas.

Extendió los brazos, buscando un apoyo, vaciló su cuerpo, y cayó sin sentido.

La negra espiral de humo seguía elevándose, extendiéndose luego, formando nubes y desvaneciéndose en la inmensidad del espacio.

Si no brillara el sol, que descendía y á su ocaso se acercaba, hubiéranse visto las llamaradas que consumían la mies.

Al llegar al camino detúvose don Pedro, volvióse, vió la humareda y soltó una carcajada de júbilo satánico.

Luego tomó camino arriba y desapareció.

Entonces, como si brotase de la tierra, dejóse ver el doctor Olivares, que había observado con atención profunda y que lo había comprendido todo, aunque no había podido oír la conversación.

Estaba su rostro pálido y contraído.

Su mirada era sombría y terrible.

—¡Miserable! murmuró.—¡Insensato, que no teme la justicia de Felipe III... ¡Oh!... Ahora debo cumplir mi deber, obedeciendo al mismo tiempo las órdenes del rey.

Campo traviesa avanzó el doctor y llegó á la casita, encontrando á María inmóvil en el suelo.

Arrodillóse Olivares, examinó el pulso de la infeliz, apreció en cuanto le fué posible los latidos del corazón, hizo un gesto de disgusto y luego dijo:

—No me atrevo á responder de su vida. ¿Qué hubiese sucedido si el socorro no fuese instantáneo?... Entonces habría muerto la desdichada.

Los momentos eran preciosos y quiso aprovecharlos el buen doctor.

Tomó en sus brazos á la joven, entró en la casita y la colocó en una de las dos camas que encontró.

Necesitaba el auxilio de otra persona y pensó salir y gritar para que alguien acudiese; pero antes de hacerlo así, oyó un grito desgarrador y que decían:

—¡María!... ¡Hija de mi alma!...

Era la pobre madre que acababa de llegar y apercibirse del incendio.

Y en tanto que gritaba, entró en la casa y dejó escapar una exclamación de sorpresa, de dolor, al ver á su hija en el lecho y al buen Olivares.

—Silencio—dijo éste.

—Mi hija, la hija de mi alma...

—Está desmayada y pronto recobrará el sentido...

—¡Dios misericordiosos!...

—Soy médico y vuestra hija tendrá cuanto necesita.

—Pero...

—Soy el doctor Olivares...

—¡Ah!...

—Dominad vuestro dolor para poder ayudarme y cumplir mis órdenes, haced un esfuerzo, porque así lo exige el estado de vuestra hija.

—Ahora veréis lo que puede la voluntad de una madre... Disponed, salvad á mi hija y pedidme la existencia.

No exageraba la pobre madre en cuanto al poder de la voluntad.

Así tuvo el médico el auxilio que necesitaba y pudo ocuparse exclusivamente de la infeliz joven.

Don Pedro había cumplido la primera parte de su venganza. ¿Cumplirla la segunda?

Sí.

CAPITULO IX

DESPUÉS DEL INCENDIO

El incendio produjo la conmoción que era consiguiente en los habitantes de las dos poblaciones inmediatas, lo mismo que en los de la campiña, y acudieron muchos para ver si podían salvar alguna parte de la mies, y para auxiliar en lo que les fuera posible y consolar á las dos pobres mujeres; pero María no podía ocuparse de su situación, y la infeliz madre se había olvidado de todo para no pensar más que en su hija.

—Nada necesito, nada quiero—decía la madre á sus honrados vecinos—, nada más sino que Dios devuelva la salud á mi hija, porque con amor seré feliz aun en medio de la miseria.

—Pero un médico...

—Cuento con el mejor.

—¿Quién?

—El doctor Olivares.

—¡El médico del rey!

—Quiso la Providencia que pasase por aquí cuando sucedió la desgracia, y nos ha socorrido tan cariñosamente como pudiera hacerlo un padre.

La señora Ana, que así se llamaba la madre, despidió así á sus vecinos, y consiguió quedar sin otra compañía que la del médico y su hija.

Había recobrado ésta el conocimiento; pero se desenvolvía una fiebre bastante intensa, y cuyo término era muy dudoso.

El doctor hizo cuanto le fué posible y le pareció conveniente, y al ver que la joven quedaba sumida en pesado sopor, separóse de ella, hizo salir del aposento á la señora Ana, y le dijo:

—Ahora lo que conviene á la enferma es reposo.

—Pero decidme si salvará.

—Dios sólo sabe lo que ha de suceder; sin embargo, tenemos la ventaja de la juventud y la buena organización de la enferma.

—¡Virgen santa!...

—Ahora dominaos, como me habeis prometido, y porque me parece conveniente que hablemos de esta desgracia. No soy curioso; pero como médico necesito conocer los antecedentes de la enfermedad, para apreciarla con acierto. Me inspiráis el más vivo interés, no lo dudéis; me lo inspiráis porque sois honradas y por vuestra desgracia misma, y si yo os inspiro alguna confianza...

—Ciega.

—Gracias.

—Si mi hija se salva, ¿á quién le deberá tan gran beneficio? ¿Y quién la ha socorrido primero? Estaba sola, y sin vuestro auxilio generoso tal vez hubiera sucumbido.

—Me ha traído la Providencia.

—Jamás podré pagaros...

—Ocupémonos de lo que más interesa.

—Preguntad y os responderé con franqueza.

—Supongo que este accidente lo ha determinado el incendio, pues vuestra hija debió impresionarse demasiado vivamente.

—Ha desaparecido en un momento nuestro pan de todo el año.

—¿Y creéis que el incendio ha sido casual?—preguntó el doctor, fijando una mirada escudriñadora en la señora Ana.

Aunque esta había prometido hablar con franqueza, guardó silencio como si dudase.

—Tal vez—añadió el médico—tenéis algún enemigo, y aunque parece que esto no me importa, lo pregunto para hacer deducciones.

—Sí, un enemigo tenemos, aunque no hemos hecho mal á nadie.

—Me parece haber visto que se alejaba de aquí una persona precisamente cuando el incendio principió, y pocos minutos antes de que yo encontrase desmayada á vuestra hija.

—¿Y habeis conocido á esa persona?

—No tengo seguridad, porque, pensando en el grito que á mis oídos llegó, no fijé bastante la

atención en el que se alejaba; pero vos debeis sospechar si es el enemigo á quien antes habeis hecho referencia.

—Sí, era un caballero.

—Me parece que sí.

—Pues bien—dijo la señora Ana después de algunos momentos—; ese hombre debía ser vuestro amigo, es un personaje, goza de gran favor en la corte, y...

—¿Cómo se llama?

—Debo atreverme á pronunciar su nombre?

—¿Y por qué no?

—Soy una infeliz...

—Por vuestra virtud sois digna de toda clase de consideraciones. Nada temais.

—Ese hombre debe ser don Pedro de Carvajal.

El doctor Olivares desplegó una leve, muy leve sonrisa.

—Sí—añadió la señora Ana sin poder ya contenerse—; don Pedro de Carvajal, que está despedido porque mi hija no ha querido escuchar sus galanteos, y que en su desesperación nos amenazaba... Pero no no creo que ese hombre ni ninguno sea capaz de cometer tan horrendo crimen; y aunque lo haya cometido, ¿qué he de hacer? ¿A quién he de acudir en demanda de justicia? ¿Quién ha de escucharme cuando yo acuse al magnate poderosísimo?... ¡Desdichada de mí!... Mi acusación sería considerada como un crimen, porque el pobre y desvalido...

—Os equivocáis.

—No juzguéis por vuestro noble corazón el de los demás.

—Para el rey son iguales todos sus vasallos.

—¡Ahl...

—¿No sabéis cómo hace justicia Felipe II? ¿No sabéis que si su mano derecha pecase la cortarían con su siniestra mano?

—Caballero—repuso la señora Ana con creciente exaltación—vos debeis conocer al rey mejor que yo, y...

Interrumpióse repentinamente.

—Perseguid—le dijo Olivares.

—A vos nada debo ocultaros, porque es imposible que me engañe ó cometa un abuso: quien tan generoso se ha mostrado conmigo. Sabed que el rey se detuvo aquí una tarde, se dignó hablar con mi hija y recordó las virtudes de mi amado esposo, á quien Dios tenga en su gloria, y además preguntó por qué nos visitaba don Pedro de Carvajal, y... Nada más, se fué... ¡Dios mío!

No necesitaba ya más explicaciones el astuto doctor para comprender las órdenes que había recibido del monarca.

—¿Creeis que su majestad me escucharía, me haría justicia? Y al hacer justicia, evitaría otro crimen, porque don Pedro de Carvajal no podría completar su venganza.

—¿Acaso?...

—Amenazó á mi hija con quemar la mies, y con asesinar...

—¿A quién?

—Al hombre honrado á quien ama mi pobre María.

—¿Y ese hombre?...

—Es un hidalgo que se llama Felipe de Maldonado.

—Conoci á su padre hace bastantes años, y no sé si aún vive.

—Sí.

Se arrugó el entrecejo del doctor.

No necesitó reflexionar mucho para apreciar todas las consecuencias de aquella situación horrible.

—Bien—dijo después de algunos minutos—, continuad.

—Castigando á don Pedro se salvaría el señor Felipe.

—Os equivocáis.

—Entonces...

—¿Y en qué había de fundarse el rey para castigar á don Pedro?

—En el abuso que acaba de cometer...

—¿Tenéis pruebas?

—Vos sois testigo...

—Sí, mi obligación es declarar que esta tarde ha venido á esta casa el señor de Carvajal, pero eso no prueba que él haya sido el autor del crimen, y para defenderse no necesitaría más que recordar las circunstancias de que el incendio principió precisamente en los momentos en que él se separaba de vuestra hija.

—¿Será inocente?

—No lo sé; pero os advierto que á nadie puede acusarse sin presentar una prueba, porque de otro modo el señor de Carvajal tendría derecho á decir que lo calumniábais, y la calumnia es un delito tanto mayor cuanto más elevada es la persona calumniada, porque las consecuencias son más graves.

La señora Ana exhaló un penoso suspiro, inclinó tristemente la cabeza y el llanto corrió por sus mejillas.

No tenía pruebas, no podía pedir justicia ni contaba con medios para evitar que se consumase el segundo crimen.

¿Qué motivo alegar para aconsejar al hidalgo que no fuese á visitar á María?

Este consejo le parecería más extraño cuando precisamente la joven estaba enferma.

Inútil sería hablarle de peligros vagamente, porque el señor Felipe no era de los hombres que se atemorizan con facilidad.

Y decirle la verdad era doblemente peligroso, porque dejándose llevar del arrebato, de la ira y de la indignación, iría inmediatamente á buscar á don Pedro para pedirle cuentas de su ruin proceder, y la situación se complicaría y correría la sangre, y, conocido por todos el motivo de la querrela, el honor de la joven iría de boca en boca, con observaciones y comentarios nada provechosos.

Todo esto lo comprendía muy bien el doctor, y tampoco se le ocultaba á la pobre madre.

Silenciosos quedaron.

Olivares no tenía ya nada que preguntar, ni la señora Ana tenía nada que decir.

La infeliz dejaba que corriese su llanto.

El buen doctor cavilaba, y por resultado de sus cavilaciones decidió escribir aquella misma noche al rey, pues adoptar sin otra consulta una resolución, era aceptar desde luego una muy grave responsabilidad.

Así discurría Olivares cuando una mujer llegó ofreciéndose á pasar allí la noche, para acompañar á la pobre madre y ayudarle á cuidar á María.

Aceptado fué el ofrecimiento, y entonces el doctor explicó minuciosamente lo que era preciso hacer con la enferma; despidióse y salió sin otra compañía que la de su libro, que volvió á colocar bajo el brazo izquierdo.

Media hora después entraba en su habitación del monasterio, sentábase junto á la mesa y escribía lo siguiente:

"Señor, con un baño caliente, una sangría y otros medicamentos, he conseguido la completa curación de don Pedro de Carvajal, que hoy ha salido á dar un paseo, y esta tarde, poco después de las cuatro, lo vi por casualidad en las cercanías del camino del Escorial de Abajo.

"Entonces tuve el disgusto de presenciar una gran desgracia: se ha quemado la mies que la viuda del honrado Vargas tenía en la era. No se sabe si el suceso ha sido casual. La viuda no se

encontraba en su vivienda, y su hija, al ver el incendio, cayó desmayada. Me felicito por haber podido socorrerla. Su estado es grave, pues tengo entendido que pocos momentos antes había experimentado conmociones muy violentas. Todavía no puedo pronosticar.

"Después de observaciones detenidas y cálculos bien fundados, empiezo á temer otra nueva desgracia para el señor Felipe de Maldonado, que es el que aspira á la mano de la hija de Vargas.

"No me atrevo á adoptar ninguna resolución y suplico muy encarecidamente á vuestra majestad se digne comunicarme órdenes.

"Todavía saldré esta noche para hacer otra visita á don Pedro de Carvajal y saber cómo se encuentra después de su primer paseo, pues cuando se retiraba me pareció que estaba muy pálido y agitado, y una recaída no es imposible.

"Siempre es el vasallo más leal y fiel criado de vuestra majestad,

DOCTOR OLIVARES."

Cerró la carra, la selló, llamó á su criado y le dijo:

—Ahora mismo has de montar á caballo y correr cuanto puedas para que al amanecer estés en Madrid y entregues este pliego al rey en sus propias manos, enténdelo bien, al mismo rey.

—Descuidad, señor.

—Si tienes la desgracia de que este papel te se pierda, ponte bien con Dios, porque te ahorcarían.

—Señor...

—Y te ahorcarían también si lo entregas á cualquiera que no fuese el rey.

—¡Oh!...

—No quedará sin recompensa este servicio.

—Ya estoy recompensado.

—Que Dios te proteja.

El criado partió.

Olivares volvió á salir y fué á visitar á don Pedro, encontrándolo muy agitado.

—No estás bien—dijo el doctor.

—Sin duda el paseo...

—No debéis salir mañana antes de que yo os vea.

—Os esperaré.

—Os advierto que una recaída sería muy peligrosa. ¿Habéis tenido algún disgusto? Así parece, porque el pulso...

—He recibido una carta desagradable.

—Muy desagradable debe ser.

—No os equivocais.

—Pensad que la salud vale más que todo, y por consiguiente cometeríais una locura si os ocupáseis de cualquier asunto que siquiera tuviese mediana importancia.

—No siempre hasta la voluntad para desentenderse de cierta clase de negocios.

—La voluntad todo lo puede, porque es la fuerza mayor de que disponemos.

—Sin embargo...

—Os doy el consejo para poner á salvo mi responsabilidad, y vos haréis lo que mejor os parezca.

—Gracias, doctor.

—Hasta mañana, don Pedro.

—Que Dios os guarde.

CAPITULO X

SIGUE EL DOCTOR CUIDANDO DE SUS ENFERMOS

El doctor Olivares no se había permitido acostarse hasta la una de la madrugada, porque quiso meditar otra vez sobre la situación.

A las ocho de la mañana fué á visitar á don Pedro. Poco había dormido éste la noche anterior, y estaba pálido y ojeroso.

El médico lo pulsó, le hizo algunas preguntas, y le dijo luego:

—No adelantais en vuestra convalecencia tan rápidamente como yo deseo; pero tampoco hay ninguna novedad de verdadera importancia. Os aconsejo otra vez la prudencia, y os prohibo ocuparos de asuntos desagradables, pues no hay nada que pueda haceros tanto mal como las conmociones violentas.

—¿Cuándo podré volver á Madrid?—preguntó el señor de Carvajal.

—Tal vez muy pronto.

—Me aburro en este desierto.

—Tened paciencia—dijo el doctor poniéndose en pie.

—¿Ya os vais?—preguntó sorprendido don Pedro.

—Sí, porque me aguarda una enferma de bastante gravedad. ¿No sabéis lo que ayer sucedió?

—Nada sé.

—Es extraño, porque no se habla de otra cosa, y hoy todos los habitantes del Escorial están tristes y preocupados.

—¿Qué pasa?

—Se incendió una era, y en pocos minutos ha desaparecido el pan de todo el año de dos mujeres tan infelices como honradas.

Se hizo más densa la palidez del señor Carvajal.

—Sí—murmuró—, me parece haber oído algo de ese triste suceso.

—No fué posible dominar el incendio, que se produjo en tres ó cuatro puntos á la vez, cuya circunstancia hace sospechar que se ha cometido un crimen muy meditado.

—Es posible.

—Y no solamente no pudo dominarse el incendio, sino que se comunicó á otra era inmediata, resultando así que han sido dos las familias perjudicadas.

—¿Eran pobres?—preguntó don Pedro con voz insegura.

—Una de ellas, las dos mujeres... Tal vez las conozcáis: la viuda y la hija del señor Alonso de Vargas, que habitan en una casa á la izquierda del camino del Escorial de Abajo.

—Sí—dijo don Pedro con visible turbación—, me parece... Las conozco.... ¡Pobres mujeres!

—Al ver el incendio, cayó la hija desmayada, y anoche la dejé con una fiebre que empezaba á tener carácter nervioso, y cuyo resultado puede ser el peor.

—¿Teméis que muera esa joven?

—Más cerca está de la muerte que de la vida—respondió Olivares en tanto que fijaba una mirada penetrante en el caballero.

La turbación de éste creció hasta el punto de que no le permitió articular una sílaba.

El miserable había principiado por ser criminal y concluía por ser torpe.

El doctor prosiguió diciendo:

—Yo pasaba por aquellos sitios cuando la desgracia sucedió, y pude acudir en socorro de la joven, que estaba sola, porque su madre había bajado á la población. Doy á Dios gracias porque me ha proporcionado la ocasión de hacer una buena obra.

—Noble corazón tenéis—dijo por fin el señor de Carvajal.

—Cumpliré mi deber como médico y como hombre también. Yo quisiera ser rico para ofrecer á esas pobres mujeres lo que acaban de perder, y algo más; pero ya que no puedo, suplicaré á su majestad que las socorra, y abrigo la esperanza de conseguirlo.

—No—replicó el señor de Carvajal vivamen-

te—, no es menester que molesteis á su majestad. Yo soy rico, tan rico, que el dinero me sobra después de vivir espléndidamente, y hoy mismo daré á la viuda siete veces más de lo que ha perdido con el incendio, y... Vos podéis ser el mediador... Voy á entregaros una crecida cantidad en oro...

—Falta saber si la viuda quiere aceptar el socorro.

—¿Y por qué no?

—Aunque pobre, tiene sus puntos de orgullo.

—Entonces, lo que quiera hacer el rey...

—Cuando el rey da, es forzoso aceptar el donativo, so pena de faltar al respeto debido á su majestad.

—Tenéis razón.

—Sin embargo, le diré á la viuda que deseáis favorecerla, y que...

—No hagáis tal.

—Si está dispuesta á recibir el beneficio...

—Dejadla, que, en último caso, sobrarán medios para darle el socorro sin que le sea posible rechazarlo. Además, las obras de caridad han de hacerse sin ostentación, y no quiero que sueñe mi nombre para nada. Dadme noticias diariamente, y veremos lo que conviene hacer.

—Sois muy delicado.

—Cumpla mi deber.

—Dios os premiará.

Olivares recomendó nuevamente á don Pedro la tranquilidad de espíritu, y salió, encaminándose á la vivienda de las dos mujeres, donde fué recibido como merecía por la señora Ana.

—¿Y nuestra enferma?— preguntó el médico.

—Ha pasado la noche con alguna tranquilidad, y me parece que está más despejada.

—Dios nos ayudará.

Efectivamente; algo había remitido la fiebre, y María pudo hablar con el doctor, que le dirigió las palabras más consoladoras.

Ya habían mediado algunas explicaciones entre la madre y la hija, y, por consiguiente, no vaciló ésta para decirle al médico:

—No os ocupéis de mi salud, y, si queréis hacerme un gran beneficio, buscad un medio de que se salve el hombre á quien amo.

—Tranquilizaos, porque sin la tranquilidad es imposible vuestra curación.

—¡Tranquilizarme cuando el puñal del asesino se levanta sobre el pecho del hombre que por mí sacrificaría mil veces la existencia!

—Nos quedan muchos recursos.

—Sabed que el autor del incendio es don Pedro de Carvajal. Un cómplice suyo esperaba en la era mientras él hablaba conmigo, y apenas manifesté mi última resolución...

—Pero no hay pruebas.

—No acusaré á don Pedro; pero quiero salvar á Felipe.

—Casi me atrevo á responder de su vida.

—¡Ah!...

—He meditado, tengo un plan, y el crimen quedará frustrado.

—Sois un ángel que Dios nos envía.

—Callad, sosegaos, no desconfiéis de la Providencia, y tened por seguro que la justicia triunfa siempre.

La joven besó la diestra del doctor Olivares, y dijo:

—Vuestras palabras me infunden valor.

Y dos lágrimas brotaron de sus ojos.

—Llorad—dijo el médico—, que el llanto os hace mucho bien. Estáis mejor, y respondo de vuestra vida si no os atormentáis con dolorosos pensamientos. Pensad que tenéis la obligación de conservar vuestra salud para cuidar de vuestra madre.

—¡Pobre madre mía!... Hemos quedado en la miseria...

—No, porque tengo la seguridad de que el rey remediará vuestras necesidades, y, sobre todo, está Dios.

—Sí, Dios con su inflexible justicia.

—En el otro mundo; pero en éste...

—Nada espero.

—Está la justicia de Felipe II.

—Caballero...

—Os prohibo hablar, porque os hace mucho daño. Volveré á la tarde, porque, cuando el sol empiece á descender, os sentiréis peor, y os lo advierto para que sepáis que esto nada tiene de particular y que es una de tantas alternativas propias de vuestra enfermedad.

Muy poco faltó para que la señora Ana se arrodillase y besase los pies al doctor.

Para un padre, la persona que salva la vida del hijo, no es una criatura como todas, es algo más, algo que se asemeja a la Providencia; es un ser que merece más que respeto, más que gratitud, que merece adoración.

Dispuso Olivares lo que le pareció conveniente, despidióse y salió, diciendo para sí:

—Es un gran goce la satisfacción de hacer un

beneficio, un goce quizás mayor que el que experimenta la persona que el beneficio recibe. Y, sin embargo, mi posición no me permite hacer todo lo que deseo; tengo que mezclarme en ruines intrigas, tengo que representar desagradables papeles, y temo que alguna vez me sea forzoso hacerme cómplice en lo que bajo cierto punto de vista puede considerarse un crimen. Así es el mundo, y preciso es aceptarlo tal como es. Principié por el amor á la ciencia; luego la pícara vanidad me hizo ambicionar fama, y ahora está ya interesado mi amor propio hasta el punto de que me sería imposible resignarme á vivir obscurecido y olvidado en una aldea. Di el primer paso en la resbaladiza pendiente, y ya no puedo retroceder. Quise ser médico, y lo soy; pero también soy cortesano: un cortesano como todos.

Volvió á su aposento Olivares, ocupándose en estudiar ó en reflexionar sobre la intriga en que representaba tan importante papel.

Después de las cuatro de la tarde salió para ir á visitar á María, y vió á don Pedro que pasaba por los alrededores de la casita blanca.

La enferma continuaba muy bien relativamente á su estado, lo cual fué nuevo motivo de satisfacción para el médico, que así alcanzaba un nuevo triunfo en el terreno de la ciencia.

No se ocupó entonces del señor Felipe de Maldonado, porque éste no había de ir al Escorial hasta el domingo.

Cerró la noche.

A las nueve y media llegó un jinete al monasterio.

Era el criado del doctor, que había cumplido fielmente su encargo y llevaba la respuesta de Felipe II.

CAPITULO XI

LA CONTESTACIÓN DEL REY, Y UN NUEVO PROYECTO DEL SEÑOR DE CARVAJAL

El doctor Olivares esperaba con impaciencia, contaba los minutos con ansiedad, pues no quería adoptar ninguna resolución sino en virtud de órdenes terminantes que lo pusieran á cubierto de toda responsabilidad.

Las órdenes había de recibirlas por conducto de su criado, y cuando éste se presentó, cambió repentinamente la expresión del rostro del médico y exclamó:

—¡Ahl...

—Aquí me tenéis, señor—dijo el sirviente.

—Ya me tenías con algún cuidado.

—Pues á Dios gracias, mi viaje no ha podido ser más feliz.

—¿Me traes buenas noticias?

—Si son buenas ó malas no lo sé, pues lo único que puedo decir es que he cumplido vuestras órdenes con toda exactitud.

—Refiere punto por punto cuanto has hecho, cuanto has visto y oído, pues todo tiene importancia cuando se trata de cierta clase de asuntos.

—Señor, hace diez años que os sirvo y sé lo que es la corte.

—Y eres leal, Bruno.

—Llegué al alcázar á las siete de la mañana, dije que era vuestro criado y que necesitaba ver al rey para comunicarle una noticia de interés y reservada. Dudaron si debían dar aviso á su majestad; pero el duque de Feria, que se encontraba allí, dijo: "Os aconsejo que no detengáis á este hombre si es criado del doctor Olivares." Y, efectivamente, avisaron á su majestad, que me recibió en seguida, preguntándome si llevaba algún papel.

—Perfectamente.

—Le entregué el pliego, lo leyó, reflexionó largo rato, tomó la pluma, escribió, y me entregó esta carta, diciéndome: "Tenéis una hora para descansar y almorzar. Que Dios os acompañe."

—¿Nada más dijo?

—Ni una palabra, y salí, tomé algún alimento, cabalgué y aquí me tenéis.

—Es decir, que no has dormido la noche anterior, has recorrido catorce leguas y...

—Ahora descansaré.

—Sí, cena y acuéstate: bebe vino y poca agua, aunque la dasees, y mañana hablaremos más.

Quedó solo Olivares.

Abrió la carta, que no tenía sobreescrito, y leyó lo siguiente:

"Quiero que la enferma tenga cuanto necesite para recobrar la salud; pero nada más.

"Dejad que cada cual haga lo que le dicte su conciencia, porque sólo así puede distinguirse el bueno del malo. Para eso ha dado Dios á la criatura la voluntad, el libre albedrío y la inteligencia conque puede conocer el bien y el mal. Sin embargo, observad y en cuanto os sea posible evitad nuevas desgracias."

Nada más decía Felipe II, y para cualquiera hubiera sido no decir nada; pero Olivares entendió perfectamente y murmuró:

—El plan está bien claro, y no me gusta, porque Dios sabe lo que puede suceder. Debo vigilar; pero no acudir á cierta clase de medios para evitar que asesinen al pobre hidalgo. ¿Qué haré para acertar, para colocarme en el término medio que ha de producir el resultado que el rey desea? En verdad que mi situación es bien difícil, pues corro peligro de pagar culpas ajenas.

Entender y dejar satisfecho á Felipe II, era empresa muy ardua, y no sin motivo sobrado abrigaba temores el doctor.

Una y otra vez leyó el lacónico escrito, que estaba sin firmar, y donde ningún nombre se consignaba, pues así, aunque se hubiera extrañado, nadie hubiera podido adivinar á quién se dirigía, ni con qué fin, ni qué clase de asunto era aquél que daba lugar á tales advertencias y reflexiones.

Mientras el doctor meditaba, don Pedro de Carvajal trazaba nuevos planes.

Encendíase más y más su pasión á medida que se le presentaban obstáculos.

Ya se había convencido de que su víctima no cedería, y que, por consiguiente, todos los esfuerzos serían inútiles.

Todo el mundo mostraba el más vivo interés por las dos infelices mujeres, y era lo más probable que les ofreciesen socorros suficientes á compensar la pérdida que habían sufrido, y probable también que por mediación del doctor Olivares, la munificencia de su majestad acudiese también en auxilio de las desdichadas.

Después de mucho meditar había comprendido don Pedro que acrecentaría el horror conque lo miraba la joven si llegaba á ser asesinado el señor Felipe.

No quiere esto decir que el señor de Carvajal desistiese de su primera idea, pues atormentado por los celos, no podía vivir tranquilo mientras latiese el corazón que amaba á María.

El hidalgo debía, pues, morir, no precisamente para hacer sufrir á la joven, sino para que desapareciese el odiado rival.

Ni la miseria, ni la amenaza de asesinar á su amante había sido suficiente para obligar á María, y era preciso buscar otro medio.

Este medio creyó encontrarlo el señor de Carvajal, y quiso ponerlo inmediatamente en práctica.

Llamó á su criado y confidente y le dijo:

—Nuestro asunto va mal.

—Ya lo veo, señor.

—No cedió María, ni ha ceder porque deje de existir su amante, sino que, por el contrario, me rechazará con mayor dureza.

—¿Hemos de dejar al hidalgo?

—No, no—respondió vivamente el caballero.

—Entonces...

—Algo más debemos hacer.

—Dispuesto estoy.

—¿Y esos hombres?

—Comen bien, beben mucho, se pasean, y aunque dicen que se aburren, esperan mis órdenes.

—¿Qué piensan hacer después que hayan dado el golpe?

—Se volverán inmediatamente á Madrid, adoptando las precauciones convenientes para no caer en manos de la justicia.

—¿Y no se atreverían á ocultarse por estos alrededores para ocuparse de otro asunto?

—Creo que sí, puesto que no tienen que hacer otra cosa y no es gente que pierde la ocasión de ganar dinero.

—Supongo que tú...

—Me tenéis á vuestras órdenes para cuanto sea menester.

—Pues bien; mañana, antes de que amanezca, montarás á caballo.

—¿He de ir á Madrid?

—Tal vez no sea necesario que andes tanto.

—¿Qué hay que hacer?

—Te lo diré con pocas palabras; quiero apoderarme de la madre ó de la hija para amenazar á cada una de ellas con la muerte de la otra, y esto ha de hacerse la misma noche en que deje de existir mi rival y antes de que María pueda conocer su nueva desgracia.

—Entiendo—dijo fríamente Andrés.

—A la que quede en nuestro poder la llevaríamos á Madrid en caso de que no hubiese donde ocultarla y guardarla bien por estos alrededores; pero de todas maneras me parece que necesitaremos un carruaje.

—Yo creo que no.

—¿Y cómo os arreglaríais?

—Eso corre de nuestra cuenta, pues lo difícil es dar el golpe, y en cuanto al sitio donde ha de quedar la prisionera, me parece que no es menester que nos alejemos mucho.

—Pensé en la casita de la dehesa; pero...

—Allí puede estar muy bien.

—¿Y cómo nos arreglaríamos para que nadie más que tú conociese este asunto?

—Es muy sencillo.

—Sepamos cómo.

—A José, su mujer y los guardas les mandaréis trasladarse inmediatamente á Madrid, esperando allí vuestras órdenes, y yo me instalaré en la casita.

—Si sospechan...

—La verdad no pueden adivinarla. Harán muchos comentarios, dirán que sois caprichoso y extravagante; pero ¿qué os importa? Cuando sea conveniente, volverán, y como entre tanto habrán tenido una vida regalada, bendecirán vuestros caprichos. La casa, aunque no muy lejos, está á bastante distancia del camino para que no tengamos que temer observaciones, y la disposición del terreno y la espesura de los árboles y la maleza nos favorecen también, pues el edificio no se descubre sino después de haberse acercado mucho por la tortuosa vereda y á través de la parte de bosque que hay por allí. Conozco muy bien todo aquel terreno. No hay población ni ninguna vivienda por los alrededores, y por consiguiente nada puede conseguir gritando la persona que se encuentre allí presa.

—Discurres bien.

—Mañana podemos ir, y volveremos temprano sin que nadie pueda decir que habéis hecho más que dar un paseo á caballo por estas cercanías.

—Bien pensado, muy bien.

—Ahora falta que determinéis si ha de ser la madre ó la hija.

—Dudo.

—Tiempo tenéis para reflexionar, puesto que hasta el domingo no ha de darse el golpe.

—Determinaré según el estado de la salud de María.

—Pues voy ahora á buscar á mis amigos para hablarles del negocio y saber con seguridad si podemos contar con ellos.

—No te detengas, que te aguardaré.

Andrés salió.

Otra vez el señor de Carvajal se entregó á sus sombríos pensamientos.

Una hora después volvió su criado.

—¿Hay algún inconveniente?—preguntó don Pedro.

—Ninguno.

—Pues acuéstate y descansa, porque tendremos que madrugar.

También el caballero se acostó.

No pudo conciliar el sueño tan pronto como deseaba.

Sus esperanzas habían renacido con el nuevo plan, y se sentía con valor para todo.

—Momentos había en que digno era de compasión, pues sufría horriblemente.

Su trastorno era cada vez más profundo; su razón estaba ofuscada y ya no podía cometer más que locuras.

A tal punto había llegado su pasión devoradora, que no hubiera vacilado para sacrificar la existencia si se la pidiesen á cambio de algunos minutos de los goces que anhelaba.

Su sueño fué agitado.

Apenas se habían dejado ver los primeros rayos del sol, cuando el señor Carvajal y Andrés montaron á caballo y partieron.

Casi al mismo tiempo salía del monasterio el doctor para ir á ver cómo se encontraba María.

Quiso la casualidad que Olivares viese á don Pedro, y como éste también vió al doctor, detúvose y esperó para saludarlo.

—¿Adónde vais tan de mañana?—preguntó el médico.

—¿Opináis que no me conviene dar un paseo á estas horas?

—Sí, os conviene mucho; pero habéis de volver á vuestra casa antes de que el sol empiece á calentar.

—Vos también habéis madrugado, mi querido doctor.

—Es mi costumbre, y además tengo que cumplir sagrados deberes.

—¿Vais á visitar á algún enfermo?

—A la huérfana de Alonso de Vargas.

—¿Y cómo se encuentra?—preguntó don Pedro, cuyo rostro palideció por un instante.

—Mejor, mucho mejor.

—Lo cual quiere decir...

—Que ya respondo de su vida.

—¿Continúa postrada?

—Si no se presenta ninguna alteración, mañana podrá dejar el lecho. Es una organización verdaderamente privilegiada, y también nos ha servido de mucho la fuerza de su voluntad.

—Me alegro.

—Que Dios os guarde, señor de Carvajal.

—Hasta después, mi buen amigo.

Don Pedro y Andrés desaparecieron entre una nube de polvo.

—¿Adónde irá?—se preguntó el doctor.—No puedo seguirlo; pero necesito saber a qué hora vuelve.

Pocos minutos después veía el médico con inmensa satisfacción que María estaba curada y que no necesitaba más que recuperar las perdidas fuerzas.

La señora Ana y Olivares conferenciaron, empeñándose en encontrar un medio para evitar el peligro que amenazaba al señor Felipe.

Ningún medio seguro había; pero el doctor continuaba consolando en cuanto era posible a la pobre madre.

—Confíemos en Dios—decía el médico.

—Sí, en la misericordia divina confío; pero...

—Vigilo a todas horas y abrigo la esperanza de que evitaremos que el crimen se cometa. Lo más eficaz sería inutilizar a don Pedro; pero esto es imposible.

Cuando el doctor se separó de las dos mujeres fué a situarse donde antes había visto a don Pedro, y como mejor pudo se ocultó para observar sin ser visto.

Dos horas pasaron.

Distinguióse al fin una nube de polvo y luego dos jinetes.

Eran el señor de Carvajal y Andrés.

Pasaron y desaparecieron.

—Veamos—dijo Olivares.

Y salió de su escondite y fué a la morada de caballero.

Acababa éste de mudar de ropa.

Recibió muy afablemente al doctor, diciéndole:

—Os agradezco mucho la visita.

—He querido saber cómo os encontrábais después del paseo.

—Muy bien.

—¿Habéis venido tarde?

—Hace ya más de una hora que volví—dijo don Pedro, mintiendo así descaradamente.

—Permitidme examinar el pulso.

—Hacedlo, aunque ya no me considero enfermo.

—¡Oh!—murmuró Olivares, después de apreciar los latidos de la arteria y haciendo un gesto de disgusto.

—¿Qué novedad encontráis?

—Caballero: conspiráis contra vuestra vida; es decir, que vos sois vuestro mayor enemigo.

—Doctor: repito que me siento bien, muy bien.

—Perdonadme si os recuerdo el refrán que dice que el que hace un cesto hace ciento.

—¿Y qué tiene que ver ese adagio con mi salud?

—Si habéis intentado engañarme una vez, podéis hacerlo dos.

—¡Engañaros!...

—Aseguráis que hace más de una hora que volvísteis.

—Sí—dijo con voz insegura el señor de Carvajal.

—Aún no hace diez minutos.

—¡Doctor!...

—Así lo prueba la actividad de la circulación de vuestra sangre, la traspiración de vuestra piel y...

—¡Por satanás!...

—¿Os enfadáis?

Don Pedro soltó una alegre carcajada.

—¿Ahora os reís?

—Ya no dudo.

—Ahora me toca a mí no entenderos.

—He querido hacer una prueba para convencerme de que no es posible engañaros.

—Es decir...

—Que no os equivocáis, porque hace pocos minutos que llegué. Nunca creí que vuestra ciencia alcanzase a tanto, y desde hoy os miro con envidia. Me alejé demasiado, porque distraído con otros pensamientos me olvidé de vuestras prudentes advertencias.

—Pues esas distracciones pueden costaros muy caras.

—Nunca como ahora sentiría enfermar, porque deseo volver cuanto antes a Madrid, donde he de ocuparme de asuntos de gran interés.

—Dentro de pocos días os daré licencia para emprender el viaje, si no cometéis alguna locura.

—Descuidad.

Yo sabía el doctor cuanto deseaba, y se despidió, saliendo mientras decía para sí:

—¿Adónde ha ido? Si no ha hecho más que pasearse, ¿por qué menta?... Sin duda, prepara algún nuevo golpe; pero no puedo adivinar en qué consista. Quiera Dios que no tengamos que deplorar más desgracias y quizás mayores que las que ya han sobrevenido. Todo esto ha podido evitarlo el rey; pero se empeña en dejar que el asunto tome proporciones, sin duda para tener así razón en que fundar lo terrible del casti-

go. Adelante, pues, que la responsabilidad no ha de ser mía.

CAPITULO XII

EL SEÑOR FELIPE DE MALDONADO

Llegó el día temido, el día en que debía decidirse la suerte de las dos pobres mujeres, el día designado para acabar con la existencia del señor Felipe.

María había dejado el lecho, entrando en el período de convalecencia y sintiéndose mucho mejor de lo que podía esperarse. Su organización vigorosa y su voluntad habían hecho este milagro.

Aunque la joven no estaba tranquila, tampoco comprendía en toda su extensión el peligro que á su amante amenazaba. El doctor Olivares y la señora Ana habían conferenciado muy detenidamente los días anteriores, poniéndose de acuerdo para hacer lo único que les era posible. El médico, con dos criados, debía salir del Escorial poco después que el hidalgo, siguiéndolo de cerca y como casualmente, hasta llegar donde considerasen que no había peligro.

Así había muchas probabilidades de evitar que se consumase el abuso, pues los asesinos no se atreverían á hacer nada en presencia del doctor y de los dos sirvientes.

Las once de la mañana acababan de dar y por el camino que ya conocemos, subía un hombre, cuyo traje no era el de los campesinos, sino el de un hidalgo pobre.

Estaba cubierta de polvo su ropa, el sudor corría en abundancia por su rostro, y parecía bastante fatigado.

Era de regular estatura, algo enjuto de carnes, musculares formas, rostro aguileño muy expresivo, gruesos labios, frente despejada y ojos negros, grandes, de brillante pupila y penetrante mirada.

Debía ser impresionable, vivo y audaz, y estar dotado de inteligencia muy clara y de imaginación ardiente y fecunda, pues todo esto parecía revelar su rostro.

Dirigióse hacia la casita blanca en tanto que con mirada afanosa buscaba un objeto que no descubría.

—Es extraño—murmuró—; siempre me aguar-

da por aquí con la sonrisa en los labios, con la alegría en el semblante, con el fuego de su amor en los ojos.

No hay que decir que el hidalgo era el señor Felipe, que se había sorprendido al atravesar el estrecho sendero sin ver á María.

A pesar de su cansancio, el enamorado joven redobló el paso, llegó á la casita y cuando iba á entrar se encontró con la señora Ana.

—¡Ahl!—exclamó ésta involuntariamente.

Y se estremeció y se hizo más densa la palidez de su rostro.

—¿Por qué os sorprendéis?—preguntó el señor Felipe.—¿Acaso no me esperabais á estas horas y según costumbre?

Y en tanto que así hablaba, reparó en las señales inequívocas que el llanto y el insomnio habían dejado en el semblante de la señora Ana.

—¡Por quien soy!—exclamó el hidalgo, cuyo entrecejo se arrugó.—No me agrada lo que veo. ¿Habeis estado enferma?... No podéis negarlo, y ahora comprendo el por qué al llegar no he visto á María.

—Ya sabéis que nunca disfruto de completa salud, y estos días pasados he tenido mucho que sufrir, porque la mala ventura nos persigue.

—¿Qué ha sucedido?

—Mirad—respondió la pobre madre, extendiendo un brazo y señalando hacia la era.—El fuego ha consumido la mies, nuestro pan, cuanto poseíamos...

—¡Ahl!..

—Debéis comprender lo que hemos sufrido, y María, que vió el incendio...

—¿Dónde está María?—preguntó el hidalgo con ansiedad indescriptible.

—Ahora la véreis.

—Pero...

—A Dios gracias, ha recobrado la salud, aunque se encuentra débil.

—¡Oh!—exclamó desesperadamente el señor Felipe.—¡María, María!...

No necesitaba más explicaciones para comprender todo lo horrible de su situación, y sin miramiento alguno, ni escuchar á la madre, entró en la casa, viendo á la joven que se levantaba para salir y que al ver á su amante exclamó:

—¡Felipe!...

—¡María!

—¿Qué significa tu agitación?... ¿Conoces ya nuestra desgracia?... Recobra la tranquilidad, porque me sobran fuerzas para soportar el golpe

y resignarme. Dios ha querido que pasemos por esta prueba.

—¡Alma sublime!—exclamó el hidalgo mientras estrechaba entre las suyas las manos de María.

Y se cruzaron algunas frases de inmensa ternura, y acudiendo la señora Ana, y dando nuevo giro á la conversación, fueron tranquilizándose los espíritus y pudieron hablar sosegadamente, aunque la tristeza más dolorosa se pintaba en los semblantes de los tres.

Según hemos dicho ya, los días de fiesta iba el señor Felipe al Escorial, comía con las dos pobres mujeres, que hacían todo cuanto les era posible para obsequiarlo, y tomaba la vuelta de Valdemorillo cuando el sol se acercaba á su ocaso.

Eran aquellos días de regocijo, de felicidad incomparable para aquellas tres nobles criaturas, y el señor Felipe regresaba á su vivienda con el alma rebosando júbilo y arrullado por las más gratas ilusiones.

El domingo en que estamos no debía parecerse á los demás.

El hidalgo sufría, porque comprendía perfectamente hasta qué punto era horrible la situación de las dos pobres mujeres, situación que no le era posible remediar.

La madre y la hija pensaban solamente en el peligro que amenazaba al hidalgo, y estaban preocupadas, y hablaban distraídamente ó quedaban silenciosas, sin pensar que su silencio debía llamar la atención del señor Felipe.

Pidió éste explicaciones y se las dieron muy detalladas, aunque sin nombrar á don Pedro, resultando así que la desgracia parecía casual y que no había motivo para temer ninguna otra.

El nombre del doctor fué bendecido, porque había representado el papel de Providencia, y seguía representándolo con sus ofrecimientos de interesar al rey en favor de aquellas infelices.

Hablando así pasó el tiempo y dieron las doce.

Rezaron devotamente, y luego la señora Ana sirvió la comida, durante la cual esforzándose todos por aparentar un contento que estaban muy lejos de sentir.

Luego la madre y la hija cruzaron una mirada de inteligencia, y la primera dijo al hidalgo:

—Perdonad si hago ciertas observaciones y os doy un consejo.

—Decid cuanto bien os parezca, que os escucharé con el respeto que merecéis.

—Señor Felipe, es una imprudencia olvidarse de los adagios que nos dicen la verdad.

—Ciertamente; pero no adiviné...

—Recordad aquel que dice: "bien vengas mal si vienes solo".

—¿Y teméis ahora?...

—Otra desgracia.

—Habéis perdido vuestra fortuna; vuestra salud se ha quebrantado... ¿Qué puede sobrevenir como no sea la muerte? Y la muerte á todas horas nos amenaza.

—Un tristísimo presentimiento me atormenta desde hace algunos días.

—¿Y ese presentimiento?...

—Me anuncia un nuevo golpe contra vos, señor Felipe, y como lo que á vos os sucede, siendo malo, es para nosotros una gran desgracia, y como María se encuentra débil aún y...

—Tranquilizaos.

—No puedo tranquilizarme.

—¿Qué debo temer?

—Todo.

—Y si es que ha de suceder así, ¿qué puedo hacer para evitarlo? Suponed que mi padre pierde la salud, que la pierdo yo, que nuestra casa se reduce á cenizas que...

—Nada de eso—interrumpió la señora Ana.

—Si vuestro presentimiento os dice en qué ha de consistir la desgracia...

—No; pero tengo la seguridad de que os espera en el camino, á la hora en que el sol se oculta ó después de haber cerrado la noche.

—¡Bah!—murmuró el señor Felipe.

Y se encogió de hombros y sonrió desafiante, añadiendo luego:

—No es la primera vez que me habláis de esos temores, y ya veis que afortunadamente nunca se han realizado. ¿Queréis que me retire más temprano que de costumbre? Pedidme eso otro día; pero hoy, que María está enferma, que como nunca necesitáis distracción y conuselo...

—Ante todo necesitamos tranquilidad, y la tranquilidad no la tendremos si la noche os sorprende en el camino. Hace algunos días que por estos contornos andan malhechores y...

—No conseguiréis infundirme miedo—replicó el hidalgo.

Bastaba que le hablasen de peligro, para que el señor Felipe no se mostrase dispuesto á seguir los consejos de la señora Ana, pues ya era punto de honra no manifestar miedo y permanecer allí hasta la hora de costumbre.

Tomó María parte en la conversación, apelando á las súplicas; pero nada consiguió, y así pasaron las horas, no sabemos si dulcemente para aquellas tres criaturas.

Cerca estaba ya el sol de las cumbres de Occidente y, por fin, María, interrumpiendo á su amante, le dijo:

—Vete, Felipe.

—Aún es temprano.

—Ya ves que no, y, sobre todo, te lo ruego, y si mi ruego no es bastante...

—¿Me lo mandas?

—Sí—respondió la joven con una gracia encantadora.

—Te atormentas con peligros imaginarios.

—Ello es que sufro, y si tú me amas...

—Preciso será complacerte, aunque tenga que sufrir mi amor propio.

—Ya sé que el valor te sobra; pero...

—No hablemos más de este asunto. Voy á despedirme de tu madre.

Los dos enamorados se encontraban bajo el empujón.

El señor Felipe entró en la casita y con cuanta calma le fué posible se despidió de la señora Ana, y volvió á salir, estrechó la diestra de María, y le dijo:

—Me privas de una hora de felicidad; pero me resigno, porque así es de tu agrado.

—Gracias, Felipe.

—Adiós.

Sintió María el corazón oprimido y tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar que el llanto se escapase de sus ojos.

Separáronse.

El hidalgo caminaba con lentitud y se paraba frecuentemente para volver la cabeza y mirar al objeto de su amor.

Pocos minutos después empezaba á cambiar de expresión el semblante del señor Felipe.

—¡Vive el cielo!—exclamó.—Han conseguido entristecerme... ¿Será cierto que me amenaza algún terrible golpe?... No puedo olvidar lo que me ha dicho la señora Ana: "Bien vengas mal si vienes solo".

Al salir al camino, inclinó tristemente la cabeza el buen hidalgo, y exhaló un penoso suspiro.

Repasó su memoria, examinó su conciencia y no recordó haber hecho mal á nadie.

¿Tenía algún enemigo?

Lo ignoraba.

Posible era que en el camino se encontrase

con algunos ladrones; pero sabía muy bien que éstos no se toman la molestia de acometer sino á la gente rica, y él, por todo caudal, llevaba dos reales en uno de sus bolsillos.

Tenía que hacer el viaje á pie, porque no era bastante rico para comprar y mantener ni siquiera á una mujer, y montar en un jumento no le estaba permitido por ser de hidalgo cuna, pues se hubiera deshonrado.

No era orgulloso el señor Felipe; pero sabía cumplir los deberes que le imponía su clase.

Tan preocupado iba, que no se apercebía de lo que pasaba á su alrededor, y por consiguiente no pudo ver que á un lado del camino había dos hombres con tres mulas bien enjaezadas.

Siguió el hidalgo maquinalmente.

Pocos minutos después desapareció en una revuelta.

Entonces, de entre unos matorrales salió el doctor, que también parecía muy preocupado, y fué donde estaban los dos hombres con las tres mulas.

—En marcha—dijo.

Dispúsose á cabalgar.

CAPITULO XIII

EL DOCTOR LLEGA TARDE

Con el pie en el estribo estaba el buen doctor cuando resonaron á poca distancia gritos lastimeros.

El médico y sus dos criados volvieron la cabeza y vieron á una mujer miserablemente vestida, en el suelo, extendiendo los brazos pidiendo socorro en tanto que exhalaba ayes de dolor.

—¿Qué le ha sucedido á esa infeliz?—preguntó el médico.

Uno de sus sirvientes corrió para averiguar cuál era la causa de los lamentos de aquella mujer, y después de cinco minutos, volvió diciendo:

—Bajaba la infeliz por aquel ribazo, se resbaló, cayó, y según se explica, debe haberse desconcertado ó roto una pierna.

Olivóse el doctor de todo para cumplir su deber, y creyendo que no perdería más que algunos minutos, fué adonde la mujer estaba, dirigiéndole algunas preguntas, reconociéndola escrupulosamente y encontrándose con que había una fractura de consideración.

¿Cómo abandonarla en semejante estado?

Hubiera sido una crueldad.

—El cielo os envía—dijo la infeliz, que debía conocer al doctor.—Curadme... Sufro mucho... Y tengo tres hijos pequeños sin más amparo que yo.

—¿Dónde habitáis?

—Allí—respondió la pobre mujer señalando hacia una choza distante unos quinientos pasos.

—¿La llevaremos á su vivienda?—preguntó Bruno.—Porque allí quedará mejor acomodada y al cuidado de sus hijos ó de alguna otra persona caritativa.

—Sí, llevadla pronto. . No podemos detenernos, porque... ¡Oh!... Vamos, vamos.

Los dos sirvientes cogieron á la mujer y con cuanta prisa les fué posible la llevaron á la choza donde estaban sus tres hijos, el mayor de diez años.

Resonaron lamentos angustiosos.

Quería el doctor imponer silencio, pedía lo que necesitaba y no había, y gracias á dos buenas mujeres que acudieron, pudo hacerse la cura.

Así perdieron un tiempo precioso.

Entretanto, el señor Felipe, siempre cabizbajo, avanzaba con rapidez.

Llegó á un sitio donde á los dos lados del camino se extendían algunos matorrales.

Acababa de ocultarse el sol y no había más luz que la del crepúsculo, luz dudosa y más escasa en aquel lugar sombrío por efecto de la vegetación y de los cercanos montes.

Llegó ruido de voces descompuestas á los oídos del hidalgo, que se detuvo, volvió la cabeza y vió que de entre los matorrales salían dos hombres, el uno tras el otro, el primero con un puñal, y el segundo con la espada en la diestra como si fuesen perseguido y perseguidor.

De los labios de ambos escapábanse blasfemias, juramentos y terribles amenazas, y sus rostros estaban contraídos, y el fuego de la ira se escapaba en centellas por sus ojos.

La desigualdad de las armas hacía también la lucha desigual, y no era extraño que el del puñal huyese para librarse de las acometidas del otro.

Detúvose el primero muy cerca del señor Felipe, y con voz ronca exclamó:

—¡Cobardel!... ¿Por qué no sacas tu puñal y dejas la tizona?

—Porque eres un traidor, y lo que quiero es matarte.

—¿Qué hacéis?—gritó el señor Felipe colocán-

dose entre los otros dos.—¿Pues qué así sin más ni más se quitan la vida dos hombres? No lo consentiré, ¡vive el cielo! y si es que fundadas quejas tenéis el uno del otro...

—¡Dejadme!—dijo el de la espada.

—Atrás...

—¡Por el infierno!... Mirad que la cólera me ciega...

—De hombres valerosos es dominar los arrebatos de la ira.

—Apartaos.

Iba el hidalgo á replicar, pero no pudo hacerlo, porque otro hombre mejor vestido, y también espada en mano se presentó de repente diciendo:

—Ya no os escaparéis, bribones desalmados...

—¡Fuego de Satanás!...

—¡Rayos y truenos!

Así gritaron desesperadamente los dos que habían llegado primero.

—¡Quietos todos!—exclamó el señor Felipe, llevando la diestra á la empuñadura de su espada.—No os permitiré dar un paso más.

—Peor para ti—replicó el último que había llegado y que no era otro que Andrés.

Y como si sus palabras fuesen una señal, arremetieron los tres contra el señor Felipe, que acabó de sacar la espada y quiso defenderse.

La defensa era imposible, porque estaba rodeado y lo mismo le acometían de frente, que por los costados y la espalda.

Instintivamente comprendió que era una farsa la riña de aquellos tres hombres.

Sordamente rugió.

Corrientes de fuego se escaparon de sus negros ojos.

Cerró con Andrés, que era el que más cerca tenía, y consiguió hacerle perder algún terreno; pero entre tanto el del puñal se le echó encima por la espalda, descargó el golpe y...

¡Pobre hidalgo!

Ya no era posible su salvación.

En aquel momento, y á poca distancia, se presentaron tres jinetes sobre sendas mulas y se oyó que gritaban:

—¡Asesinos!

La escena que entonces tuvo lugar apenas puede describirse.

El hidalgo sintió como si su sangre se helara en sus venas.

La luz huyó de sus ojos, y en tanto que se tambaleaba y caía, los asesinos metieron otra vez entre la espesura, y los jinetes se acercaban,

echando pie á tierra el doctor, y diciendo á sus criados:

—Corred, seguidlos, matadlos si hacen resistencia.

Obedecieron los sirvientes, aunque nada había de conseguir, pues sus mulas apenas podían dar un paso por entre la maleza.

Descabalaron y corrieron en direcciones distintas.

Tal vez tenían muy cerca á los criminales, pero no podían verlos con la espesura y con el escasísimo resplandor del crepúsculo.

Hicieron cuanto les fué posible.

Tuvieron al fin que declararse vencidos.

El doctor Olivares despojaba entretanto de su ropa al señor Felipe y reconocía la herida.

—Esto es grave—murmuraba con sorda voz el médico—, muy grave... ¡Oh!... Por un solo minuto he llegado tarde... ¿Es mía la culpa?... Preciso será creer que la fatalidad persigue á este hombre... He perdido un tiempo precioso con aquella infeliz mujer; pero ¿he debido abandonarla?... Sin mi auxilio nubiera quedado completamente inútil, ó tal vez hubiera muerto; tiene tres hijos, y... ¡Esto es horrible!... ¿Qué dirá el rey?... Tiemblo.

Mientras así hablaba el buen doctor, rompía un pañuelo, improvisaba un vendaje, y procuraba restañar la sangre, que era cuanto en aquellos momentos podía hacer.

—Y en este sitio—decía—, y con la noche encima... En buen negocio me ha metido su majestad. Todo esto ha podido evitarse.

Y se debilitaba el resplandor crepuscular, y muy pronto se esparcían las tinieblas.

Llamó el médico á sus criados, que acudieron inmediatamente.

El señor Felipe continuaba sin sentido.

¿Qué debían hacer con él?

Encontrábanse mucho más cerca del Escorial que de Valdemorillo, y por consiguiente no había que pensar en llevar al herido á su casa.

—Necesito calma como nunca—dijo el doctor.

Y añadió dirigiéndose á sus criados:

—Corred y arreglad una camilla con una escaleta de mano y un colchón ó lo que más á mano encontréis y mejor os parezca, y volved también corriendo, porque este infeliz se nos va de entre las manos.

—¿Y habéis de quedar aquí solo?

—Dios me acompañe.

Bruno y su compañero cabalaron.

Afortunadamente las mulas eran vigorosas y estaban descansadas.

Partieron velozmente.

Sentóse el doctor junto al herido, cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza, y se entregó á las tristes reflexiones á que daba lugar la situación.

Transcurrió muy cerca de una hora.

Ya había cerrado la noche; no brillaba la luna, y no había más luz que la débil claridad de las estrellas.

Los dos criados volvieron, llevando la improvisada camilla, donde colocaron al herido.

—Bien—dijo Olivares—, estoy satisfecho de vuestros servicios. Volvamos al monasterio: vosotros llevaréis á este infeliz, y yo me encargaré de las mulas. Si alguno de vosotros se fatiga, yo lo sustituiré.

—Tenemos fuerza de sobra, señor.

—Dios os premiará.

Pusieron en marcha.

Los tres guardaban silencio.

No se percibía más ruido que el de sus pasos.

Desde alguna distancia no hubiera podido distinguirse más que una masa negra, informe, que se movía, que avanzaba, desaparecía ó aparecía entre los accidentes del terreno, la espesura de los matorrales ó las revueltas del camino.

Los supersticiosos hubieran creído que aquello era una procesión de fantasmas.

Tardaron una hora en llegar al monasterio, donde esperaban algunos frailes, porque cuando los criados habían ido por la camilla habían dado parte del triste suceso.

—Socorro á este hombre—dijo el doctor— para cumplir mi deber y las órdenes de su majestad.

Bastaron estas palabras para que se auxiliase al herido con cuanto necesitaba.

Diez minutos después, recobraba el conocimiento el señor Felipe, que había sido colocado en la misma cama del doctor.

Hizo éste la primera cura, viendo con profundo disgusto que la herida era muy grave, y que el enfermo podía morir en un breve plazo; sin embargo, todavía no era posible pronosticar con certeza.

Quedó el señor Felipe medio aletargado por la debilidad y la fiebre.

Entonces meditó Olivares para adoptar una resolución.

En cuanto al padre del señor Felipe, no dudó

el médico, y creyó que debía enviarle un aviso, dándole á conocer la desgracia, si bien ocultándole toda la gravedad de la herida.

Inmediatamente llamó á Bruno y le dijo:

—Es preciso que ahora vayas á Valdemorillo con una carta que te daré para el padre de ese desgraciado.

—¿Ha podido decir quién es?

—Yo lo conozco y no necesito que él lo diga.

—Dispuesto me teneis, señor.

—Además de tu cabalgadura, llevarás otra, por si el infeliz padre quiere venirse contigo.

—Comprendo.

Es dudoso que el herido se salve; pero no es prudente decirlo así desde luego.

—Descuidad.

Escribió el médico, entregó á Bruno la carta y éste partió.

—Ahora debo pensar en María y su madre—dijo el médico.

¿Convenía dar parte de la desgracia á las dos pobres mujeres?

Cuando se hizo estas preguntas el doctor, encontró tantas razones para hacer lo uno como lo otro.

La verdad es que era muy crítica la situación de Olivares y que echaba sobre sí una gravísima responsabilidad.

Cuanto más reflexionaba, más dudaba.

Y así pasaba el tiempo y llegaba la hora de consumir el otro abuso.

Lejaremos al doctor entregado á sus reflexiones y veremos si los criminales estaban dispuestos á seguir su obra.

CAPITULO XIV

LO QUE HICIERON AQUELLA NOCHE

LOS CRIMINALES

Eran las once y ya la luna había tenido por conveniente dejarse ver.

En el sitio donde vimos una tarde ocultarse al doctor entre la espesura, fingiendo que leía, y en realidad observando á don Pedro, había un grupo de tres hombres.

A pocos pasos, envuelto en ancha capa, inmóvil y con el rostro vuelto hacia la casita, había otro hombre.

El silencio era absoluto, y no se descubría ninguna otra persona por aquellos alrededores.

Cerradas estaban las puertas y las ventanas de la casita.

Las dos infelices mujeres debían dormir sin sospechar que otra desgracia más horrible que la anterior había querido enviarles su negro destino, así como tampoco temían un tercer golpe no menos terrible y quizás de peores consecuencias que todos.

El lector habrá adivinado que el hombre de la capa era el señor de Carvajal, y los otros su caído Andrés y los dos asesinos que pocas horas antes habían clavado el puñal en el señor Felipe.

—Andrés—dijo don Pedro con sorda voz.

Dió algunos pasos el sirviente acercándose á su señor, y respondiendo:

—Esperamos vuestra orden.

—Antes quiero que hablemos otra vez de mi rival.

—No penseis en él.

—Hay circunstancias que me ponen en grandísimo cuidado. ¿Estás seguro de que era el doctor Olivares el que llegó con sus criados en socorro del herido?

—Lo conozco demasiado bien.

—¿Adónde iba el doctor?

Supongo que á visitar algún enfermo en Valdemorillo ó en alguna de las cercanas aldeas, y esta pícara casualidad...

—Sí, ha sido causa de que no acabeis de matar al hidalgo.

—Me parece que no ha quedado con vida, ó con tan poca, que morirá muy pronto, pues Diego asegura que su golpe fué certero y que introdujo el puñal hasta la empuñadura, y yo sé que Diego tiene una mano firme, es sereno, y cuando dice que ha dado una puñalada mortal, no se equivoca.

—¿Y qué habrán hecho con el herido?

—Lo habrán llevado á su casa, ó quizás á alguno de los caseríos de las cercanías; pero ¿qué os importa? No nos han conocido, estamos libres, y mientras ellos se ocupan en comentar la desgracia, nosotros acabaremos de arreglar el negocio sin que nadie nos estorbe.

—Me infunde miedo el doctor Olivares.

—¡Miedo!...

—Sí, por más que te parezca extraño.

—¿Y por qué?

—Su conducta es incomprensible. ¿Qué hace en El Escorial?

—Ya sabeis que aquí se quedó por orden del rey.

—Para atender á mi salud.



—Eso es.

—Y ya estoy bueno; tan bueno, que me ha dado licencia para emprender el viaje á Madrid.

—¿Os olvidáis de que también tiene el doctor que atender á María?

—Sí; pero... En fin, no me agrada lo que sucede, porque tiene algo de misterioso.

—Señor, hasta este instante no podemos quejarnos de la fortuna.

—De todas maneras, acabaremos, y moriré ó triunfaré.

—Triunfaremos, no lo dudeis.

—Adelante, Andrés.

—¿Hemos de dar ya principio?

—Sí.

—Pues manos á la obra.

—Aquí esperaré.

El criado volvió donde estaban los otros y les dijo:

—Vosotros.

Sin hablar más se acercaron á la casita, detuviéronse y escucharon.

No percibieron ni el ruido más leve.

—Duermen—dijo entonces Andrés á media voz.

—Nos has dicho que no encontraríamos más que dos mujeres.

—Y no hay nadie más.

—Si nos engañas ó te equivocas...

—No tengais miedo.

—¡Mil rayos!... ¡Miedo!...

—Tantas preguntas haceis...

—Para estar prevenidos.

—¿Y la linterna?

—Aquí está—respondió uno de los bandidos—; pero no hay para qué abrirla antes de entrar.

—Supongo que gritarán; pero no os dé cuidado, porque nadie ha de oírlas, y les taparemos bien pronto la boca.

—Perdemos el tiempo.

—Veamos tu habilidad, amigo Diego.

Uno de los bandidos se acercó á la puerta, se inclinó, colocó convenientemente una palanqueta é hizo un esfuerzo:

¡Pobres mujeres!

¿Quién las socorrería?

Su defensa única eran los gritos, que no podían llegar á oídos de nadie en aquellos momentos.

En cuanto á consideraciones por parte de

aquellos miserables, ya sabemos lo que debían esperar.

Don Pedro, siempre con la mirada fija en la casa, esperaba ansiosamente á que se consumase el horrendo abuso.

En medio de la oscuridad veíanse relumbrar sus pupilas como las del tigre.

Con desigual violencia palpitaba su corazón.

Borrasca espantosa agitaba su espíritu, y era cada instante más intenso el fuego de su pasión impura y devoradora.

Hacíase la ilusión de que su mirada ardiente penetraba á través de las paredes de la casa, y parecía ver á María en su lecho, con todo el descuido de quien nada teme, fatigada con el calor de aquellas noches de estío, desnudos los brazos, sin recatar el seno, en desorden la cabellera, entreabiertos los rojos y tentadores labios y...

¡Cuántos encantos enloquecedores veía el señor de Carvajal!

Y su pecho se abrasaba, y abrasábanse también sus labios con su aliento...

Lo que sentía no puede explicarse, no se comprendería sino sintiéndolo.

—¡María, María!—exclamó con voz destemplada.

Y se inclinó como si allí estuviese la joven.

Vió que ésta desplegaba una sonrisa de dulzura sin igual, y oyó que pronunciaba el nombre del hidalgo.

Ronco grito de rabia exhaló don Pedro.

La garra de los celos le destrozaba el alma.

¡Celos, cuando el infeliz hidalgo estaba á los bordes del sepulcro!

¡Celos, cuando iba á ser dueño absoluto de María!

—¡Oh!—exclamó.—¿Cuándo acabarán?

Pronto acabarían, porque crujió la puerta como si se rompiese.

—¡Por Satanás!—murmuró el bandido.—Resiste más de lo que yo creía.

—Para eso tienes buenos puños.

La puerta volvió á crujiir y se abrió.

Quedaron inmóviles los tres miserables.

Escucharon con atención profunda.

Las dos pobres mujeres, después de las noches de insomnio que habían pasado, dormían con el más pesado sueño.

—Somos afortunados—dijo uno de los asesinos.

—Silencio—replicó Andrés—, que las pala-

bras no han de servirnos ahora, y menos tendremos que trabajar si conseguimos cogerlas dormidas.

—Me parece que cometemos una falta de respeto al pudor—repuso Diego con tono de burla.

—Y la muchacha es bonita como un sol.

—¡Cien legiones!...

—Vamos, vamos.

Sin que sus pasos produjesen el más leve ruido, penetraron en la casa.

Entonces Diego abrió la linterna, esparciéndose la luz, que pareció vivísima después de haber estado en la oscuridad.

Y las infelices víctimas no despertaban.

Los tres miserables, á pesar de que no tenían que luchar más que con dos mujeres débiles, palidecieron.

Miraron recelosamente á su alrededor como quien teme la aparición de un fantasma.

Andrés extendió un brazo y señaló hacia el dormitorio ó alcoba, cuya puerta no tenía hojas, ni más resguardo que una cortina.

Avanzaron lentamente.

El criado del señor de Carvajal iba delante.

Levantó la cortina, miró, vió dos camas, entró en la alcoba y sus cómplices tras él.

Esparciose allí la luz.

Lo que entonces sucedió apenas puede pintarse.

La escena debía ser breve, muy breve.

Un grito de desesperación, de ira, de rabia exhaló Andrés.

Los otros dos criminales dejaron escapar blasfemias, las más horribles.

¡No estaban allí las dos mujeres!

Los miserables se habían molestado en vano.

—¡Se han ido!

—¡Fuego del infierno!

—¡Tripas de Lucifer!

Quedaron inmóviles por algunos segundos.

Por fin uno de los bandidos rompió el silencio para decir:

—Nosotros hemos cumplido nuestro deber con lealtad y hemos ganado honradamente la cantidad prometida.

—Y no es nuestra la culpa si tú te has equivocado, Andrés.

—Tomad—dijo el sirviente, arrojando al suelo un bolsillo.

—Gracias.

—Ya nada tenemos que hacer aquí.

—Salieron del dormitorio y se encontraron

con don Pedro, que no había podido dominar su impaciencia y esperar.

—¿Qué haceis?—preguntó el caballero.

—¡No están!

—¡Que no están!...

—Han desaparecido...

—¡Oh!...

Como si se hubiese petrificado quedó el señor de Carvajal.

Su rostro estaba lívido y desfigurado.

Frío y copioso sudor corría por su contrada frente.

Su mirada era sombría, terrible, siniestra.

Temblaban sus manos á impulsos de la ira, de la desesperación.

Diego y su camarada, comprendiendo que ya no podían servir sino para estorbo, salieron sin pronunciar una palabra y se alejaron rápidamente.

Después de algunos minutos, don Pedro de Carvajal, como si aún dudase, entró en la alcoba.

Tuvo que convencerse.

¿Por qué no se encontraban allí las dos mujeres?

No era posible adivinarlo.

¿Temían el golpe?

¿Habían adivinado el plan?

El señor de Carvajal empezó á tener miedo.

—Vamos—dijo con sorda voz—; vamos.

—¡Vive el cielo!...

—No lo dudes, Andrés, todo esto es obra del doctor Olivares.

—Entonces...

—Quizás estoy perdido.

—Esta noche nos han ganado la partida; pero tomaremos la revancha.

Salieron de la casita.

Caminaron presurosamente.

Bien pronto llegaron á su morada.

Don Pedro entró en su dormitorio, se dejó caer pesadamente en un sillón y dijo á su criado:

—Puedes descansar.

—Señor...

—Quiero estar solo.

Y á solas quedó con sus pensamientos sombríos, con su desesperación satánica, con su mortificación horrible.

CAPITULO XV

LO QUE HABÍAN HECHO AQUELLA NOCHE LAS DOS MUJERES

Otra vez preguntamos: ¿por qué no se encontraban en su vivienda las dos mujeres?

Es lo más probable que el lector haya adivinado el motivo; pero debemos darlo á conocer con todos sus detalles.

Dejamos al doctor entregado á tristísimas reflexiones, cavilando y dudando, porque para cavilar y dudar era la situación, y al fin dijo:

—Mañana cundirá la noticia de esta desgracia, y llegará á oídos de las dos mujeres. ¿Qué se consigue con dejarlas ignorar esta noche el suceso? Creo que así se perdería mucho y que después me acusarían por mi reserva. El asunto parece terminado, falta el desenlace... ¡Oh!... ¿Qué pensará el rey de todo esto?

No quiso el doctor seguir cavilando.

Había adoptado una resolución y la puso en práctica inmediatamente.

Levantose, acercose al lecho del herido y lo observó.

Continuaba el señor Felipe sumido en el sopor de la fiebre.

Su respiración era trabajosa y desigual.

Su rostro estaba lívido y desfigurado hasta el punto de que era difícil reconocerlo.

—Por ahora no necesita más que reposo—dijo el médico

Y separándose de la cama, dispuso que se situase allí el otro criado, y arregló una linterna, la encendió, ciñó su espada, tomó su capa y su sombrero y se dispuso á salir.

—¿Os vais?—le preguntó sorprendido el sirviente.

—Sí.

—¿Solo?

—Con la compañía de Dios.

—A estas horas...

—Calla.

El doctor salió de su aposento, cruzó algunas frases con dos legos que el prior había dispuesto quedasen por allí vigilando y para lo que fuese menester, y sin detenerse más dejó el monasterio.

—La luz de la linterna se esparcía como trabajosamente, esclareciendo un pequeño espacio.

Con rapidez avanzó el médico.

Excusado es decir que no encontró alma viviente.

Un cuarto de hora después llegaba á la casita, en cuya puerta daba algunos golpes.

—Oyó un grito que debía ser de sorpresa, pues las dos mujeres no esperaban ninguna visita á semejante hora.

Volvió á llamar Olivares.

Entreabrióse una de las ventanas y se oyó preguntar:

—¿Quién es?

—Abrid sin temor.

—Pero...

—Soy el doctor Olivares. ¿No me conocéis?

Resonó un grito.

Sin duda las dos mujeres habían comprendido que el médico no tenía para qué visitarlas como no fuese para comunicarles la noticia de alguna nueva desgracia.

Tal vez adivinaron la verdad, porque sin detenerse á encender la luz, y á medio vestir, abrieron la puerta.

—¡Dios misericordioso!—exclamó la señora Ana.

—¿Y Felipe?—preguntó la joven con indescriptible ansiedad.

—Tranquilizaos—dijo el doctor mientras entraba y dejaba la linterna.

—Vos por aquí á estas horas.

—Porque es preciso.

—Explicaos...

—Os traigo una buena noticia.

—¡Ah!—exclamó la pobre madre.

—Lo dudo—murmuró María.

—Escuchadme y os convenceré con razones y pruebas.

—Pero...

—No es malo todo lo que parece, así como en muchas ocasiones lo que parece una fortuna es una gran desgracia.

—Sin embargo, vuestro semblante...

—Debe decir que estoy fatigado, que he sufrido...

—¡Por la misericordia divina!—exclamó la joven.—Acabad.

—Si no habéis de escucharme con alguna calma...

—Sí, sí.

—Os suplico que no juzguéis hasta que yo haya terminado, porque si os dejais llevar de la primera impresión, os parecerá muy malo lo que es muy bueno.

—Decid.

Inmóviles como estatuas quedaron las dos mu-

jeros con la mirada fija y afanosa en el doctor.

Este dijo después de algunos momentos:

—El señor Felipe se ha salvado.

—¡Gracias, Dios mío!

—Hoy ha debido morir, y aunque una desdichada casualidad me estorbó hacer todo lo que yo deseaba, conseguí lo principal.

—Perdonad; pero es incomprensible lo que estais diciendo.

—Con dos criados me oculté cerca del camino para seguir al señor Felipe sin perderlo de vista, pues así nuestra presencia evitaría el golpe que se preparaba. Pasó vuestro amigo, y cuando yo iba á cabalgar, una pobre mujer cayó á poca distancia y se fracturó una pierna. Pidió socorro la infeliz; mi conciencia no me permitió abandonarla y perdí algún tiempo curándola y dejándola en su choza. Después corrimos...

—Tiemblo.

—No tembléis, porque el señor Felipe se ha salvado.

—Proseguid.

—Dí alance al buen hidalgo, precisamente cuando caían sobre él tres asesinos.

—¡Oh!...

—Los criminales huyeron apenas nos vieron, resultando así que el señor Felipe, en vez de morir, quedase vivo y sin más que una herida en la espalda.

María exhaló un grito y se puso en pie.

—¡Herido!—exclamó la señora Ana.

—Una herida se cura—repuso Olivares—, y por de pronto ya no hay nada que temer, pues mientras el señor Felipe esté en el lecho, serán inútiles todas las intrigas y asechanzas de vuestros enemigos, y después, como de alguna manera ha de terminar este asunto...

—Basta, doctor—interrumpió la joven.

—Me parece que hay motivo para que le deis á Dios gracias, pues el señor Felipe debió morir, y lo tenéis con vida.

—¿Qué habéis hecho después?

—Lo he llevado al monasterio, á mi habitación, á mi misma cama, y allí tiene cuanto necesita.

La joven se inclinó, cogió la diestra de Olivares y la besó tiernamente, en tanto que dos lágrimas se escapaban de sus ojos.

No era posible dar la triste noticia con más habilidad que lo había hecho el doctor, pues después de escucharlo era preciso reconocer que

la desgracia debía ser considerada como una fortuna.

Los tres quedaron silenciosos.

El llanto corría por las mejillas de las dos mujeres.

Por fin la hija limpió sus ojos y miró á su madre, diciendo luego:

—Madre mía, en el monasterio está Felipe, que es víctima del amor que tiene para mí.

No necesitaba decir más la joven para que la comprendiese su madre, que respondió:

—Acaba de vestirme.

—Gracias, madre mía.

—Supongo que el doctor no tendrá inconveniente en permitirnos ver á nuestro amigo.

—No hay más que uno—respondió Olivares.

—¿Y en qué consiste?

—Aunque la herida no es de gravedad, el enfermo necesita mucha tranquilidad, mucho reposo, pues la más leve conmoción produciría complicaciones mortales. Además, tiene bastante fiebre, que es buena señal y...

—No lo molestaremos.

—No debe hablar, ni moverse...

—Comprendo—dijo María.

—Si os sentís con fuerzas para dominaros y ser tan prudente como el caso exige...

—Descuidad.

—Entonces venid.

—Sois muy bondadoso.

—He enviado un aviso al padre del señor Felipe, y supongo que esta misma noche vendrá.

—En todo habéis pensado.

—No hago más que cumplir mi deber.

Por entonces dieron fin á la conversación, pues un siglo le parecía á la joven cada minuto que pasaba sin ver al hidalgo.

Las dos mujeres acabaron de vestirse, saliendo con el doctor, cerrando la puerta y guardando la llave.

Iban silenciosos.

Cuando se siente demasiado es cuando menos se habla, porque no es posible expresar todo lo que se siente.

Sobrehumanos esfuerzos tuvo que hacer María para no entregarse á los arrebatos de su dolor.

Mucho sufría también la pobre madre, tanto como no es posible comprender.

Llegaron al monasterio.

Grave, silenciosa y sobria se acercó la desdi-

chada joven al lecho y fijó una mirada profunda en el hombre á quien tanto amaba.

¿Qué pasaba en el alma de la joven en aquellos momentos terribles?

No articuló una sílaba, no exhaló una queja, no dejó escapar ni una lágrima.

Cadavérica palidez cubría su rostro.

Después de cinco minutos, se separó algunos pasos del lecho, se sentó y dijo con voz concentrada:

—Aquí me quedaré, y si muere, recogeré su último aliento y le suplicaré al Omnipotente que ponga fin á mi existencia.

El doctor Olivares contempló admirado á María.

Desde aquel momento no se percibió otro ruido que el de la respiración precipitada y trabajosa del hidalgo.

Transcurrieron las horas con penosa lentitud.

El doctor Olivares, acomodándose en un sillón, se permitió entregarse al sueño, reparando así las perdidas fuerzas.

Cuando empezaba á sonreír la aurora llegó el padre del señor Felipe.

No es menester describir la escena que entonces tuvo lugar.

Así queda explicado por qué los criminales no habían encontrado en su vivienda á las dos pobres mujeres.

CAPITULO XVI

CÓMO EL DOCTOR MORTIFICABA Á DON PEDRO

Al día siguiente la señora Ana fué á su vivienda para arreglar algunos asuntos domésticos, y quedó desagradablemente sorprendida al encontrar la puerta abierta y rota la cerradura.

Preguntóse si habían querido robar; pero esto no era probable, puesto que muy poco y de escaso valor podían llevarse los ladrones.

No se atrevió á penetrar sola en la casa, y llamó á algunos de los campesinos que trabajaban por allí.

Todos entraron y registraron escrupulosamente, convenciéndose de que no habían querido robar, pues no habían violentado ninguna otra cerradura de los muebles, ni siquiera tocado á ninguna prenda.

Indudablemente se había querido cometer un crimen, un asesinato, pues otra cosa no podía ser, y recordando el incendio, acabaron por deducir que las dos pobres mujeres tenían un ene-

migo que se había propuesto hacerles todo el daño posible.

Muchos comentarios se hicieron sobre este punto, interrogando varias veces á la señora Ana; pero ésta se mostró reservada y fingió que no sabía más que todos.

La verdad la adivinó fácilmente y se horrorizó á la sola idea de que se hubiera consumado el abuso.

La Providencia las había salvado.

Indudablemente la desgracia de que fué víctima el señor Felipe, había sido una fortuna para aquellas dos infelices.

“No hay mal que por bien no venga”, dice el adagio, cuya verdad quedó probada en aquella ocasión.

Disimuló la señora Ana como mejor le fué posible, se arregló la cerradura, dió las gracias á los que la habían auxiliado, y se volvió al monasterio, diciéndole al doctor:

—No os equivocábais al asegurar anoche que había sido una fortuna la desgracia del señor Felipe.

Y luego refirió cómo había encontrado su casa.

Desplegó Olivares una leve sonrisa y dijo:

—Se acumulan los crímenes, y el castigo será mayor.

—No, para nosotras no hay justicia.

—Lo veremos.

No podían las dos mujeres permanecer en el monasterio todo el tiempo que hubieran deseado; pero á lo menos por aquel día no se atrevieron á volver á su habitación, ni aun atreviéndose lo hubiera permitido Olivares.

Eran las diez cuando Bruno se presentó á su amo, diciéndole:

—El señor don Pedro Carvajal desea veros.

—¿Le has dicho que estoy ocupado con un enfermo?

—Me he concretado á responderle que os avisaría.

—Pues voy al momento.

El doctor fué al aposento donde estaba el señor de Carvajal, que aún no sabía con seguridad si el señor Felipe de Maldonado había muerto, ni tampoco adónde lo habían llevado.

—Mucho me honrais—dijo el médico con afable tono, porque como buen cortesano sabía disimular y fingir admirablemente.

—Honrado me considero yo con vuestra amistad.

—¿Y cómo os sentís?... Me parece que no del todo bien.

—¿En qué lo conocéis?

—En vuestro semblante, y para conocerlo no es menester haber estudiado mucho ni ser muy observador. Mala noche habéis pasado, muy mala: en el rostro tenéis las señales del insomnio.

—Poco he dormido, es verdad.

—Y más me atreveré á decir: vuestro espíritu no está tranquilo, sin duda porque os preocupa algún negocio muy grave. Lo siento, caballero, porque los disgustos quebrantan la salud en un plazo más ó menos largo.

—Sí, algunos negocios me preocupan, negocios desagradables y de los que me es absolutamente imposible descenderme.

—¿Y cuándo pensáis volver á Madrid?

—Precisamente el objeto de mi visita es despedirme de vos y daros las gracias por el interés que habéis demostrado durante mi enfermedad.

—Me felicito si estáis satisfecho.

—Saldré esta tarde á caminaré una parte de la noche, evitando así las molestias del calor, y mañana al amanecer continuaré el viaje para llegar temprano á Madrid.

—¿No sabéis que ayer sucedió otra desgracia, ó más bien se cometió otro crimen.

—Nada sé.

—Intentaron asesinar á un honrado hidalgo que al oscurecer salió para Valdemorillo.

—Intentaron asesinarlo—dijo don Pedro con voz insegura—: eso significa que no consiguieron consumar el crimen.

—No—repuso Olivares en tanto que fijaba su mirada escudriñadora en el señor de Carvajal—, porque Dios quiso que yo, que iba á asistir á un enfermo, llegase cuando el hidalgo se defendía.

—¿Y los asesinos?...

—Hirieron á su víctima y huyeron, aprovechando la esperura de los arboles.

—¿Y es grave la herida?—preguntó don Pedro, cuyos esfuerzos eran completamente inútiles para aparentar completa calma.

—Sí, grave es la herida; pero me atrevo á responder de la curación, porque tengo aquí al enfermo y no lo abandonaré un instante.

—Dios os premiará—dijo el caballero, que deseaba poner fin á la conversación.

—Pues otra noticia tengo que daros, también desagradable.

—¿Otro crimen?

—Y una coincidencia que en mi opinión tiene mucha importancia.

—Viendo voy que ayer fué día de acontecimientos.

—Se ha encontrado violentada la puerta de la casa de aquellas dos pobres mujeres que hace pocos días quedaron arruinadas con el incendio de la era.

—Ya recuerdo.

—La coincidencia consiste en que el hidalgo herido es el futuro esposo de la joven en cuestión.

—Comprendo—dijo el señor de Carvajal por decir algo.

—Asesinar al amante y penetrar á las pocas horas en la vivienda de la mujer amada, prueba un odio por rivalidades de amor.

—¿Y qué ha sucedido á esas mujeres?—preguntó con voz apagada don Pedro.

—Nada, porque yo les había dado aviso de lo que sucedió al hidalgo, y como vinieron á verlo y han pasado aquí la noche, no las encontraron en su casa.

—Se salvaron por casualidad.

—¿No veis en todo esto la mano del Omnipotente?

—Sí.

—Lo más extraño es que nadie adivina quién es ese enemigo implacable que las persigue con tanta saña, y que indudablemente es el mismo que prendió fuego á la mies.

—Pero ellas...

—Tampoco lo adivinan, ó aparentan no conocerlo—dijo el doctor con un acento de verdad, que tranquilizó al caballero.

—Todo eso es incomprensible.

—Muy acertado estuvo el monarca al disponer que yo me quedase en el Escorial, porque así he podido auxiliar á esas desgraciadas.

—Ciertamente.

—Pues hay más, caballero, y si se os presenta ocasión, decídselo á su majestad.

—¡Más aún!

—De otro género; pero grave.

—Picáis mi curiosidad.

—Los trabajadores que se ocupan en las obras del monasterio, se quejan porque no les pagan hace bastante tiempo sus míseros jornales; y como no cuentan con otro recurso y casi todos tienen más hijos de los que conviene á su pobreza, las quejas empiezan á convertirse en graves.

murmuraciones, y la murmuración en amenazas, y no sería extraño que se produjese algún conflicto, cuyas consecuencias nadie puede prever.

—No creo que esos infelices se atrevan á tanto.

—Mala consejera es el hambre.

—Pero temerían el castigo.

—No le tiene miedo á la horca el que se convence de que ha de morir de miseria.

—Sin embargo...

—Caballero, yo salvo mi responsabilidad haciendo la advertencia con anticipación bastante para evitar la desgracia. Por lo demás, nada tengo que temer, puesto que nada tengo que ver en semejante asunto, y las iras de esa pobre gente caerían sobre el tesorero y las demás personas que rodean á su majestad.

—Repetiré vuestras palabras cuando hable con el rey.

—Y no dejéis de decirle lo de esas dos pobres mujeres, porque sé que su majestad se interesa por ellas, así como no puede serle indiferente la desgracia del hidalgo, pues el padre de éste ha prestado muy buenos servicios.

Se hizo más densa la palidez del rostro de don Pedro, que replicó:

—Mi querido doctor, vuestras intenciones son muy laudables, y yo también deploro las desgracias de esas criaturas, cuya honradez las hace dignas de estimación; pero me parece inoportuno hablar yo de semejante asunto á su majestad.

—¿Y por qué?

—A las autoridades toca dar parte de los crímenes, y no á mí, que ningún empleo tengo ni siquiera en la real casa, pues ya sabéis que en la corte no represento más papel que el que representa cualquier caballero de linaje como el mío.

—A pesar de esas razones...

—Y antes que á mí á vos os toca ocuparos de ese asunto, puesto que en él entendéis directamente aunque sea por coincidencias casuales.

—Me parece que si se trata de hacer un beneficio...

—Vista la cuestión bajo ese punto de vista...

—Pues así, don Pedro; pero no quiero violentaros, y si os encargué que tomáseis en el negocio tan pequeña parte, fué porque me pareció que así se interesaría con vuestra influencia más y más al rey para que favoreciese á esas dos infelices y tomase con mayor empeño el castigo del criminal, pues de otro modo el crimen quedaría impune.

—Lo haré, no por razón de oficio, sino como quien hace una buena obra.

—Os diré lo que vos me habéis dicho antes, que Dios os premiará.

Púsose en pie don Pedro, porque deseaba vivamente separarse del doctor, que, sin saber cómo, hacía recaer siempre la conversación en la desgracia de las dos mujeres.

—Que Dios os guarde, mi buen amigo.

—Y á vos os acompañe en vuestro viaje.

Se estrecharon la diestra.

Don Pedro de Carvajal salió, diciendo para sí:

—¡Vive Dios!... Parece que el doctor se ha propuesto mortificarme, y, sin embargo, me he convencido de que nada sospecha con respecto á mí.

Lo que había hecho el astuto doctor no era mortificar al caballero, sino colocarlo en una situación muy difícil.

CAPITULO XVII

DE CÓMO DON PEDRO TUVO QUE RETROCEDER

A las cuatro de la tarde don Pedro de Carvajal emprendía el viaje con un acompañamiento bastante numeroso de pajes y escuderos, como correspondía á su clase y sus riquezas.

Todos iban bien armados y al verlos se hubiera creído que viajaba un príncipe.

Montaba el señor de Carvajal en un caballo negro de raza cordobesa y tan bello como fúgoso.

A buena distancia iba el caballero de sus sirvientes, y aunque procuraba disimular, veíase su preocupación y su disgusto, y también á veces dejaba adivinar la borrasca espantosa que agitaba su espíritu.

Su rostro estaba pálido y contraído.

Era su mirada sombría y en más de un momento hubiera podido calificarse de siniestra.

Inclinábase su cabeza sobre el pecho.

Su cerebro era un caos de contrarias ideas, todas desagradables ó más bien horribles.

Bajaban por el camino que tantas veces hemos andado ya.

Una nube de polvo los envolvía.

Al descubrir la casita blanca, el caballero refrenó, involuntariamente y su cabalgadura se detuvo.

Lo mismo hicieron sus criados sin comprender lo que significaba aquella detención, pues Andrés era el único que estaba en el secreto.

El señor de Carvajal volvió la cabeza y fijó en la casita una mirada indescriptible.

Violentemente empezó á latir su corazón.

Su pecho se abrasaba.

Fué más profundo su trastorno.

No hubiera querido pensar en los sucesos de los pasados días, y sin embargo, los recordó uno por uno y con todos sus detalles.

¿Qué resultado habían producido sus crímenes?

Hasta entonces habían sido estériles, pues no había conseguido más que colocarse en situación más crítica.

Vivía su rival y recobraría la salud, según el doctor, que raras veces se equivocaba.

Y en cuanto á María, don Pedro no había conseguido más sino que el desdén se trocase en desprecio y en odio.

¿Qué recursos le quedaban para continuar aquella lucha y alcanzar el triunfo?

Todo lo había intentado, y cada intento le dió un desengaño.

Y á pesar de cuanto había sufrido, á pesar de las lecciones de la experiencia, no era posible que el señor de Carvajal renunciase á la satisfacción de su impuro deseo.

Su pasión era más intensa cada día, habíase apoderado de su alma como la garra del tigre se apodera de la tímida gacela y se complace en despedazarla.

Nunca con tanta razón hubiera podido decirse que Satanás se había posesionado del espíritu de don Pedro.

Lo que sufría mientras contemplaba la casa, no tiene explicación.

Ya no podía deleitarse al ver la belleza incomparable de María.

Allí, bajo aquel verde emparrado, ¡cuántas esperanzas había concebido don Pedro!

Allí, bajo la verde y frondosa techumbre de donde pendían dorados racimos, desvaneciéronse también sus esperanzas todas.

En el mismo lugar donde gozó con ilusiones risueñas, había sufrido horriblemente con negras realidades.

Por primera vez en su vida se había visto contrariado, por primera vez en su vida no había conseguido triunfar.

La derrota es noblemente horrible para el que siempre ha conseguido la victoria.

Y no solamente su pasión devoradora y criminal hacía sufrir á don Pedro, sino también su orgullo herido.

María era una infeliz que nada representaba en el mundo, y sin embargo, había mirado con desden y luego con desprecio profundo al magnífico caballero ante quien se inclinaban tantas frentes; y lo había rechazado con dureza, y se había mostrado más grande y más altiva que la más altiva de las damas.

No hubiera mortificado tanto al señor de Carvajal verse despreciado por una gran señora; pero por la desdichada hija de un hidalguelo, por una pobre aldeana, era demasiado horrible para un hombre de la clase y de las circunstancias de don Pedro de Carvajal.

Pensó que el señor Felipe recobraría la salud, y que más que nunca sería amado por María, puesto que por ella se había visto á las puertas de la muerte.

Además el pobre hidalgo aparecía muy grande á los ojos de la joven, así como muy ruin, muy pequeño y hasta muy cobarde don Pedro de Carvajal, puesto que no se había atrevido á sacar la espada y ponerse frente á frente á su rival.

Si el caballero no tenía miedo, lo parecía.

Nosotros sabemos que le sobraba valor; pero su propia conducta lo condenaba.

—No —murmuró después de algunos instantes—, no la veré en brazos de otro, porque en último caso la mataré.

Al pronunciar estas palabras hirió los ijares de su caballo, que partió al galope.

Y otra vez se levantó la nube de polvo.

Y los viajeros avanzaron rápidamente, y se alejaron y desaparecieron en una revuelta del camino.

Transcurrió una hora.

Los caminantes descubrieron otra blanca nube que lentamente avanzaba en opuesta dirección.

Luego vieron muchos jinetes y algunos carruajes.

—¿Quién puede ser? —se preguntó don Pedro.

Llamó á un criado y confidente y le dijo:

—Adelántate y averigua quién viaja con tan lucido acompañamiento.

Andrés partió, volviendo antes de cinco minutos para decir:

—¡El rey!

—¡El rey! —exclamó don Pedro con tanto disgusto como sorpresa.

—Viene al Escorial.

—¡Vive Dios!

—¿Hemos de retroceder?
 —Sería una gravísima falta de respeto.
 —Ciertamente; pero...
 —Y sobre todo, ¿por qué he de huir del monarca?

—Pero supongo...
 —Ya no iremos á Madrid.
 —Tanto mejor, porque así estaremos á la mira de lo que suceda sin hacernos sospechosos.
 —Debemos detenernos y esperar á que pase su majestad para seguirlo después.

Andrés dió las órdenes convenientes, y los criados, divididos en dos grupos, formaron dos filas á los lados del camino, descubriéndose la cabeza y quedando inmóviles.

La comitiva real avanzaba con lentitud.

Al cabo de diez minutos estaba ya cerca el coche en que iba el gran tirano con Ruy Gómez de Silva, sentado al vidrio.

Don Pedro de Carvajal se quitó el sombrero, adelantó algunos pasos, volvióse y se acercó al carruaje, inclinándose y diciendo con tono de respeto profundo:

—Señor, suplico á vuestra majestad me permita la honra de saludarlo.

El monarca volvió poco, muy poco, la cabeza, fijó su mirada penetrante y dominadora en el caballero y respondió:

—Dios os guarde, don Pedro.

—Me felicito y me considero dichoso.

—¿Camináis hacia Madrid?

—Sí, señor, porque el doctor Olivares me ha dado ya licencia para hacer el viaje.

—¿Os ha cuidado bien?

—Como á un hijo; pero todo tengo que agradecerlo á la bondad sin límites de vuestra majestad.

—Me interesa la salud de mis vasallos leales.

—Señor...

—Continuad á mi lado.

—¡Cuánta honra!

—Y cubrios, y que vuestros criados nos sigan.

La marcha no se había interrumpido, porque no era posible que Felipe II se dignara detenerse para hablar con uno de sus vasallos.

—Y qué noticias traéis del Escorial?—preguntó Felipe II después de algunos momentos.

—Tristes, señor.

—¿Pues qué ha sucedido?

—Hace algunos días se quemó en la era toda la mies que representaba el pan de dos pobres mujeres muy honradas.

—¿Quiénes son?

—La viuda y la huérfana de un hidalgo que, si mal no lo recuerdo, se llamó Vargas.

—Fué un buen servidor, un vasallo muy leal, y me interesa todo lo que tiene relación con esa familia.

—Han quedado en la miseria.

—Proveeremos.

—Quise socorrerlas; pero el doctor Olivares me dijo que no debíamos privar á vuestra majestad de la ocasión de hacer un beneficio.

—¿Y qué más sucede?

—La desgracia ha costado una grave enfermedad á la hija.

—Dios las consuele.

—Y ayer intentaron asesinar á un pobre hidalgo en el camino de Valdemorillo; pero le doctor llegó á tiempo para evitar que se consumase el crimen, y el desdichado quedó herido no más.

—¿Cómo se llama?

—Felipe de Maldonado, si mal no recuerdo.

—Debió casarse con la huérfana de Vargas.

—Eso he oído decir.

—¿Dónde está el herido?

—En el monasterio, en la habitación de Olivares.

—Supongo que no habrá sucedido otra cosa.

—Anoche violentaron la puerta de la casa de esas dos pobres mujeres, que se salvaron porque habían ido al monasterio á ver el herido.

—¡Mil veces bendita la Providencia!

—Aún debo decir otra cosa á vuestra majestad, porque así me lo ha encargado el doctor.

—¿Qué?

—Los trabajadores murmuran, porque ha mucho tiempo que no se les paga y ya no pueden vivir.

El monarca se volvió á Ruy Gómez y le preguntó:

—¿Por qué está ese asunto sin arreglar?

—Lo ignoro, señor—contestó el de Eboli.

—Ocupate de esos infelices—repuso el monarca.

—Según parece—añadió don Pedro—las murmuraciones son graves, y hay quien opina que el medio más eficaz es la rebelión.

Los labios del monarca se entreabrieron para sonreír muy levemente.

No hablaron entonces más.

Continuaron la marcha.

Ocultábase el sol.

Cuando llegaron cerca de la octava maravilla, vieron que gran multitud de hombres, mujeres y niños, todos de la última clase social y cubiertos de harapos, se apiñaban en ambas orrillas del camino.

Raro era ver entre aquellos rostros uno que no estuviese pálido ó que no tuviese el sello de la tristeza ó del dolor.

De soslayo miró Felipe II á aquellos infelices.

De repente empezaron á resonar gritos atonadores:

—¡Viva el rey! —repetía la multitud.

El monarca no se dignó moverse.

Pocos momentos después se oyó que algunas voces decían:

—¡Muera Ruy Gómez de Silva!

Estremeciése y palideció el cortesano y favorito de Felipe II, es decir, el esposo de la célebre doña Ana de Mendoza y de la Cerda.

—¿Qué dicen? —preguntó fríamente el gran tirano.

—Que viva vuestra majestad.

—Me pareció que habían pronunciado tu nombre.

—También; pero dicen que muera.

—¿Y por qué?

—No lo adivino, porque ningún mal les he hecho.

—¡Tenemos hambre! —exclamaron muchos de aquellos desdichados.

—¡Nuestros salarios! —gritaron otros.

—¡Viva el rey!

—¡Mueran los aduladores!

—¿Y qué dicen ahora? —preguntó el rey.

—No he podido entender.

La multitud gritaba cada vez con mayor fuerza.

Felipe II se asomó á una de las ventanillas y miró á todos lados.

Lo que tenía su mirada no lo sabemos; pero es lo cierto que todos callaron.

Reinó un silencio absoluto.

La comitiva llegó al monasterio.

La comunidad estaba en el claustro.

El monarca entró en el templo antes de dirigirse á sus habitaciones.

Acababa de ocultarse el sol.

Resonaron las campanas con el toque del Angelus.

Bien pronto se esparcieron las tinieblas de la noche.

El doctor Olivares, que había salido también

al claustro á recibir al rey, se acercó á don Pedro de Carvajal y le dijo:

—De Dios está que no habéis de volver á Madrid.

—Me persigue la desgracia, ya lo veis, doctor.

Entre los caballeros que formaban parte de la comitiva veíase á don Juan de Guevara.

Antes de cenar dispuso el rey que llamasen á su médico.

Lo que hablaron no lo sabemos; pero sí que por resultado de aquella conversación, don Pedro de Carvajal recibió orden de presentarse inmediatamente al monarca.

—¿Para qué me necesita? —se preguntó don Pedro. —No lo adivino.

Obedeció con la prontitud que todos obedecían á Felipe II.

La escena que iba á tener lugar, y que vamos á referir, dará á conocer más y más al gran tirano.

CAPITULO XVIII

DE CÓMO AL LOBO SE LE HIZO GUARDIÁN Y PROTECTOR DEL CORDERO

Aunque levemente, sonreía el monarca; pero debemos recordar la frase escrita por Cabrera en su *Historia de Felipe II*: "Su sonrisa e su cuchillo eran confines"; dice.

Nunca con más benevolencia ni con tanta dulzura había recibido el severo monarca á don Pedro de Carvajal, lo cual á éste le agradó mucho y lo tranquilizó, porque acabó de darle la seguridad de que nadie había sospechado que él era el autor de los crímenes cometidos los días anteriores.

—Don Pedro—dijo Felipe II—, aunque por encargo del doctor, ello es que habéis empezado á tomar parte en cuanto se relaciona con esas dos pobres mujeres sobre las que tantas desgracias han caído, y, además, vuestra primera intención fué socorrerlas, lo cual deja probado que os sucede lo que á mí: que no podéis mirar con indiferencia los sufrimientos de esas infelices.

—Así es, señor.

—Pues bien, continuad la buena obra y ayudadme, porque yo no puedo hacerlo todo, y mucho menos cierta clase de cosas. Me ocupan graves asuntos que no me permiten fijar la atención en ciertos detalles.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

—Según hemos visto, el enemigo de esas desdichadas no perdona medio para hacerles mal, y es capaz de lo que ni siquiera podemos concebir.

—Así parece.

—Necesitan protección á todas horas.

—La de vuestra majestad es sobrada.

—No, don Pedro.

—Quiero creer que el criminal se ha convencido de que nada puede conseguir, y las dejará tranquilas.

—Es distinta mi opinión.

—Entonces...

—He determinado que vos os encarguéis de vigilar con la ayuda de algunos de vuestros criados. Nada tenéis que hacer, y, como os sobra inteligencia...

—Comprendo—dijo el señor de Carvajal, á quien desagradaba mucho semejante determinación.

—Cuando bien os parezca podéis visitar á esas desgraciadas, las consolaréis, les daréis alientos, y, entre tanto, haréis observaciones, porque es preciso descubrir al criminal.

—Mientras ellas se encuentran bajo el amparo del doctor...

—Pensad que no pueden continuar en el monasterio muchos días.

—No sé con qué pretexto he de visitarlas.

—Yo creí que las conocíais.

—De vista no más, y...

—El doctor les dirá que sois su mejor amigo y que pueden trataros con la más completa confianza, lo cual será bastante para que os reciban como merecéis.

—Bien, señor.

—Creo que así acabaremos por hacer el descubrimiento que tanto nos interesa.

—Tal vez.

—Y, en último caso, nada habremos perdido.

Todo lo esperaba el señor de Carvajal, menos lo que estaba sucediendo.

Sintióse aturdido.

¿Debia considerar como una fortuna la determinación del monarca?

¿No se indignarían las dos mujeres y acabarían por pronunciar el nombre de su enemigo?

Posible era que sucediese así.

Y, sin embargo, el señor de Carvajal no podía negarse á obedecer, porque su negativa hubiera sido bastante para infundir sospechas.

¿Por qué el rey le encomendaba aquel asunto teniendo tantas personas de quienes disponer?

Eso no podía adivinarlo el señor de Carvajal, porque su pasión lo tenía trastornado, y su trastorno acrecentaba á medida que experimentaba contrariedades.

—Señor—dijo—, me considero con muy escasa inteligencia para cumplir con acierto las órdenes que vuestra majestad acaba de darme.

—Sois muy modesto.

—Me conozco bien.

—Nadie se conoce á sí mismo.

—Señor...

—Si necesitáis más explicaciones, os las daré, y en caso de duda, si no podéis verme, consultad con el doctor Olivares.

—Espero que Dios me inspire.

—Hasta mañana, don Pedro.

—El cielo guarde á vuestra majestad.

El caballero salió de la cámara.

Tan preocupado iba, que ni siquiera saludó á los amigos que encontró á su paso.

Cavilaba, pero inútilmente.

Parecía imposible que no comprendiese que el monarca había querido hacerle una advertencia y tenderle un lazo.

¿Y por qué Felipe II no castigaba desde luego al señor de Carvajal?

Porque quería tener pruebas para condenarlo, y pruebas tales que no diesen lugar á duda.

Cuando el señor de Carvajal salió del monasterio, vagó por los alrededores, cavilando siempre.

Brillaba la luna y era muy fácil reconocerlo.

Algún cortesano que lo vió, dijo para sí:

—¿Qué le sucede á don Pedro? El rey habló con él esta tarde y lo ha llamado esta noche, y, sin embargo, parece que está muy preocupado y muy triste. ¿Teme acaso perder su gran influencia? Todo es posible.

Cuando el señor de Carvajal volvió á su casa, se encerró en su aposento y se acostó, mientras decía:

—Me hacen protector y guardián de María, cuando yo soy su perseguidor. ¡Vive el cielo! La coincidencia no puede ser más extraña ni más desagradable.

CAPITULO XIX

EL CONDE DE NORINGENS

A las seis de la siguiente mañana entró Andrés en el dormitorio de don Pedro.

Este empezaba á despertar, y como no había llamado, miró con sorpresa á su escudero y le preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las seis.

—No es tarde.

—Pues ya ha venido un hombre, que parece extranjero, y ha suplicado que se os despierte y os diga que acaba de llegar la persona á quien esperábais.

—¡Vive Dios!—exclamó don Pedro.

Y se incorporó y empezó á vestirse presurosamente.

No pronunció una palabra más, ni para responder á su criado, que le preguntaba si quería el almuerzo.

Cifó su espada, tomó su sombrero, salió y, siempre muy preocupado, avanzó por entre las pobres casas de la naciente población, y se detuvo al llegar á la posada.

Miró á todos lados recelosamente.

Nadie lo veía, porque nadie pasaba por allí.

Entró en la posada, y sin preguntar ni responder al saludo respetuoso del huésped que se encontraba en el zaguán, subió la estrecha y empinada escalerilla, siguió por un corredor y dió algunos golpes en una puerta.

—Adelante—se oyó que decía desde la otra parte una voz gutural.

Don Pedro empujó la puerta, que se abrió, dió algunos pasos y se encontró en un aposento bastante grande y amueblado miserablemente; pero en cambio, y como en compensación de la pobreza de la posada, había en la habitación un caballero vestido tan lujosamente, que con solo el valor de su ropa y adornos hubiera podido hacer la fortuna de una familia.

Era de elevada estatura, de anchos hombros y formos musculares, de cabellos rubios, espaciosa frente, azules ojos y blanco rostro de fría expresión.

Bastaba el primer golpe de vista para conocer que era extranjero y que había nacido en el Norte de Europa.

—Aquí me tenéis, señor conde—dijo el señor de Carvajal.

—Habéis sido exacto y no me sorprende—respondió con pausado y grave tono el extranjero.

Y estrechó ceremoniosamente la diestra que don Pedro le ofrecía.

Sentáronse ambos después de cruzar algunas frases corteses.

El flamenco, porque flameuco era el llamado conde, dió principio á la conversación, diciendo:

—Anoche recibí más noticias.

—¿De dónde?

—De Bruselas.

—¿Hay novedad?

—La situación es la misma, que es lo peor que puede suceder; y como por aquí no se advierten señales de que el rey piense cambiar de conducta, ni piense hacernos justicia, los que hemos sido más prudentes tendremos al fin que declarararnos abiertamente contra la tiranía y los abusos de que somos víctimas.

—Nada bueno esperéis de Felipe II—dijo el señor de Carvajal—, pues aunque ahora dice que está dispuesto á escuchar quejas y razones, y que recibirá con agrado á los representantes que el pueblo envíe, el resultado no ha de ser otro que el de perder tiempo las víctimas, mientras que el verdugo reúne mayores fuerzas para descargar el último golpe más seguramente.

—Por mi parte, opino que esos representantes no deben venir; pero, desgraciadamente, no escucharán mis consejos.

—Y, entre tanto, nosotros...

—Nos comprometemos demasiado, ya lo sé.

—Y estérilmente.

—Señor de Carvajal, estoy decidido, con tanta mayor firmeza, cuanto que el príncipe de Orange no admite más excusas ni vacilaciones.

—Además, empezáis á infundir sospechas, lo sé y os lo advierto lealmente.

—Debo partir.

—Si el rey no os pone ningún estorbo.

—Abrigo la esperanza de justificar hábilmente mi conducta.

—De todo esto se deduce, señor conde, que somos de la misma opinión.

—Entonces concluyamos de una vez: nos pondremos de acuerdo, yo me iré, vos os quedáis...

—Y haré cuanto he prometido.

—¿Seguís creyendo que al fin el príncipe don Carlos se declarará francamente en nuestro favor?

—Respondo con mi cabeza.

—¿Lo habéis visto?

—Anoche, y como el príncipe no sabe disimular, he podido convencerme de que está casi decidido. Falta herirlo algo más, y esto es muy fácil.

—Bien.

—Ahora me parece oportuno que tratemos de lo que se refiere á mi persona.

—¿Qué deseais? Nada se os ha negado.

—Lo único que quiero son garantías.

—No comprendo bien—dijo el conde mientras fijaba una mirada escudriñadora en don Pedro.

—Somos muchos y alguno puede cometer una imprudencia ó ser traidor, en cuyo caso todos nos perderíamos, y yo antes que todos.

—Ciertamente.

—Si triunfamos, sea para todos la gloria y el provecho; pero en caso contrario...

—Para todos será la desgracia, para todos la derrota.

—Eso es lo que deseo, porque declaro francamente que cuando se trata de este asunto no conozco la generosidad y me atormentaría horriblemente que alguno consiguiera salvarse. Jugamos la cabeza, y si el verdugo corta la mía, quiero que ruede la vuestra y la de cuantos se han comprometido en este negocio.

—Comprendo.

—Y nada haré si no me dais la seguridad de que ha de suceder así.

El conde guardó silencio por algunos instantes y luego preguntó:

¿Y en qué puede consistir la garantía? Si sois descubierto y queréis declarar y delatar á vuestros compañeros y amigos...

—Sí.

—Pues hacedlo, si desgraciadamente llega ese caso.

—Mi palabra no sería bastante y me pedirían pruebas.

—Tal vez—repuso el conde, en cuyo rostro empezaba á pintarse el disgusto.

—Así estaré también á cubierto contra las defecciones y las traiciones.

—Vuestros temores tienen algo de ofensivos para hombres de honor como yo; sin embargo, aceptaré todos los compromisos, por graves que sean, y así daré una muestra de respeto al adagio español que dice que al buen pagador no le duelen prendas.

—No esperaba yo menos de vos, señor conde.

—Así como á mí no me sorprende vuestra desconfianza.

—Estamos de acuerdo.

—Falta la forma y la manera de practicar vuestro deseo.

—Es cosa muy sencilla.

—Vuelvo á escuchar.

Don Pedro sacó un papel, lo desdobló y dijo:

—Ved lo que hay escrito aquí, y si bien os parece, pondreis vuestra firma, y lo mismo harán todos nuestros compañeros y hasta el príncipe don Carlos.

El noble flamenco tomó el papel y leyó lo siguiente:

“Los infrascriptos declaramos: que vemos con gran dolor el estado de las provincias de Alemania, donde el pueblo lucha y la sangre corre á torrentes para que se reconozca la libertad de la conciencia y para que se guarden los fueros y privilegios reconocidos solemnemente por el emperador Carlos V y sus antecesores. Asimismo vemos que el rey nuestro señor don Felipe II, á quien Dios dé larga vida, se empeña en merma nuestros privilegios y entregarnos á los horrores de una tiranía inspirada por el fanatismo.

“En nombre de las leyes, de la razón y de la justicia hemos decidido emplear todas nuestras fuerzas para salvar al pueblo de los horrores que lo aniquilan, y si la persuasión y otros medios pacíficos no fuesen bastante, hemos decidido apelar á las armas para que Dios dé la victoria á quien crea que la merece, y considerando que nuestra obra es santa, aceptamos desde luego toda la responsabilidad de nuestras acciones, y así queremos hacerlo constar y lo firmamos para que nadie pueda ponerlo en duda.”

Esta declaración tan terminante y tan insensata estaba firmada por don Pedro de Carvajal.

El conde palideció y volvió á leer.

Luego reflexionó.

Dudaba, no porque tuviese miedo, sino porque le repugnaba el egoísmo y la ruindad del caballero español.

Después de algunos minutos preguntó don Pedro con el cinismo que lo caracterizaba:

—¿Habeis entendido?

—Demasiado bien—respondió el conde.

—¿Y estais dispuesto á firmar? Ya veis que he principiado por comprometerme.

—Puesto que con tanta franqueza hablais, haré lo mismo.

—Así me agrada.

—Supongamos, porque nada se pierde por su-

poner, que representais una comedia para servir mejor al rey.

—¿Señor conde...

—Desde el momento en que poneis en duda mi lealtad, me dais derecho á poner en duda la vuestra.

—Pero...

—Si suponeis que yo puedo ser traidor, teneis que permitirme hacer suposición igual con respecto á vos. ¿No me tendeis un lazo? Si no es probable, es posible.

El señor de Carvajal se mordió el labio inferior.

Enrojecieron sus mejillas como si fuese á brotar la sangre.

Fulgor siniestro se escapó de sus pupilas.

El conde añadió con calma glacial:

—Mis suposiciones os desagradaban, y así podeis comprender hasta qué punto me han desagradado las vuestras. Quereis una garantía contra mis veleidades ó mi cobardía, y yo la quiero de vuestra buena fe.

—No me ofendo.

—Sois justo.

—Pero nuestros intereses son encontrados, bajo el punto de vista que ahora miramos la cuestión.

—Todo puede conciliarse.

—Me parece muy difícil.

—Pondré mi firma en este papel; pero no ahora mismo.

—¿Pues cuándo?

—Dentro de ocho días.

—¿Y para qué queréis ese plazo?

—Para ponerme fuera del alcance del rey.

—Es decir...

—Que me iré, firmaré y os enviaré el documento con una persona de mi completa confianza.

—¿Y entre tanto?...

—¿Qué os importa que esté en mis manos este papel? Bien sabéis, señor de Carvajal, que yo no puedo ser un espía, ni representar una farsa para servir al rey.

—Sin embargo, el documento puede perderse.

—Con vuestra firma y con la mía, y por consiguiente, nos perderíamos los dos.

—Es mucho arriesgar.

—Mucho vais á ganar también.

A su vez quedó silencioso don Pedro.

La situación de ambos era muy parecida, puesto que tenían necesidad el uno del otro, y

ninguno de los dos quería renunciar á sus propósitos.

El conde conspiraba á favor de sus ideas, y para cumplir sus compromisos, y don Pedro por ambición.

Algo tenían que arriesgar si algo habían de conseguir, y he ahí por qué el primero se había decidido á poner su firma en aquella declaración, y el segundo se sentía inclinado á entregar el papel que tan gravemente lo comprometía.

Largo rato pasó sin que pronunciasen una palabra.

El señor de Carvajal rompió al fin el silencio para decir:

—Estamos de acuerdo.

—¿Puedo quedarme con este papel?

—Os lo entregaré en el momento en que vayáis á partir.

—Mañana, salvo que se me presente algún obstáculo imprevisto.

—Nos veremos esta noche.

—¿Dónde?

—Vendré á buscaros.

—Os esperaré.

Púsose en pie don Pedro.

El conde hizo lo mismo.

Se estrecharon la diestra ceremoniosamente.

Bien puede decirse que aquellos dos hombres se odiaban; sin embargo, las circunstancias los habían unido con un lazo que no podían romper.

Despidiéronse.

Don Pedro de Carvajal salió, y lentamente siguió por el camino del Escorial de abajo.

Detúvose en el mismo sitio que el día anterior, sentóse en una piedra y fijó la mirada en la casita.

Pocos minutos después pudo distinguir á las dos mujeres.

Los ojos de don Pedro brillaron con el fuego de su impura pasión.

—¡Oh!—exclamó con voz ronca.—Será mía ó moriré.

¡Pobre María!

Más de media hora transcurrió antes de que el caballero se levantara y se alejase, dirigiéndose al monasterio.

CAPITULO XX

UN JUDAS

A la mañana siguiente, después de almorzar, el monarca fué al monasterio, donde entró,

atravesando el primer claustro que se encuentra al Norte, y subiendo la escalerilla, pues otro nombre no merece, que conducía á sus modestas habitaciones. La escalera ancha y cómoda, aunque no lujosa, que hoy da acceso á la parte de edificio que constituye el palacio, es moderna y muy posterior, de la época de los Borbones, así como el rico decorado que hoy se ve en los que fueron aposentos reales. Había mandado Felipe II que se hiciese un templo para Dios y una choza para él, y esta orden se cumplió en cuanto era posible.

Los que hoy recorren el interior del monasterio, buscan ávidamente todo lo que recuerde al gran tirano, cuya conciencia levantó aquella maravilla, y se sorprenden, admiran y desencantan cuando recorren algunos aposentos con paredes lisas y blanqueadas, y les dicen que allí habitó el gran monarca, el gigante en cuyas manos de hierro estuvo la suerte de Europa y del mundo descubierto por Colón y conquistado con la sublime inteligencia de Hernán Cortés y el rudo y heroico valor de Francisco Pizarro.

Allí recibía Felipe II á los embajadores de las naciones más poderosas; allí concebía y desarrollaba sus planes, y allí decidía los destinos del mundo.

En la parte del monasterio que constituye el palacio, los pasillos son estrechos, y lóbregos algunos, y las puertas bajas, hasta el punto de que instintivamente se inclina la cabeza al pasar; en la parte destinada á convento se encuentra todo lo contrario: elevadas bóvedas, anchas galerías, grandes puertas y una escalera verdaderamente magnífica, suntuosa, como corresponde á la grandeza de aquella imponente maravilla. En las habitaciones del palacio, en las antiguas, la luz escasea, como si el alma tenebrosa de Felipe II se complaciese en rodearse de tinieblas.

En una antecámara, y conversando con los individuos de la servidumbre real, encontrábase un caballero que representaba cuarenta años, y en cuyo rostro aguileño y enjuto se pintaban la astucia, la malicia y perspicacia más que la inteligencia.

Era don Juan de Guevara, ilustre por su cuna y respetable por la posición que siempre había disfrutado su familia.

No era pobre ni rico verdaderamente, pues poseía una renta que le permitía vivir con decoro y nada más.

Aspiraba á un empleo correspondiente á su clase en la alta servidumbre real, no precisamente por el lucro de sueldo, sino por la influencia que había de proporcionarle, y la facilidad que en semejante caso tendría para satisfacer, más ó menos tarde, su ambición.

A todas horas se le veía en palacio, lo mismo en el Escorial que en Madrid, porque era uno de esos pretendientes de constancia incansable, que apelan á toda clase de medios, y que no pierden la esperanza aunque hayan recibido terminante negativa.

Don Juan no olvidaba el adagio que dice que "el pobre porfiado saca mendrugo", y lo ponía en práctica, seguro de que en un plazo más ó menos largo realizaría su deseo.

Entró en su cámara el rey y le dijeron que el señor de Guevara solicitaba la honra de ser escuchado, porque tenía que hablar de un asunto muy grave, y que no se refería precisamente á su persona.

No mostró agrado ni desagrado el monarca, que con frío tono se concretó á decir:

—Que entre don Juan.

Y pocos momentos después se presentó el caballero.

—Acercáos—le dijo Felipe II.

Y luego añadió:

—¿Qué queréis?

—Señor—respondió don Juan—, no he venido para abusar de las bondades de vuestra majestad con lo que á mí solo interesa, sino para otro asunto de mayor importancia y tan grave como todos los que se relacionan con el bien del Estado, con la justicia y hasta con la religión que felizmente profesamos.

—Está bien—dijo el rey con la misma frialdad que antes y fijando su mirada escudriñadora en el señor de Guevara.

—Señor, se conspira para proteger á los herejes flamencos.

—Ya lo sé.

—Pero lo que sin duda ignora vuestra majestad es que algunos de los caballeros españoles que más obligados están á ser leales, favorecen á los enemigos de la religión y del trono.

—Es posible, porque nunca faltan traidores.

—Es positivo, señor.

—¿Y conocéis á esos traidores?

—Los conozco, particularmente á uno, al que debe ser considerado como el alma de la conjuración.

—¿Lo habéis amonestado para que vuelva al camino de su deber?

—Hubiera sido inútil, porque la ambición lo ciega.

—Sin embargo, tal vez hubiera comprendido que hasta por su propia conveniencia debía seguir vuestros consejos.

—El primer resultado hubiera sido mirarme con desconfianza, y me ha parecido más conveniente representar el papel de traidor.

—Comprendo—dijo Felipe II, cuyo entrecejo se arrugó por un instante.

Y volvió á guardar silencio, si bien su mirada desdeñosa fué más elocuente que sus palabras.

Don Juan estaba dando en aquellos momentos una prueba de lealtad al rey; pero probada también que sabía representar el papel de Judas, y que por consiguiente era un miserable, y si no traidor al rey, porque tenía miedo, traidor á sus amigos.

La traición es traición siempre, cualquiera que sea su fin y sus resultados, y el traidor será siempre un miserable, un miserable el delator, aunque la delación favorezca la justicia y salve los más grandes intereses.

Hablamos del que delata ó acusa para medrar y no para defender su propia causa.

No con noble fin se había convertido en espía, en traidor y delator don Juan de Guevara, sino por conseguir más fácilmente satisfacer su ambición.

—Así—repuso el caballero—, puedo saber cuanto se hace y conseguiré tener pruebas que no dejen lugar á duda. Dos son las personas en quienes principalmente debe fijarse ahora la atención: ese caballero flamenco...

—El conde.

—Sí, señor.

—Trabaja en favor de sus compatriotas, lo cual á nadie debe sorprender.

—Es verdad; pero el otro...

—¿Quién es?

—Suplico á vuestra majestad me permita recordar que aún no tengo pruebas.

—No lo olvido.

—Pues bien, el otro es un caballero que es honrado por vuestra majestad con toda la clase de distinciones y de favores, y que con una ingratitud...

—Su nombre.

—Don Pedro de Garvajal.

—¿Y estáis seguro de que conspira?

—Tan seguro como que me ha hecho proposiciones, que no he rechazado terminantemente por las razones antes dichas, y me he concentrado á mostrar temores, á fingir que vacilaba.

—Proseguid.

—Esta mañana conferenciaron muy detenidamente el conde y don Pedro.

—¿Y conocéis el objeto de la conferencia?

—Don Pedro quiere garantías para ponerse á cubierto de la traición ó de las torpezas, y para que todos sufran su suerte en caso de desgracia.

—Eso es lo mismo que decir que si él se pierde, no quiere que nadie se salve.

—Exactamente.

—¿Y qué clase de garantía pueden darle?

—Don Pedro ha escrito una declaración, la ha firmado y exige que la firmen los demás.

—¿Accede el conde?

—Creo que sí, pero firmará después de haberse alejado y cuando crea que ya está á salvo de la persecución de la justicia. Una vez que firme, devolverá el documento al señor de Carvajal, enviándoselo con una persona de su confianza.

—¿Qué más?

—Don Pedro abusa del nombre de una persona augusta, asegurando que favorecerá la causa de la herejía.

—Mi hijo—murmuró el monarca.

—Sí, señor; y semejante calumnia...

—Continuad y decid lo que os proponéis.

—Cumplir mi deber y nada más. He pedido un plazo para decidir, y mientras el plazo se cumple, habrá firmado el conde y vuelto la declaración á manos de don Pedro. Después, según lo que vuestra majestad determine...

—Haré justicia.

—Por de pronto y para obligarme me ha prometido don Pedro de Carvajal emplear toda su influencia en apoyo de mis pretenciones, que ya conoce vuestra majestad; pero por tales medios...

—Para vos también habrá justicia cumplida, según vuestros merecimientos, os lo aseguro, y por experiencia sabéis que cumplo lo que prometo.

—Gracias, señor.

—Justicia para todos, justicia severa, ciega, porque no quiero que me llamen Prudente, ni Grande, ni Magnánimo, sino Justiciero.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

—Haréis lo que os dicte vuestra conciencia y lo que os permitan vuestros sentimientos, y así podré apreciar con más exactitud vuestra con-

ducta y podré haceros justicia sin cometer ningún error.

—Vuestra majestad no puede equivocarse— dijo don Juan, que exageraba hasta el último punto cuando adulaba.

—Guárdeos el cielo.

El señor de Guevara se inclinó, retrocedió, haciendo reverencias, y salió de la cámara mien- decía para sí:

—Tengo seguro mi empleo y algo más. Promete hacer justicia, y lo que el rey promete, lo cumple.

Entretanto, Felipe II desplegaba una leve sonrisa y murmuraba:

—Sí, haré justicia.

Como vamos viendo, don Pedro de Carvajal estaba al borde de un abismo; pero ¿qué sería de las dos pobres mujeres y del hidalgo Felipe de Maldonado?

Su situación era siempre muy crítica, porque no habían de salvarse con la desgracia de don Pedro.

CAPITULO XXI

EL MOTIN

Al día siguiente se advirtió mayor descontento que nunca entre los infelices que trabajaban en el monasterio.

Hacía más de un mes que no se les pagaba, y ya habían agotado sus recursos todos, si es que recursos puede tener el que no cuenta con otros elementos de vida que su mísero jornal.

Sus mujeres y sus hijos tenían hambre, y algunos habían enfermado gravemente, sin que la causa fuese otra que la miseria.

Cuando un hombre es honrado y laborioso; cuando trabaja más aún de lo que le permiten sus fuerzas; cuando su vida es una serie de sacrificios, de sufrimientos y resignación y ve con hambre á sus hijos y no tiene un pedazo de pan que darles, ¿qué debe sentir ese hombre? ¿Hay razón para pedirle calma y juicio, ni es posible exigirle que acepte nuevos sufrimientos?

Además, en el caso que nos ocupa, había la circunstancia de que aquellos hombres tenían ganado lo suficiente para cubrir sus necesidades, y no se les pagaba su penoso trabajo.

El deudor era el rey, el señor de dos mundos, el dueño de los inmensos tesoros que encerraba el continente descubierto por Colón; era el rey, que gastaba sumas fabulosas en sostener gran-

des ejércitos para dominar una gran parte de Europa y llevar hasta el último rincón del mundo los planes de su tenebrosa política.

Cuando el acreedor se muere de hambre y el deudor es rico, no es posible que el primero se resigne á esperar.

Como había dicho muy bien el doctor Oliva res, el hambre es mala consejera, porque produce el trastorno, el vértigo, y entonces no hay razón, ni juicio, ni voluntad más que para buscar el medio de satisfacer la imperiosa necesidad que es la ley de la naturaleza, y como ley de la naturaleza es ineludible.

¿Quién tenía la culpa de que no se pagase á los trabajadores?

Esto es lo que no podemos decir, porque no se sabe con seguridad, si bien hay motivos para creer que la culpa no era del rey, sino de los que manejaban sus tesoros y estaban encargados de entender en todo lo concerniente á las obras del monasterio. La falta de Felipe II consistió en no apresurarse á poner el remedio apenas conoció el mal.

No tuvo por conveniente ocuparse de semejante asunto aquel día, ya porque lo hubiese olvidado, ya porque no le dejasen tiempo los negocios gravísimos del Estado.

Los pobres jornaleros habían creído que el rey mandaría pagar sin más tardanza, puesto que ya tenía noticias del asunto, y esperaban que aquella tarde al dejar el trabajo les diesen lo que para ellos era la salvación, lo que para ellos tenía más valor que la vida, puesto que representaba el pan de sus hijos.

Se equivocaron y les esperaba un desengaño muy doloroso.

Ocultóse el sol.

Sonreía el crepúsculo.

Se puso término al trabajo por aquel día, y entonces preguntaron algunos:

—¿Y nuestros jornales?

—¿No se nos paga?

—¿Cómo cenarán nuestros hijos?

Algunos de aquellos desgraciados no habían tomado casi alimento en todo el día y empezaban á sentirse desfallecer.

En todos los rostros se pintó el dolor, en muchos la ira, la amargura ó la desesperación.

—¡Justicia!—se oyó gritar.

—¿No tenemos un rey justiciero?

—Ya sabe que que no nos pagan.

—Debemos acudir á su majestad.

Empezaron á formarse grupos.

Los más atrevidos alentaban á los pusilánimes.

Se pronunciaron amenazas terribles contra el tesorero y otros empleados pero se hablaba siempre con respeto del monarca, cuya persona se tenía como sagrada por todos.

Los grupos fueron acercándose á la morada real, y bien pronto estuvieron todos reunidos.

Acudieron muchas mujeres, que con la vehemencia propia de su sexo, infundían valor á los que vacilaban. No era menester más.

Algunos maestros que intentaron poner orden, fueron atropellados.

Los jornaleros se habían armado con las herramientas de su oficio; pero no necesitaban otras armas.

No había en el Escorial más que unos pocos soldados que daban la guardia en las habitaciones reales, y por consiguiente era imposible dominar con la fuerza.

No encontrando ninguna oposición, alentábanse más y más aquellos infelices, y acrecentaba sus desesperación, porque veían á sus mujeres y á sus hijos hambrientos.

De sus cabezas se apoderó el delirio.

—¡Al rey!—gritaron.

Ya era imposible que retrocedieran.

Lanzáronse en el interior del monasterio con el ímpetu de la corriente que se desborda.

Felipe II estaba en su cámara y llamó para preguntar:

—¿Qué sucede?

—Señor—le contestaron—, los trabajadores gritan y amenazan.

—¿Qué quieren?

—Piden sus jornales y se empeñan en penetrar aquí.

—Es decir, que se amotinan.

—Sí, señor.

Por un instante se contrajo la frente de Felipe II.

Luego se entreabrieron sus labios para sonreír levemente.

—La rebeldía es un crimen—dijo con su calma inalterable.

—Ya no sabemos qué hacer...

—Piden con justicia, pero piden mal... justicia quiero hacer.

El monarca inclinó la cabeza.

—¿Y Ruy Gómez?—preguntó el rey después de algunos momentos.

—En la antecámara.

—Que venga.

Bien pronto se presentó el cortesano favorito, si es que con exactitud puede decirse que favoritos tuvo Felipe II.

No era el valor la cualidad que más resaltaba en Ruy Gómez de Silva, príncipe de Evoli.

Estaba cadavéricamente pálido y temblaba convulsivamente.

Su nombre había sido pronunciado por la multitud al proferir las más terribles amenazas.

No se consideraba seguro el cortesano, á pesar de que contaba con la más decidida protección del rey.

—Señor—dijo—, esa canalla ha perdido el juicio.

—Háblales para que comprendan su deber. Si no les pagan, deben acudir á mí, pero respetuosamente, pidiendo justicia como se pide al rey; mas no amotinados y exigiendo en son de amenaza.

—Pero el caso es que lo hacen así.

—Es gente ruda que no sabe hacer distinciones, y quiero evitar que su ignorancia les haga cometer un delito.

—Lo han cometido ya, señor, puesto que han arrollado á los guardias y penetrarán aquí sin licencia de vuestra majestad.

—Todavía no son criminales, puesto que aún no se les ha hecho comprender sus deberes.

—¿Y quién se entenderá con ellos?

—Tú—dijo el monarca.

—Me buscan para asesinar-me, y si me presento á ellos...

—Ruy Gómez, el rey no manda las cosas más que una vez.

No se atrevió el caballero á replicar.

Salió de la cámara.

Atravesó algunas habitaciones y llegó al cuerpo de guardia precisamente cuando los amotinados penetraban también allí, blandiendo las palanquetas, martillos, azadones y otras herramientas. Un oficial quiso contenerlos; pero recibió algunos golpes y cayó sin sentido.

Los soldados se vieron muy pronto despojados de sus espadas y alabardas.

—Allí está Ruy Gómez—gritó uno de los jornaleros.

Convencióse el cortesano de que iba á ser víctima del furor de la muchedumbre, y poseído de terror, huyó y fué á ocultarse donde se creyó más seguro.

La rebelión había tomado un carácter gravísimo.

La gritería era más atronadora cada vez.

Un gentil-hombre entró en la cámara real, diciendo:

—Señor, han desarmado á los alabarderos...

—¿Se empeñan en verme esos desgraciados?

—Y lo conseguirán á viva fuerza.

—Puesto que es justicia lo que vienen á pedir, que entren; pero no todos, sino algunos, los que representan el papel de jefes.

El gentil hombre se apresuró á obedecer, porque sólo así podía conjurarse la tormenta.

A los pocos minutos entraron como unos veinte de aquellos infelices; pero no bien habían puesto el pie en la cámara, cuando quedaron mudos, inmóviles, con la cabeza inclinada, y sin atreverse apenas á respirar.

Había cesado la gritería en todas partes, porque esperaban con ansiedad la última resolución del monarca.

El silencio pareció más profundo después del ruido atronador.

Felipe II fijó su mirada penetrante y dominadora en aquellos desdichados, cuya audacia había desaparecido.

Era terrible, espantosa la fría indiferencia del rey en aquellos momentos.

—¿Qué queréis?—preguntó.

—Señor, nuestros hijos se mueren de hambre, porque hace mucho tiempo que no nos pagan.

—Vuestra petición es justa.

—Se nos hacen promesas que jamás se cumplen...

—Como es justa vuestra petición, haré justicia, y cuando estéis satisfechos, entonces... justicia haré también.

Y sin dar tiempo á nuevas súplicas, llamó y dijo al gentil hombre, que se presentó:

—Que se pague hasta el último maravedí á todos los trabajadores, y ha de ser ahora mismo, entendedlo bien, ahora mismo, pues con su cabeza me responderán los que deben cumplir esta orden. Escribid los nombres de éstos que parece que hacen cabeza ó son representantes de sus compañeros.

No pronunció una palabra más Felipe II, y levantándose, salió de la cámara.

—¡Viva el rey!—exclamaron aquellos infelices.

La orden se cumplió con tanta exactitud como prontitud.

Fórmose una lista de los que componían la comisión.

Antes de que transcurriesen dos horas, todos habían cobrado.

Cambió el aspecto de la multitud.

En todos los rostros se pintó la alegría.

Por todas partes resonaban gritos de júbilo.

¡Qué dichosos se consideraron aquellos infelices!

El rey había hecho justicia; pero no pensaron que había prometido hacer justicia después, y lo que prometía Felipe II, lo cumplía.

Los trabajadores fueron retirándose á sus moradas, y á las once reinaba la calma y el silencio.

El drama había principiado, y faltaba el desenlace, que debía ser horrible.

CAPÍTULO XXII

DON PEDRO TIEMBLA

Alegremente acudieron á su trabajo los industriales y jornaleros al otro día.

Ya habían satisfecho sus necesidades: al salir de sus casas habían visto sonreír á sus mujeres y á sus hijos, se consideraban felices. En pocas horas habían olvidado todos sus sufrimientos de los días anteriores, y no abrigaban temor de nuevas penalidades. Sin embargo, nunca les amenazaron tan de cerca desgracias las más horribles.

Al amanecer había partido para Madrid un correo con orden del monarca; pero esto nada tenía de particular, pues sucedía frecuentemente.

El día pasó sin novedad, así como los dos siguientes.

El señor Felipe continuaba en el mismo estado, es decir, entre la muerte y la vida.

Para consolar á la desgraciada joven, había ocultado el doctor toda la gravedad de la herida.

Las dos mujeres iban más de una vez cada día al monasterio, y pasaban algunas horas al lado del herido.

Don Pedro de Carvajal, más atormentado cada vez por su pasión, cavilaba buscando un medio para concluir su obra criminal; pero el medio no lo encontraba.

No podía descargar un nuevo golpe, porque probablemente el monarca le hubiera exigido la responsabilidad por no haber vigilado tan cuidadosamente como la situación exigía.

Tampoco se había atrevido á ir á la morada

de sus víctimas, y tuvo que contentarse con ver desde lejos á María.

Otro asunto preocupaba muy desagradablemente al señor de Carvajal; la conspiración en que había tomado parte. Aún no había recibido el documento que entregó con su firma al conde, y semejante tardanza lo ponía en grandísimo cuidado.

Ya había transcurrido el plazo que fijó el flamenco, y su mensajero no se presentaba.

Si el papel se había perdido por una desgraciada casualidad, ó si se habían propuesto convertirlo en arma de una traición, el señor de Carvajal debía considerarse perdido y bien podía decir que su cabeza no estaba segura sobre sus hombros.

Con impaciencia esperaba también don Juan de Guevara, pues su fortuna dependía del resultado de una intriga ruin.

Sospechando que don Pedro recelase, fué el señor Guevara á visitarlo, y le preguntó:

—¿Qué me decís de nuestro asunto? Los días pasan y puede suceder...

—¡Vive el cielo!—interrumpió el señor de Carvajal.—Empiezo á temer una traición.

—¿Por parte del conde?

—O por lo menos de la persona á quien haya entregado el documento, que para el caso es lo mismo.

—Os prometió que en el término de ocho días recibíais el papel.

—Y el plazo ha transcurrido con exceso, y nadie se me presenta, ni yo sé tampoco dónde se encuentra el flamenco. ¡Oh!... ¿No me veis preocupado á todas horas, agobiado y?...

—Sí.

—¿Puedo asegurar que en estos momentos no se encuentre mi declaración en manos de su majestad?

Y al decir esto, don Pedro tembló y su rostro se tornó lívido.

Ya no dudó el señor de Guevara.

—En verdad—dijo—, que lo que sucede es más que bastante para no dejaros vivir con tranquilidad, y os juro que si me encontrara en vuestra situación...

—¿Qué habíais de hacer?

—Con cualquiera pretexto me alejaría del rey hasta salir de dudas.

—Alejarme... No puedo, porque todo se conjura contra mí.

—Sois independiente, no desempeñáis ningún

empleo, y á nadie le llamaría la atención queuviéseis el capricho de emprender un viaje, y no el capricho, sino la necesidad, para ocuparos de vuestros particulares negocios.

—¡Por Satanás!... No desempeño ningún empleo, ni lo quiero, y sin embargo, el rey se empeña en que he de representar el papel de alcalde, ó más bien de esbirro ó cosa parecida.

—Lo que decís es incomprensible.

—¿No recordáis que su majestad me llamó la otra noche?

—Y que estuvisteis buen rato en la cámara.

—Pues tuvo á bien honrarme con cierta comisión de que no me está permitido hablar, y aunque quise excusarme con mi falta de inteligencia, empeñóse en decir que nadie podía complacerlo tan bien como yo.

—Es extraño.

—Y muy desagradable para mí.

—Entonces...

—Aquí me teneis con menos libertad que un preso, á quien se le reconoce siquiera moralmente el derecho de fugarse si la ocasión se le presenta. Dichoso vos, don Juan, dichoso vos que podeis hacer lo que se os antoje.

—Ciertamente.

—Me aburro entre estas montañas; y como si una fatalidad implacable se empeñara en perseguirme, entre estas montañas me retuvo mi enfermedad, y apenas recobré la salud y quise volver á Madrid, su majestad tuvo el capricho de venir al Escorial, y con acierto para mí tan desdichado, que me encontró en el camino y me dispensó la honra de decirme que lo acompañase.

—Con envidia os miraban muchos.

—Y yo maldecía la hora en que tanto honor se me dispensaba.

—Así es el mundo.

—Con lástima debeis mirarme, don Juan, porque nunca he sufrido como ahora sufro, y así debe decirlo mi rostro, y si no lo dice, miente.

—No lo acuseis, porque dice la verdad.

—Y volviendo á nuestro asunto...

—Tendremos que esperar, por mucho que nos desagrade.

—Veo que no habeis cambiado de propósito.

—Cuando adopto una resolución, no retrocedo.

—Bien, don Juan, muy bien.

—Contad conmigo, que decidido estoy á triunfar ó morir.

—Por supuesto que vuestra firma...

—Junto á la vuestra la pondré, que al buen pagador no le duelen prendas, ya lo sabeis.

—Así se lo dije al conde.

—Y como esa razón no tiene réplica...

—Aceptó; pero... ¡Ira de Satanás!... Si el conde no es traidor...

—Lo fío con mi cabeza.

—Entonces la persona á quien haya confiado el documento...

—No debemos desesperar todavía.

—Mucho tarda.

—Y la tardanza os disgusta por el peligro en que estais; pero á mí no me disgusta menos, porque se pierden los días y con los días la ocasión.

Así continuaron hablando del mismo asunto y quedaron desvanecidas las sospechas de don Juan de Guevara, que se despidió de don Pedro yn fé á palacio mientras decía para sí:

—No puedo quejarme de la fortuna: más ó menos tarde vendrá el documento, el señor de Carvajal sufrirá el castigo que merece, y yo alcanzaré la prometida recompensa. ¡Qué dichoso seré con doña Luz!

Aquella tarde, cuando el sol se ocultaba, encontrábase el rey en la cumbre conocida con el nombre de *Silla de Felipe II*, porque allí acostumbra á sentarse para ver cómo se trabajaba en la obra del monasterio. Desde aquel punto se domina una gran extensión de terreno y puede contemplarse un panorama pintoresco y bellísimo. Todavía el viajero puede examinar el asiento labrado en la piedra de la montaña, donde descansaba el gran tirano.

A poca distancia, y en actitud respetuosa, encontrábanse muchos individuos de su servidumbre y algunos nobles cortesanos.

Entre éstos vetase á don Pedro de Carvajal, invitado que había sido por el rey á pasear aquella tarde, cuya distinción alcanzaban muy pocos.

Junto á don Pedro estaba Ruy Gómez de Silva, y de vez en cuando cruzaban algunas frases los dos caballeros.

Del monarca nada decimos, porque su rostro expresaba lo mismo que siempre, ó para hablar con más exactitud, debiera decirse que no expresaba nada.

Con fría indiferencia miraba á todos lados, ya contemplando la cadena de montañas que se levanta en Occidente, ya la maravilla que había brotado por su sola voluntad donde antes no se

veía más que incultos terrenos ó impenetrable maleza.

De repente se distinguió una nube blanquecina que avanzaba hacia El Escorial por el camino de Madrid.

—¿Qué es aquello?—preguntó distraídamente el señor de Carvajal á su amigo el de Eboli.

—Viajeros, á lo que presumo—contestó Ruy Gómez de Silva.

—Más parece un ejército, pues la nube de polvo se extiende mucho.

—¡Ah!... Sí, ya caigo... No me acordaba...

—¿Qué?

—Los soldados.

—¡Soldados!...

—Jinetes y peones.

—No comprendo.

—Pues es muy sencillo—repuso con indiferencia Ruy Gómez de Silva.

—Sencillo será; pero...

—Su majestad ha dispuesto que esos soldados vengan.

—¿Y para qué los necesita?

—No puedo decirlo con seguridad.

—Para algo debe ser, puesto que el rey no hace nada por mero capricho.

—Según he podido entender, se trata de... No acierto á explicarme.

—Picais mi curiosidad.

—El rey quiere hacer no se qué acto de justicia, y sin duda tiene necesidad de esos auxiliares.

Densa palidez cubrió el rostro de don Pedro. Su conciencia no estaba tranquila.

—Todavía no lo entiendo—dijo con sorda voz.

—Pues no sé más—repuso el de Eboli mientras sonreía con una expresión de júbilo satánico.

Bien pronto se distinguió la tropa.

Los últimos rayos del sol reflejaron en las armas y en las armaduras.

—¿Qué os parece?—preguntó entonces el monarca, dirigiéndose á sus cortesanos.

Ninguno acertó á responder, porque era de muy difícil contestación la pregunta.

Don Juan de Guevara, que también se encontraba allí, hubiera querido decir algo.

—Muy bien, señor—dijo al fin un cortesano para que el rey no quedara sin respuesta.

—¿Sabéis lo que significa la presencia de esos soldados?—preguntó el monarca.

—No lo adivino contestó don Juan.

—Pues significa que ante todo soy justiciero.

Otra vez palideció el señor de Carvajal, y cruzó una mirada de inteligencia con el señor de Guevara.

—A los que son leales y honrados—añadió Felipe II—el premio que merecen, lo cual es un acto de justicia, y también el castigo que merecen á los que olvidan sus deberes, á los que desconocen mi autoridad. Penosa é insoportable sería la misión de los reyes si no pudieran hacer justicia, encontrando así una satisfacción que compensa todas las amarguras.

—Justiciero llamarán á Felipe II—dijo el señor de Guevara.

—¿Y á que no adivináis á quién quiero castigar?

—Si algún traidor hay entre los que rodean á vuestra majestad—respondió el príncipe de Éboli—, todo el castigo será poco.

—¡Traidores!—repuso el monarca en tanto que desplegaba una leve sonrisa.—Nunca faltan: los hubo entre los discípulos de nuestro divino Redentor, y más fácilmente puede haberlos entre los que adulan á los reyes.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer el señor de Carvajal para que no se conociese su turbación.

Como todas los adagios, también verdadero es aquel que dice: “cuando temes, algo debes”.

Nada hubiera temido don Pedro si tranquila estuviese su conciencia; pero en cada palabra del rey encontraba el caballero una alusión.

¿Por qué Felipe II hablaba de traidores?

Esto se preguntó don Pedro, sin pensar que no era el rey, sino Ruy Gómez de Silva quien la traición había nombrado.

¿Y sobre quién iba á caer el peso enorme de la justicia?

¿Y por qué la justicia había de hacerse con tanto aparato?

Debía suponerse que se trataba de algún personaje, pues cuanto más elevada fuese la cabeza que debía caer, mayor solemnidad debía darse al acto.

Los soldados avanzaban, y con horror los contemplaba don Pedro.

Y entre tanto el monarca sonreía y fijaba su mirada penetrante en el traidor caballero.

Lo que sufrió éste no puede concebirse.

Traidor era, y traición le hacía su semblante, porque revelaba lo que tanto le importaba callar.

Avanzó la tropa, y por fin llegó frente al monasterio, donde se detuvo.

—Vamos—dijo el rey.

Empezaron á descender, llegaron donde estaban las cabalgaduras y se pusieron en marcha mientras desaparecieron los últimos rayos del sol y se extendía la vaporosa faja del resplandor crepuscular.

Y nada más, lector, porque cuando cerró la noche, reinaron la calma y el silencio, sin que hasta entonces los soldados hubiesen servido más que para distraer la atención de los habitantes de aquel lugar.

En voz baja se comenearon las palabras del rey; pero nadie adivinó lo que significaban: los que hubieran podido aclarar el misterio, se encerraron en la más absoluta reserva.

CAPITULO XXIII

JUSTICIA

Otra vez el sol dejóse ver esplendoroso en un horizonte purísimo, y después de almorzar reunieron los soldados en la explanada cercana al monasterio.

Felipe II estaba en el templo y oraba con el mismo fervor que siempre.

Las nueve dieron.

Ruy Gómez de Silva salió del monasterio y dijo algunas palabras al jefe de la tropa.

Inmediatamente ésta se dividió en varios grupos que tomaron en distintas direcciones.

¿Qué se intentaba?

No era posible adivinarlo; pero antes de media hora se disiparon todas las dudas.

Los soldados fueron á los distintos sitios donde se encontraban los trabajadores cumpliendo sus deberes, y empezaron á prender á los que habían formado la comisión que se presentó al monarca la noche del motín.

En pocos minutos cambió el aspecto de la población.

Resonaron gritos.

Hombres, mujeres y niños corrían en todas direcciones.

Exhalaban los unos lamentos angustiosos é imprecaciones de ira.

Produjose la confusión.

Todos abandonaron sus faenas, y algunos amenazaron, mientras otros intentaban estorbar que se prendiese á sus compañeros.

No es posible describir todas las escenas que tuvieron lugar á la vez y en diversos puntos.

Los presos pedían auxilio, y los soldados hacían uso de la fuerza contra los que amenazaban ó resistían, resultando así que los trabajadores acababan por presentarse en abierta rebelión.

Una vez dado el primer paso, era forzoso que diesen el último.

Los soldados tenían que obedecer ciegamente.

Los trabajadores se empeñaron en resistir.

Encendiéndose más y más la cólera de los unos y de los otros, y cuando de las amenazas se pasó á los hechos, fué ya imposible que retrocediesen ni trabajadores ni soldados, pues ya defendían su propia honra, ya consideraban los trabajadores la sumisión como un acto de cobardía, y la retirada era para los soldados una deshonra.

La lucha se entabló. Corrió la sangre.

No era menester más.

Los alrededores del monasterio se convirtieron en campo de batalla.

—Señor—le dijeron al rey—, los trabajadores resisten y hacen uso de la fuerza.

—¿Les han dicho en mi nombre que deben someterse?

—Más de una vez.

—Esa es la rebelión.

—Y rebelión imponente.

—Contra la fuerza no hay más que la fuerza. Decid á los soldados que cumplan su deber.

Y los soldados así lo hicieron hasta la exageración, principiando por ordenarse y acometer impetuosamente.

Tenían muchas ventajas sobre sus adversarios, pues si éstos no eran menos valerosos, aquéllos contaban con sus armas, su buena organización, su disciplina, su costumbre de pelear y la dirección de un jefe que había pasado la vida en los campos de batalla.

No era dudoso el resultado de la lucha.

Los infelices trabajadores, sin más armas que sus herramientas y en completo desorden, tuvieron que ceder el terreno, huir y buscar el refugio en la espesura de los bosques y en la aspereza de las montañas.

Hasta donde pudo los persiguió la caballería con un ensañamiento horrible.

Muchos cadáveres de aquellos desdichados quedaron en el sitio de la lucha.

Empezaban á cumplirse las justicias de Felipe II. Primero mandó pagar á los trabajadores, y después los castigaba por haber reclamado en son de motín y haber invadido violentamente la morada de su rey.

No pensó el gran tirano que si aquellos infelices no se amotinaron, no hubiesen cobrado; no pensó que se morían de hambre, y de hambre veían morir á tus hijos; no pensó que si hicieron uso de la fuerza para entrar en palacio, fué porque con la fuerza los rechazaron sin escuchar sus ruegos, sin respetar su dolor, sin acceder á la razonable súplica de avisar al monarca. Tampoco éste se ocupó de averiguar quién tenía la culpa de que no se pagase á los trabajadores cuando había dinero sobrado para hacerlo, ni si alguien, con ocultos fines, los había instigado. Nada de esto pensó, nada vió más que la reclamación, que era justa y la satisfizo inmediatamente, y la rebelión, que era un delito, y quiso castigarlo con la prontitud que era posible.

Así ganaba el sobrenombre de justiciero á que aspiró toda su vida, sin conseguir que se lo diese la historia.

Los que lograron escapar debían considerarse dichosos, pues los que quedaron presos debían sobrevivir pocas horas á los que sucumbieron durante la lucha.

En los subterráneos del monasterio fueron encerrados los que no habían muerto ni huido.

Por todas partes resonaban lamentos exhalados por las mujeres y los hijos de aquellos desdichados.

Viéronse escenas desgarradoras, pues recorriendo la ensangrentada campiña, alguna de aquellas pobres mujeres encontró el cadáver de su honrado esposo.

Los horrores no habían concluido, habían principiado y nada más.

Diéronse las órdenes para perseguir sin descansar á los fugitivos y matar al que hiciese resistencia.

Los soldados volvieron á dividirse en grupos para recorrer el interior de los bosques, las montañas y las aldeas vecinas. Así quedó perfectamente organizada una batida, cuyos resultados debían ser horriblos.

Muchas mujeres huyeron también con sus hijos.

¿Qué harían aquellos desgraciados? ¿Cómo podían vivir errantes y á todas horas perseguidos?

Y entre tanto Felipe II rezaba y suponemos que pedía al Omnipotente acierto para gobernar y sobre todo para merecer el renombre de justiciero.

Resonaban los cánticos de la comunidad y el humo del incienso se elevaba en azuladas espi-

rales y formaba ligeras nubes que iban a desvanecerse en la admirable cúpula levantada por el genio de Juan de Herrera y el trabajo de los que en aquellos momentos agonizaban ó huían, buscando refugio en las escondidas gargantas de la cordillera.

Lo mismo que siempre, grave, sombrío, impenetrable, permaneció el gran monarca durante la ceremonia religiosa.

Aunque hubiera escuchado los lamentos de las víctimas, no se hubiera visto que se alteraba su rostro.

En aquel mismo sitio le habían dado en otra ocasión la noticia de la pérdida de la armada Invencible, que era lo mismo que decirle que en pocas horas una borrasca había destrozado casi todos los buques españoles, desapareciendo nuestro poder marítimo, que no podía recobrarse sino con inmensos tesoros y mucho tiempo. Tampoco entonces se inmutó Felipe II, sino que respondió fríamente:

— Yo no envié mi escuadra á pelear con los elementos.

Y continuó rezando, sin ocuparse más de este asunto, que había producido una gran conmoción en Europa y que infundió pavor á los españoles.

En cambio don Pedro de Carvajal, al ver en qué consistía la justicia, tranquilizóse y exclamó:

— ¡Ah!... Ya puedo respirar libremente.

Y volvió á creer que sus pasados temores habían sido, no solamente vanos, sino pueriles, y se burló de su propio miedo, resultando que recobrarse los alientos y la audacia para el asunto de la conspiración y para continuar persiguiendo á la pobre María.

Pocas horas después estaba desierta la naciente población del Escorial de arriba, porque todos sus habitantes, hasta las mujeres y los niños, habían ruido para buscar refugio en los bosques y las montañas.

La desenfundada soldadesca invadía las pobres moradas de los trabajadores, apoderándose de lo que algún valor tenía y destruyendo lo demás.

Como nosotros somos también amantes de la justicia, diremos que algunos soldados viejos mostraron muy claramente su indignación porque se les obligaba á acuchillar á gente indefensa, á mujeres y niños, lo cual no hubieran querido hacer ni los últimos reclutas; pero desgraciadamente fueron pocos los que tuvieron valor

para protestar, y los otros se ensañaron hasta lo inconcebible.

Cuando aquella lucha horrorosa terminó, entre los andamios y montones de piedras veíanse cadáveres horriblemente mutilados, y heridos, á los que no se prestaba ningún socorro, y que debían morir allí con la más dolorosa de las agonías.

Y sin embargo, aún no se había hecho más que principiar, pues los que habían tenido la desgracia de caer con vida en poder de los soldados, debían sufrir el castigo más terrible, y los que huyeron serían perseguidos como fieras.

No había previsto Felipe II las consecuencias de aquel suceso, que aún debía darle mucho que pensar y mucho que hacer.

No hemos querido pintar con todos sus detalles aquellos hechos, porque la pintura hubiera resultado demasiado repugnante; pero oportunamente daremos á conocer los más tristes é interesantes episodios que tuvieron lugar, y las raras coincidencias que habían producido nuevos sucesos de muchísima importancia.

Por ahora dejaremos á los fugitivos y á los infelices que encadenados gemían en los subterráneos del monasterio, pues hemos de trasladarnos á la morada del señor de Carvajal.

CAPITULO XXIV

UN HOMBRE QUE PARECE POCO Y ES MUCHO

Según hemos dicho, don Pedro de Carvajal se había tranquilizado, pues se convenció de que el acto de justicia tan temible nada tenía que ver contra él, pues las únicas víctimas eran los infelices que habían reclamado lo que se les debía, y que habían gritado, porque sus humildes súplicas no fueron atendidas, y estaban atormentados por el hambre, y de hambre morían.

Cuando á uno no se le oye, levanta la voz, y esto es natural, y esto no más hicieron los infelices trabajadores. Felipe II consideró justa la petición, pero criminal el alboroto, y sin meterse en averiguar las causas, mandó pagar, para hacer justicia, y ahorcar, para que probado quedase que era justiciero.

A pesar de todo esto, no consiguió el renombre que tanto anhelaba.

En aquellos sucesos hay una circunstancia que nos hace fijar la atención, y es la siguiente: Juan de Herrera, que no tenía menos corazón que talento, hizo cuanto le fué posible en favor

de aquellos desdichados; tanto hizo, y con abnegación tan noble, que dió lugar á que de él mururasen los cortesanos envidiosos y aduladores, y faltó muy poco para que se viese complicado en la sumaria como instigador ó cosa por el estilo. Ante nada se detuvo Juan de Herrera para favorecer el triunfo de la verdadera justicia y dar satisfacción á sus sentimientos humanitarios.

¿Y qué hicieron los frailes que entonces componían la comunidad?

Oraban por el rey y por el alma de los infelices que morían ahorcados ó acuchillados en los bosques y las montañas; pero no hubo uno que, con la autoridad de su sagrado carácter, levantara la voz siquiera para pedir clemencia en nombre de la Misericordia divina, ya que no se atreviesen á condenar enérgicamente aquellos actos de injusticia y de crueldad.

A las doce del día se retiró á su morada don Pedro, y comió con el mejor apetito, comenzando á trazar nuevos planes para satisfacer su impura pasión.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por su escudero, que se presentó para decirle:

—Señor, acaba de llegar un hombre, que parece hidalgo, y desea ver á vuestra señoría. Dice que acaba de hacer un largo viaje, y que es de mucha importancia el asunto que ha de tratar.

Supuso don Pedro que se trataba del mensajero que debía enviar el conde, y exclamó alegremente:

—¡Ahl... Hoy es día feliz... Que entre el buen hidalgo.

No se equivocaba.

Pocos momentos después se presentó el mensajero.

—Que Dios os guarde, señor de Carvajal —dijo.

—Y á vos os acompañe.

—¿Adivinais quién me envía?

—Sí, á menos que no me engañe el deseo.

—No, porque vengo de parte del señor conde...

—Sentaos.

—Decidme ante todo si puedo hablar con des-cuido.

—Nadie ha de interrumpirnos ni escucharnos.

—Empezábais á temer una desgracia, ¿no es verdad?

—Confieso que sí, porque vuestra tardanza...

—He tenido que desempeñar otra comisión muy delicada, y como el señor conde no contaba con otra persona en quien fiar...

—Comprendo.

—Aquí me tenéis, aunque algo tarde, sano y salvo.

—¿Y mi amigo el conde?

—Con perfecta salud lo dejé.

—Me felicito.

—Para que podamos entendernos, os advertiré que he prestado al señor conde muchos servicios y me ha pagado con largueza; nos unen otros lazos, los de la amistad, y los de compañeros como defensores de la misma causa.

—Me alegro mucho.

—Así comprenderéis...

—Perdonad —interrumpió don Pedro.

—¿Qué queréis?

—Si estais de acuerdo con nosotros, si trabajais para el mismo fin, habreis firmado la declaración.

—No, caballero.

—Pues me parece...

—Habeis partido de un error —dijo el hidalgo, que parecía discurrir con mucha claridad.

—No acierto en qué consiste mi equivocación.

—Acabais de decir que estoy de acuerdo con vosotros.

—Después que habeis declarado que defendeis la misma causa.

—Pero no es con vosotros con quien estoy de acuerdo, sino con el conde no más.

—De todas maneras, resulta...

—Que no tengo con vos ningún compromiso, ninguna obligación, y que si os vuelvo la espalda no tendreis derecho á quejaros.

—Señor hidalgo —replicó don Pedro con marcado disgusto—, no os he pedido ayuda para esta empresa.

—Ni yo he venido para ofreceros nada.

—Entonces...

—Os desagrada lo que acabo de deciros porque no he acabado de explicarme.

—Tal vez.

—Mi nombre figuraría en la declaración si no hubiéseis cometido la torpeza de ponerlos en relaciones para este grave asunto con don Juan de Guevara.

—¿Desconfiais de él?

—Tengo la seguridad de que ha de cometer una traición.

—¿Y en qué se fundan vuestros temores?

—En sus antecedentes.

—¿Nada más?

—¿Os parece poco?

—¡Bah!—murmuró don Pedro con tono de desdén.

—Don Juan de Guevara es un miserable.

—Será más ó menos honrado, más ó menos escrupuloso para cumplir sus deberes; pero entre eso y cometer una traición, hay mucha diferencia.

—El tiempo dirá quién se equivoca.

—Además, como firmará la declaración, quedará tan comprometido como nosotros.

—Don Pedro, na penseis que el espía no se compromete por representar el papel de criminal, pues esto y otras cosas tiene que hacer para averiguar, para sorprender secretos.

—Ciertamente; pero tan refinada maldad...

—Y más que eso es capaz de hacer don Juan de Guevara.

—Exagerais.

—Eso mismo dice el conde.

—Veremos.

—Sentiré la deegracia; pero mi conciencia quedará tranquila, porque os he advertido. Si la conspiración se descubre, el conde se pondrá á salvo fácilmente, porque recibirá un aviso mto con muchísima anticipación; pero vos...

—Son muy desagradables vuestros anuncios.

—No es mña la culpa, y deseo que mis temores no se realicen.

—Ya no puedo retroceder.

El hidalgo no hizo más observaciones.

Desabrochó su colete, descosió una parte del forro y sacó un papel, entregándolo al señor de Carvajal.

—Bien—dijo éste después de examinar el documento y ver la firma del conde.

—¿Estáis satisfecho?

—Completamente.

—Pues he concluído—dijo el hidalgo poniéndose en pie.

—¿Nada más teneis que decirme?

—Preguntad.

—¿Dónde debe estar ahora mi amigo el conde?

—En París.

—¿Permanecerá allí muchos días?

—Hasta que reciba la noticia que he de enviarle.

—¿Y vos?...

—Al amanecer iré á Madrid y, aprovechando la circunstancia de encontrarse aquí el rey, haré lo posible para ver al príncipe. Además tengo que ocuparme de otro asunto de mucho interés para mí.

—¿Y luego?

—Seguiré trabajando y esperaré los sucesos.

—Parece que contais con medios de comunicaros con el conde.

—Sí, con seguridad completa y con rapidez, con mucha rapidez, puesto que en dos ó tres días puedo hacer llegar mis cartas á manos del conde.

—¡En dos ó tres días!—exclamó con asombro don Pedro.

—Sí.

—Eso es imposible.

—Para mí es fácil.

—¿Acaso disponéis de algún poder sobrenatural?

—De los mismos que todo el mundo—dijo el hidalgo con sencillez.

—No lo entiendo.

—Es un secreto que yo os revelaría con mucho gusto si no fuéseis amigo de don Juan de Guevara.

—¡Oh!... Cualquiera creería que odiáis á don Juan.

—No se equivocaría quien lo creyese.

—Por eso lo juzgáis...

—Sin pasión, caballero; porque cuando se trata de juzgar á una persona, sé olvidar lo mismo el odio que el cariño.

El hidalgo hablaba siempre en el mismo tono, con la misma calma.

No era un hombre vulgar.

Privilegiada inteligencia revelaba su rostro aguileño y de varonil hermosura.

Sus ojos eran grandes, negros, de mirada ardiente y viva.

—Puesto que en Madrid habéis de quedaros—dijo el señor de Carvajal después de algunos momentos—, sería conveniente que nos viésemos alguna vez.

—Iré á visitaros con mucho gusto.

—Si no fuese indiscreción preguntaros vuestro nombre...

—Ningún motivo tengo para ocultarlo. Me llamo Antonio de Quirós.

—Ilustre apellido.

El mensajero se encogió de hombros y repuso:

—En la ciudad de Toro tengo mi casa solariega, y algunas temporadas he pasado en la corte. Heredé de mi padre un mediano caudal, lo suficiente para vivir con decoro, es decir, una renta de cinco mil ducados.

Esta cantidad en aquella época representaba una fortuna de bastante importancia.

—¡Vive Dios!—exclamó don Pedro.

—¿Por qué os sorprendéis?

—No sois un simple hidalgo.

—Es igual.

—Y sois rico.

—Muy rico, porque no tengo ambición.

—Y sin embargo, os habéis metido en este negocio...

—Porque así me lo manda mi conciencia, como mi padre, por amor á la justicia, se metió en las comunidades, y milagrosamente escapó con vida en Villalar y pudo poner á salvo una parte de sus bienes.

—Sentaos, caballero, que...

—Tengo prisa.

Don Pedro se puso en pie.

Ya no podía tratar á Quirós como á un hidalgo cualquiera, ni mucho menos como á un criado del conde, sino como á una persona respetable en todos sentidos, y que por añadidura valía mucho.

Y ahí tienes, lector, que cuando menos podía esperarse, se nos presenta en escena un personaje de muchísima importancia.

—Como antes—dijo el señor de Carvajal—, hablásteis de las recompensas que el conde os daba por vuestros servicios...

—Ciertamente; pero no dije que me daba dinero.

—Empiezo á comprender.

—Puede recompensarse de muchas maneras.

—Señor de Quirós, me perdonaréis porque no os he tratado como merecáis.

—Ninguna ofensa me habéis hecho. El conde de Noríngens me envía, y por consiguiente ahora nada valgo, nada soy.

—Mucho, muchísimo.

—Señor de Carvajal...

—Nos veremos en Madrid, y me felicitaré de que hayáis cambiado de opinión en cuanto á don Juan de Guevara.

—Es difícil.

—Por de pronto, firmará esta declaración, y luego...

—Quiera Dios que no os pese.

Muy poco más hablaron.

Salió el hidalgo.

—¡Oh!—murmuró don Pedro.—Este hombre ha conseguido hacerme dudar, desconfiar...

¡Vive Dios!... Y ya estoy demasiado comprometido con Guevara. ¿Qué debo hacer?

Muy pensativo quedó.

—Ahora no acierto á discurrir—dijo después de algunos minutos.—Por de pronto, la declaración está en mis manos y estoy tranquilo. Reflexionaré otro día, porque hoy quiero ocuparme solamente de mi pasión. La fortuna me había vuelto la espalda; pero ya me sonríe, y debo aprovechar esta ocasión. Principiemos.

Llamó.

Presentóse Andrés.

—Estoy contento—le dijo el señor de Carvajal—, y lo más importante es que he recobrado la calma.

—No tengo que decir que me alegro, señor.

—Temí que el rey sospechara que yo era el autor de las desgracias de María; pero ya me he convencido de que me equivoqué.

—¿Y qué habéis determinado?

—Nunca he renunciado á mi propósito; pero bien sabes que estos días...

—Nada era posible hacer.

—Hemos tenido que esperar, porque así lo exigían las circunstancias.

—Ciertamente.

—La situación ha cambiado.

—Pues dispuesto me tenéis á todo.

—Ya lo sé.

—Espero vuestras órdenes para cumplirlas con la mejor voluntad, y hasta con entusiasmo, porque mi amor propio se interesó la otra noche, y necesito tomar la revancha.

—La tomaremos, no lo dudes.

—¿Qué hemos de hacer?

—Creo que necesitamos la ayuda de algunos bribones como los que nos han servido.

—Ahora no tenemos necesidad de ir á Madrid á buscarlos.

—¿Están aquí?

—No, pero hay otros que no valen menos. Ya sabéis que tras la corte van muchos criminales de todas especies, porque los negocios los encuentran donde hay bullicio y gente rica.

—Es verdad.

—Algunos de esos bribones he visto por ahí, y habrán aprovechado la confusión de esta mañana. A uno lo conozco de antiguo, y sé que tiene las mejores cualidades para nuestro asunto.

—Ya lo ves, somos afortunados.

—¿Cuántos necesitaremos?

- Cuatro.
 —Contad con ellos.
 —Págales con largueza para que nos sirvan de buena gana.
 —Descuidad.
 —Y que á todas horas estén á tu disposición para cuando llegue el momento oportuno.
 —¿Ya tenéis trazado un plan?
 —A medias.
 —Pues mucho disimulo, mi noble señor, y sobre todo guardáos del doctor Olivares.
 —¡Oh!... Ha salvado á mi rival.
 —Sí; dicen que, aunque grave, está mejor.
 —Y vivirá—murmuró sordamente don Pedro.
 —Peor para él, porque sufrirá mucho y acabará por morir.
 —Sí, sí.
 —Tened calma, señor, que más ó menos tarde triunfaremos.
 —Y tú serás rico.
 —¿Nada más tenéis que mandarme?
 —Nada, Andrés.
 —Pues voy en busca de esa gente.

El criado salió.

Otra vez don Pedro se entregó á reflexiones muy detenidas sobre su situación.

Lo único que entonces le atormentaba era que se salvase Felipe; pero se consolaba con la seguridad de que más ó menos tarde se le presentaría ocasión para asesinarlo.

De todas maneras, si conseguía apoderarse de María, poco debía importarle que viviese el infeliz hidalgo.

Dos horas después salió don Pedro para ir á la morada real.

CAPITULO XXV

DOÑA LUZ DE GUZMÁN

Preciso es que nos traslademos á Madrid para ocuparnos de don Juan de Guevara, á quien hemos presentado, aunque sin darlo á conocer completamente, y para hacerlo así, principiaremos preguntando si algo más que la ambición ó el deseo de hacer fortuna había en el alma del caballero.

Sí; una pasión intensa ardía en el pecho de don Juan, pasión encendida por la belleza de doña Luz de Guzmán, hija única de un muy principal caballero, rico, honrado, estimado por todo el mundo, aunque de ideas algo extravagantes,

y severo hasta el último punto de la severidad.

A más de hermosa, era muy virtuosa doña Luz; tenía talento, y sus sentimientos eran muy elevados.

Lo que de rareza se calificaba en el carácter del anciano padre de doña Luz, consistía en el empeño de que su hija se casase con un caballero que tuviese cierta posición en la corte, un empleo de importancia en palacio, aunque sus bienes de fortuna fuesen pocos.

En realidad, esto era una extravagancia; pero debía perdonársele en gracia de sus buenas cualidades y de la ternura inmensa con que amaba á su hija.

Esta correspondía al amor de su padre, y evitaba muy cuidadosamente contrariarle.

No era feliz el anciano desde que perdió á su esposa, y su hija procuró ante todo compensar aquella desgracia con cuidados y ternuras.

Tranquilamente pasaban la existencia, cuando un incidente turbó el reposo de la joven, amenazando turbar también el del padre.

No sabemos cómo sucedió; pero es lo cierto que doña Luz conoció á Quirós, y sintió por éste lo que no había sentido nunca, así como él también se enamoró ciegamente de la joven.

De noble cuna era el señor Antonio, según ya hemos visto, y rico también, aunque no tanto como debía serlo doña Luz; pero le faltaba lo principal para que fuese aceptado por el severo padre, pues ni tenía en palacio ningún empleo, ni tampoco lo quería, ni por nada del mundo lo hubiera solicitado.

Segura de que á su padre le había de parecer mal aquel amor, guardó el secreto la hija de don Luis de Guzmán, que tal era el nombre del padre, y esperó que el tiempo y las circunstancias la favoreciesen para poder realizar su deseo.

Secretamente, y con el auxilio de una dueña, veíanse los dos enamorados, aunque no con tanta frecuencia como hubieran querido.

Cuatro meses después, ó sea dos antes del en que principia esta historia, don Juan de Guevara se presentó un día al padre de doña Luz, y le dijo:

—Caballero, vengo á buscar la vida ó la muerte, la dicha ó la mayor de las desgracias, y os suplico que me escuchéis con la benevolencia que necesita el que se encuentra en mi situación.

—¿Puedo servirlos en algo?—le preguntó don Luis.

—Ya os he dicho que mi felicidad, hasta mi vida, depende de vos.

—Pues explicáos, y tened la seguridad de que en vuestro favor haré cuanto me sea posible.

—Don Luis, amo á vuestra hija.

—¡Don Juan!...

—Y mi amor es tan intenso, que no puede extinguirse sino con la existencia. No heredé un gran caudal; pero mi nombre es ilustre, y para mejorar mi fortuna y representar un papel digno en el mundo, he decidido aprovechar circunstancias favorables y pedir al rey un puesto en su servidumbre, de modo que la escasez de mis bienes quede así compensada con un posición brillante. Honrado soy, bien lo sabéis, y en cuanto á las demás cualidades que Dios me ha concedido...

—Perdonad—interrumpió el anciano.

—Decid lo que bien os parezca, que respetuosamente os escucharé.

—Deseo saber ante todo si tenéis motivos para abrigar esperanza de que el rey os conceda lo que vais á pedirle.

—Sí, y para que no os quede duda, os daré á conocer...

—No soy curioso, don Juan.

—Sin embargo...

—Es bastante para mí la palabra de un caballero.

—Entonces...

—Soy sobradamente rico y no me importa que vos seáis pobre.

—¡Ah!...

—Si el rey os concede un empleo en la servidumbre de su augusta persona, tendréis para mí cuantas recomendaciones necesitáis.

—Si esto basta, caballero, concededme la mano de vuestra hija condicionalmente, y fijad vos mismo un plazo. Si el empleo me dan, seré esposo de doña Luz, y si así no sucede, en libertad quedaréis para conceder á otro su mano.

A don Luis le sucedía lo que á casi todos los padres de aquel tiempo, que creían de buena fe que tenían derecho á disponer del corazón de sus hijas, sin sospechar que podían hacerlas desgraciadas. Y no solamente creían esto, sino que les parecía que su autoridad rebajaban si consultaban con la hija sobre tan grave determinación.

Como quien resuelve el más sencillo asunto, y sin tener en cuenta otras razones que su extravagante capricho, don Luis respondió:

—Esposo de mi hija seréis si el empleo conseguís, y libre quedaré de mi compromiso si esto no se ha realizado en el plazo de seis meses.

—¡Soy feliz!—exclamó don Juan.

—Y de este asunto con nadie habléis, pues si no conseguís lo que deseáis...

—Comprendo.

—No quiero que el mundo se ocupe de mi hija en cuestiones de amor.

—Descuidad.

—Pues hemos concluido.

—Vendré á visitaros con más frecuencia que antes, y así tendré la dicha de ver á doña Luz.

—Pero guardáos de hablarle de vuestro amor mientras yo no os autorice para ello.

El gravísimo asunto quedó así terminado.

Con tanta ligereza como acabamos de ver, decidió don Luis de la suerte de su hija.

Así quedó la situación.

Tuvieron lugar los sucesos que hemos referido, y cuando Felipe II volvió á Madrid, dejando á don Pedro de Carvajal con su enfermedad fingida en el Escorial, á Madrid vino el señor de Guevara, yendo inmediatamente á visitar á don Luis, y diciéndole:

—Pronto, muy pronto, seré el más feliz de los hombres, porque tengo motivos para considerar asegurado el empleo y alguna otra recompensa de mayor importancia.

—¿Habéis hablado con el rey en el Escorial?

—Sí.

—¿Y os ha prometido?...

—Terminantemente.

—Una promesa terminante de su majestad...

—Hecha con estas palabras: "tendréis la recompensa merecida".

—¡Recompensa!—replicó don Luis sorprendido.

—Eso es.

—Me parece, don Juan, que lo que pedís no es justicia, sino una gracia.

—Antes, sí.

—¿Y ahora?...

—La situación ha cambiado.

—No os comprendo.

—He cavilado mucho, y he conseguido encontrar el medio de prestar un gran servicio al rey y de darle una prueba de lealtad.

—¿Qué servicio?...

—Perdonadme—interrumpió el señor de Guevara desplegando una sonrisa—; pero tengo

guardar el secreto hasta que el asunto haya terminado.

—Respeto vuestra reserva.

—No llevéis á mal...

—No, caballero.

—Gracias, don Luis.

—Os felicito.

—Apenas indiqué á su majestad el asunto, me escuchó con una atención que á nadie concede, y me respondió con las palabras más lisonjeras. Grave es la cuestión, gravísima, y como cuento con medios seguros de terminarla felizmente, se me concederá mucha importancia, y gozaré de una influencia que es muy difícil tener con nuestro severo rey.

—Si no os equivocáis...

—No.

—Me alegro

—Ya habréis comprendido que se trata de un negocio de Estado.

—¡Un negocio de Estado!...

—Ni más ni menos.

—Esa clase de asuntos son casi siempre peligrosos.

—Ciertamente; pero el valor me sobra cuando se trata de satisfacer los deseos de mi corazón.

—Es muy halagüeño cuanto decís.

—Creo que muy pronto tendré que volver al Escorial.

—¿Piensa el rey emprender otro viaje?

—Lo ignoro; pero yo tendré que partir para terminar el asunto que me ocupa.

—Don Juan—dijo gravemente el padre de doña Luz—: Dios os proteja y os conceda su gracia para que jamás os separéis del camino de la virtud.

—Así lo espero.

El señor de Guzmán quedó muy pensativo.

—¡Oh!—murmuró después de algunos momentos.—No sé por qué hoy me ha desagradado mucho don Juan... Observaré... ¿Y qué tiene que hacer en el Escorial donde no hay más que los frailes, los trabajadores y los aldeanos?

Caviló don Luis, y luego exclamó:

—¡Ah!... Recuerdo ahora que en el Escorial se quedó don Pedro de Carvajal, que está enfermo... Me desagradó el giro que toma la situación... Observaré, observaré, porque se trata de la felicidad de mi hija; pero entre tanto no estoy tranquilo.

Las observaciones del anciano debían ser in-

útiles, puesto que la verdad no podría averiguarla.

Y si don Juan realizaba sus proyectos, como era lo más probable, ¿qué sería de doña Luz?

Resistiría, porque amaba á Quirós, lucharía, pero al fin tendría que someterse, porque antes que su dicha, era para ella la de su padre.

¿Era por esto por lo que el señor Antonio de Quirós odiaba á don Juan?

No; puesto que ignoraba el convenio de matrimonio, y, por consiguiente, no podía mirarlo como se mira á un rival.

Y ahora que ya hemos dado á conocer nuevos personajes que en esta historia tienen reservado un papel de mucha importancia, volveremos al Escorial para conocer los interesantes sucesos que tuvieron lugar allí.

CAPITULO XXVI

DON JUAN DA EL AVISO

Sabemos ya que don Pedro había adoptado una nueva resolución, y no tenemos que decir que por nada del mundo estaba dispuesto á retroceder.

Después de hablar con su criado y confidente, salió de su casa.

Pensando siempre en su desgraciada víctima, dejó atrás el monasterio, en cuyos andamios no se veía un solo trabajador, sin que en los alrededores hubiese más que soldados, que después de la lucha y del pillaje se embriagaban y descansaban.

Tomó don Pedro por el camino del Escorial de Abajo, y cuando iba á entrar en el tortuoso y estrecho sendero que ya hemos recorrido más de una vez, tuvo que detenerse porque le salió al encuentro don Juan de Guevara.

—¿A dónde vais por aquí, mi buen amigo?—dijo el pretendiente de doña Luz, en tanto que estrechaba la diestra del señor de Carvajal.

—A pasearme, y con tanto acierto, que vos sois la primera persona á quien encuentro, lo cual es para m. no pequeña fortuna.

—Gracias, don Pedro.

—Tengo que daros una noticia.

—Vuestro semblante ha cambiado.

—Ya nada temo.

—¿Acaso habéis recibido?...

—No sin razón fiabais con vuestra cabeza al conde.

—Viéndolo estáis.

—Mirad, mirad.

Y don Pedro sacó el papel, enseñándolo a don Juan.

Los ojos de éste brillaron con el tuego de la más viva alegría.

No necesitaba más para hacer su fortuna.

Considerábase el más dichoso de los hombres.

—Está bien—dijo—, y ahora...

—Puesto que no habéis cambiado de opinión...

—Jamás.

—Firmaréis también.

—¿Me entregaréis ahora este documento?

—Si lo quevéis...

—Mejor será que nos veamos después.

—Os esperaré en mi casa.

—¿A qué hora?

—A la de cenar, si bien os parece.

—Pues yo aprovecharé el tiempo para hablar del asunto a mi amigo el marqués, que es el que ha de entenderse con el príncipe.

—Ya sabéis que sin su firma...

—La tendréis.

—Adiós, don Juan.

—Que el cielo os proteja, don Pedro.

El señor de Carvajal volvió a la izquierda y tomó por el sendero que conducía a la morada de las dos mujeres.

—¿Adónde va por ahí?—se preguntó el señor de Guevara.

Y saliendo del camino, ocultóse entre los matorrales y observó, viendo que su amigo se detenía a la puerta de la casita blanca.

—Debo aprovechar esta ocasión—dijo don Juan.

Y salió de su escondite, dirigiéndose al monasterio.

Ruin y depravado era el señor de Carvajal; pero era mil veces mucho más ruin don Juan de Guevara.

A éste le faltaba valor para meterse en cierta clase de intrigas, y aquél no hubiera podido representar el papel de delator.

Llegó don Juan a palacio y dijo a uno de los gentiles hombres, que se encontraban en la antecámara real.

—Ahora mismo he de ver al rey, ahora mismo.

—Pero...

—Decídselo así, que el asunto es urgente y de muchísima importancia.

Como todos habían visto que los días anteriores había tenido don Juan largas conferencias

con el monarca, no tuvieron inconveniente en pasar el recado, y volvieron poco después para decir:

—Entrad.

Así lo hizo el señor de Guevara.

Felipe II le preguntó fíamente:

—¿Ya ha llegado el momento?

—Señor, nada falta más que una orden de vuestra majestad.

—Explicaos.

—En un bolsillo lleva don Pedro de Carvajal el documento que esperábamos.

—¿Cuándo lo habéis visto?

—Hace muy poco, en el camino del Escorial de abajo.

—¿Y habéis observado hacia dónde se dirigía?

—Salió del camino y siguió por una veredilla a la izquierda, deteniéndose junto a una casita blanca, única que hay por allí.

—¿Y luego?

—Nada más he visto, porque no he querido detenerme.

—¿Tenéis la seguridad de no equivocaros?

—Don Pedro de Carvajal me ha enseñado el papel que acaba de recibir, firmado por el conde.

—Decís que lo lleva en un bolsillo.

—Sí, señor, en un bolsillo interior del pecho de su colete: de allí lo sacó y allí lo guardó otra vez.

—Si os equivocáis...

—No, señor.

—Tenéis la cabeza para responder—dijo el monarca con glacial indiferencia.

Estremeciéndose don Juan y palideció.

Felipe II llamó y mandó que fuesen en busca de Ruy Gómez de Silva.

Muy pronto se presentó éste.

—Mi querido Ruy—le dijo el rey—, ahora mismo irás al camino del Escorial de abajo, y te situarás frente a un estrecho sendero que corre hacia la izquierda y conduce a una casita blanca.

—Creo que es la misma donde habitan esas dos mujeres que todos los días vienen a ver al herido que Olivares tiene en su aposento.

—No te equivocas.

—Si vuestra majestad se digna decirme lo demás qué he de hacer...

—Te ocultarás por allí, y esperarás a que don Pedro de Carvajal salga al camino, haciéndote el contradizo con él.

—Comprendo.

—Te mostrarás muy alegre, porque lo has en-

contrado, y lo tratarás muy cariñosamente. Le dirás que por orden mía has ido á buscarlo á su casa, y que no encontrándolo, vagabas por si te lo deparaba la casualidad.

—Es posible que me pregunte...

—Sí; pero tú le dirás que has podido entender que lo que deseo es encargarle cierta comisión reservada para el duque de Fera, que está en Madrid, y le harás entender que lo he nombrado con mucho cariño, y que á nadie he recibido hoy.

Ya entiendo, señor.

—Volverás con don Pedro, y has de tener particular cuidado en mirarle las manos por si intenta arrojar algún papel, ó pasarlo de un bolsillo á otro, ó entregarlo á alguna persona á quien encontréis, pues ese papel es lo que tiene importancia.

—No necesito más explicaciones.

—Cuidado, mi querido príncipe, mucho cuidado...

—Descuide vuestra majestad, porque antes que permitir que ese papel desaparezca daré una puñalada á don Pedro.

—Me has entendido, buen Ruy.

—Aunque don Pedro tarde...

—Esperarás

—Dios me dé acierto.

Salió Ruy Gómez y fué á situarse entre la espesura y á pocos pasos del camino, quedando inmóvil y con la mirada fija en el sendero.

CAPITULO XXVII

UNA DESGRACIA QUE FUÉ UNA FORTUNA PARA DON PEDRO

Ruy Gómez de Silva esperaba y cavilaba, empuñándose en adivinar qué clase de importancia tenía el papel en cuestión; pero después de muchas suposiciones y deducciones, nada pudo sacar en limpio, pues solamente comprendió que en aquel asunto algo tenía que ver don Juan de Guevara, que acababa de ver al rey y había escuchado la orden de éste.

Una hora pasó.

—Mucho tarda, y yo pierdo la paciencia—decía el de Eboli—y me aburro y me ahogo, porque el calor es sofocante. Si el rey se ha equivocado ó don Pedro se ha ido mientras yo recibía la orden, estaré aquí todo el día sin conseguir nada. ¿Y para qué va don Pedro á la vivienda de esas pobres mujeres? ¿Representa el papel de

protector? Nada tendría de extraño, porque la hija es bonita y don Pedro, enamorado y audaz, y no tiene otra cosa en qué ocuparse. De todas maneras no le envidio la suerte, pues á lo que parece lleva consigo la perdición en el papel objeto de la intriga, y el rey quiere inspirarle confianza para descargar el golpe con mayor seguridad.

Muy lentamente para don Ruy siguió pasando el tiempo, y al fin divisó un bulto, que luego vió ser don Pedro de Carvajal.

Con pasos desiguales alejábale éste de la casa, y cuando cerca del camino estuvo, pudo verse su rostro pálido y descompuesto, y su mirada profundamente sombría.

Después sabremos lo que había sucedido en la casa, y ahora diremos que el príncipe de Eboli salió de su escondite, y dando algunos pasos se encontró frente á frente con su amigo, y exclamó:

—¡Dios me proteja!

—¡Ah!...

—Sí, soy muy afortunado.

—¡Don Ruy!...

—He ido á vuestra casa, no os encontré, y encomendándome á la casualidad hace dos horas que estoy vagando con la esperanza de veros.

Mucho debió sufrir en aquellos momentos el señor de Carvajal, porque su agitación era muy violenta y parecía estar completamente aturrido, tanto, que miró á don Ruy como si no entendiese lo que éste decía, y respondió:

—En mi casa, y...

—Cree encontraros, porque á estas horas y con el calor de hoy...

—Tuve necesidad de salir—repuso don Pedro, que se esforzaba para recobrar un tanto la calma.

—Yo también tenía necesidad de veros.

—¿Pues qué ocurre?

—Me mandó su majestad...

—¡El rey!...

—¿Qué os admira? Hace algunos días que su majestad os distingue sobre todos, y no es sorprendente que os llame, ni tampoco me sorprendería que os obligase á aceptar un puesto en su servidumbre.

—Lo sentiré, porque quiero ser libre—replicó el señor de Carvajal.

—Esta mañana apenas se ha levantado, me preguntó si había visto á su buen Carvajal, entendido bien, su buen Carvajal.

—Tanta honra...

—Le respondí que no érais madrugador, y después ha preguntado cien veces si habíais ido, y perdiendo al fin la paciencia me mandó ir á vuestra casa para averiguar si estábais enfermo, y en caso contrario, para que fuéseis al instante.

—No adivino lo que desea.

—Aquí para entre nosotros—dijo Ruy Gómez de Silva bajando la voz—sospecho que su majestad quiere encargarnos cierta comisión de mucha importancia para el duque de Feria, que sabéis fué hace dos días á Madrid con licencia del rey.

En tanto que así hablaba Ruy Gómez, miraba muy atentamente al señor de Carvajal, viendo que éste tenía el colete medio desabrochado y todo el traje tan descompuesto como el semblante.

—Habría desaparecido el papel—dijo el de Éboli para sí.

Y luego añadió en voz alta:

—Vamos, mi buen amigo.

—¿A palacio?

—Pues claro es.

—Pero...

—Ya sabéis que es peligroso hacer esperar al rey.

—He paseado bastante, estoy fatigado...

—Descansaréis después.

Encamináronse al monasterio.

—¿Conque decíais que sospecháis?...

—Pero cuidado, don Pedro, que no os deis por entendido...

—Es inútil la advertencia.

—Sí, me parece que tendréis que hacer un viaje á Madrid.

—Me alegraré, porque aquí me aburro.

Así hablando avanzaban camino arriba.

Ruy Gómez de Silva no quitaba ojo á las manos del señor de Carvajal; pero éste ni siquiera había pensado en el papel, ni tampoco que en su preocupación había dejado á medio abrochar el colete.

Llegaron á palacio.

En la antecámara y entre los gentileshombres vieron al señor de Guevara, que como distraído volvió á otro lado la cabeza, porque no se atrevía á mirar frente á frente á don Pedro de Carvajal. El criminal es siempre cobarde en presencia de su víctima.

Una leve sonrisa desplegó Felipe II al ver á don Pedro, y le dijo:

—Acercaos.

El señor de Carvajal obedeció.

—Más—añadió el rey—, más aún... Aquí á mi lado.

—Señor...

—¿Os paseábais?

—Me paseaba al mismo tiempo que cumplía las órdenes de vuestra majestad.

—Entiendo: habéis ido hacia la casita blanca.

—Sí, señor.

—Mucho calor debéis haber sentido, porque habéis buscado frescura desabrochando vuestro colete.

—¡Ah!... Pido á vuestra majestad perdón—dijo el caballero mientras levantaba las manos para remediar la falta.

—Estáis bien así—interrumpió Felipe II poniendo la diestra sobre el pecho del señor de Carvajal—, muy bien...

Interrumpióse un instante mientras palpaba, y luego añadió:

—Lleváis aquí papeles, ¿no es verdad?

Mortal palidez cubrió el rostro de don Pedro. Sintió como si su sangre se helase en las venas, y no acertó á responder.

—¿Por qué os turbáis?—le preguntó el monarca.

—Señor... No me turbo...

—Palidecéis.

—He cometido una falta de respeto presentándome con la ropa desarreglada...

—Pero esos papeles...

—Sí... Algún papel llevo, y...

—Quiero verlo.

Frío sudor corrió por el rostro del señor de Carvajal.

Quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

Quiso hablar y no pudo.

—Esos papeles—volvió á decir Felipe II con breve acento.

Y como tampoco entonces obedeciese don Pedro, el monarca dijo á Ruy Gómez de Silva:

—Saca estos papeles.

El de Éboli obedeció.

El señor de Carvajal hizo al fin un esfuerzo sobrehumano, y exclamó:

—¡Señor!... Son secretos que no me pertenecen, secretos de la vida privada de una persona que...

—El rey puede saberlo todo.

—Suplico á vuestra majestad...

—Basta.

Para sacar los papeles tuvo Ruy Gómez que desabrochar más el colete.

Aquellos papeles eran dos, y Felipe II los desdobló, encontrándose con una carta de un amigo de don Pedro, dando á éste una cita, y un apunte de gastos que nada tenía de particular.

El desdichado caballero, que con pavor había fijado la mirada en los papeles de que acababan de despojarlo, empezó á respirar libremente.

¿Y la prueba de su crimen?

Había desaparecido, porque sin duda al guardarla no la introdujo en el bolsillo, y se cayó por estar el colete desabrochado.

Se había perdido, y por de pronto semejante desgracia era una gran fortuna.

El peligro no desaparecía por completo; pero daba siquiera tiempo para adoptar alguna resolución.

—¿No hay más?—preguntó el rey.

—Nada más, señor—respondió el caballero, mostrando el interior del bolsillo—, y si mi palabra no es bastante, me desnudaré.

—Don Pedro, habéis cometido una falta, vacilando para obedecer. Vuestros papeles no me interesan; pero como parecíais casi dispuesto á resistir, he tenido necesidad de convenceros de que no es posible que se dejase de hacer lo que yo mando.

—Señor.

—Merecéis castigo; escuchad la sentencia: por espacio de ocho días no saldréis de vuestra casa sino para ir á visitar á la viuda de Vargas y para venir á saludarme y recibir mis órdenes; y para que este castigo os sea verdaderamente penoso, á todas horas habrá quien os vigile.

—Sufriré con resignación.

—Os prohibo montar á caballo... Salid ya.

Don Pedro de Carvajal pronunció algunas frases y salió de la cámara.

—Vete—dijo entonces Felipe II á Ruy Gómez de Silva—, y que entre don Juan de Guevara.

Presentóse éste pocos momentos después.

—Don Juan—le dijo el rey—, habéis jugado vuestra cabeza, y empiezo á temer que la habeis perdido.

—¿Señor!...

—No llevaba don Pedro el papel que prueba su crimen.

—Lo habrá entregado á cualquiera de sus cómplices...

—No ha visto á ninguno desde que os separásteis de él.

—Juro...

—Es posible que se le haya caído, porque se olvidó de abrochar el colete.

—Lo buscará en el sitio donde ha paseado...

—Dejad que él lo busque, que si lo encuentra ya os lo dirá.

—Pero entre tanto...

—No es más la culpa de lo que sucede.

Don Juan de Guevara quedó inmóvil y silencioso.

—Caballero—le dijo el monarca después de algunos minutos—; yo quedaré satisfecho con una cabeza, y para el verdugo es igual la vuestra que la de don Pedro.

—Frió y copioso sudor inundó el rostro del señor de Guevara.

Tuvo que hacer grandes esfuerzos para sostenerse.

—Idos—le dijo Felipe II.

Con inseguros pasos salió el amante de doña Luz.

Caviló, buscando medio para librarse del peligro que le amenazaba, pues pensó que el papel podía quedar perdido porque nadie lo encontrase, si es que se había caído, en cuyo caso no sería posible probar la traición de don Pedro.

Después de vagar largo rato por los alrededores del monasterio, el señor de Guevara decidió ir en busca de don Pedro.

Así lo hizo, pero éste no se encontraba en su casa.

—Andará buscando el papel—dijo don Juan—: yo haré lo mismo.

Y tomó el camino del Escorial de abajo, entrando después por el sendero que conducía á la casita blanca.

Su mirada estaba fija en el suelo.

Diez minutos después distinguió confusamente un bulto, levantó la cabeza y se encontró frente á su amigo don Pedro de Carvajal, que también, con la cabeza inclinada y fija la mirada en el suelo, buscaba el papel.

—¡Ah!—exclamaron ambos.

Y quedaron inmóviles y se contemplaron.

Entonces pudo el señor de Carvajal haber comprendido que don Juan era un traidor; pero no sucedió así, porque estaba muy turbado y no acertaba á discurrir, ni á deducir ninguna consecuencia de lo que sucedía.

—¡Estoy perdido!—exclamó al fin don Pedro.

—¿Pues qué os sucede?—preguntó el señor de Guevara?

—Se me ha perdido la declaración, la busco, no la encuentro... ¿En manos de quién habrá caído?... Y, sin embargo, tengo que darle á Dios gracias y considerarme muy afortunado, porque de otra manera hubiera caído el papel en manos del rey.

—No os comprendo—dijo don Juan, que empezaba á reponerse.

—Supongo quedó entre mi colete, sin entrar en mi bolsillo, y como distraídamente no me abroché...

—¡Oh!...

—Y así me he presentado á su majestad, dando con tal circunstancia ocasión á que me obligase á enseñar lo que llevaba en el bolsillo.

—¿Dónde habéis estado?

—Por aquí, no más que por aquí, hasta que Ruy Gómez vino á buscarme de parte del rey.

—Pues busquemos.

—Los que hayan pasado mientras yo estaba en el monasterio.

—Algún campesino que no sabrá leer y que, por consiguiente, no puede haber dado al documento la importancia que tiene.

—No me tranquiliza esa suposición.

—De todas maneras es menester buscar.

Hablando del mismo asunto, empezaron á recorrer todo aquel espacio hasta la casita, cuya puerta estaba cerrada, porque no se encontraban allí ni María ni su madre.

Ahora debemos dar á conocer, aunque ligeramente, la escena que había tenido lugar en la morada de la viuda antes de que Ruy Gómez de Silva fuese á buscar á don Pedro.

CAPITULO XXVIII

LO QUE HABÍA SUCEDIDO EN LA CASITA BLANCA

Cuando don Pedro se separó del señor de Guevara, según ya hemos dicho, fué á la vivienda de las dos mujeres, encontrando sola á María, porque su madre había tenido que ir á la población. Hubieran dicho que la joven estaba predestinada á luchar siempre con aquel miserable.

No tenía duda María de que el señor de Carvajal era el asesino del honrado Felipe, y, por consiguiente, no necesitamos decir con cuánto horror lo miraría.

Sintió la infeliz afluir á su cabeza toda su sangre, y encendiöse más y más su odio.

Tan severa, tan terrible mirada fijó en el ca-

ballero, que éste, á pesar de toda su audacia, retrocedió un paso y quedó inmóvil.

—¿Qué buscáis en esta casa?—preguntó María con acento breve.—Salid, que los criminales los asesinos, no tienen derecho á entrar donde habita la gente honrada.

—Debo permitirlos algún desahogo—replicó don Pedro con forzada calma.—Yo soy el criminal, no lo niego; pero la culpa es vuestra. ¿Por qué me habéis obligado?... Loco estaba yo, no lo ignorábais, y loco estoy, os lo juro. Con tiempo os advertí, os concedí un plazo y os dije que no habláseis á mi razón, que nada pidiéseis á mi voluntad, porque mi razón estaba ofuscada y mi voluntad era impotente para dominar los arrebatos de la desdichada pasión que tanto me hace sufrir. Yo os pedía lo que podíais conceder, y vos exigíais de mí lo imposible... Y aún no estoy curado.

—Basta.

—Si las amenazas han sido inútiles, si habeis tenido valor para soportarlo todo antes que ceder...

—Y aún tengo valor para morir.

—Me queda un recurso, y sucumbiréis; y aunque los avisos leales los hayais despreciado, vengo á daros el último.

—No os escucharé.

—Sí, porque estáis sola, porque soy más fuerte que vos—repuso el caballero, de cuyos ojos parecía que se escapaban corrientes del fuego de su pasión—; y si intentáis gritar...

—¡Atrás, miserable!

—¡Oh!—exclamó don Pedro con voz ronca.—No he venido para retroceder.

—¿Qué intentáis?

—Haceros una advertencia y nada más.

—Concluid.

—Mas ó menos tarde, y muy tarde no será, estareis en mi poder, y lo que no he conseguido con las súplicas ni con las amenazas, lo conseguiré con la violencia... Y luego... ¡Oh!... ¿Qué me importa lo que pueda suceder?... Luego puede abrirse el infierno y tragarme.

María no pudo contener un grito de horror.

—Y no me acuseis—prosiguió diciendo el señor de Carvajal con excitación creciente—, no me acuseis, porque os pedirán las pruebas de mi crimen...

—¡Dios mío!... ¿Es posible tanta maldad?

—Y más aún—dijo don Pedro acercándose á

la joven—, mucho más, porque tengo á Satanás en el alma.

—Apartaos.

—Si vuestra mirada pudiera penetrar en mi pecho y ver el fuego que encierra... No, no podéis comprenderlo, ni yo sé explicarme, ni decir más sino que me abraso.

Y esto diciendo el criminal llevaba las manos al pecho, se lo oprimía con la fuerza de su desesperación, y su rostro en tanto se tornaba lívido, se desfiguraba hasta lo horrible.

Foséidn de espanto retrocedió María.

Avanzó más el caballero.

Su violenta agitación acrecentaba por instantes.

—Sereis mía—gritaba fuera de sí—, porque soy muy poderoso, el oro me sobra, tengo á mi disposición cien criminales desalmados, y de las entrañas de la tierra os sacaré, si en las entrañas de la tierra os ocultais.

Yendo y viniendo, consiguió María llegar á la puerta y salir.

Don Pedro de Carvajal, en el último punto del trastorno, impulsado por el vértigo de su pasión, lanzóse también fuera de la casa sin advertir que la violencia de sus movimientos hizo salir de entre su colete y caer el documento terrible que podía ser su ruina, su sentencia de muerte.

María se alejó hacia donde había algunos campesinos, y el caballero tuvo que alejarse también por opuesto lado.

Diez minutos despues se encontró con Ruy Gomez de Silva.

La joven volvió á su casa, y al entrar vió en el suelo el papel, lo recogió y desdobló maquinalmente, lo leyó y exhaló un grito de júbilo que podríamos calificar de feroz.

—¡Ya tengo mi venganza—exclamó.—¡Ya tengo el castigo de ese miserable!... Alevosa mano hirió al hombre cuyo amor constituye mi dicha, pero la mano del verdugo hará rodar la cabeza del asesino.

Sentóse María.

Una y otra vez leyó en tanto que murmuraba:

—He aquí la mano justiciera del Omnipotente. ¿Qué me importa que los hombres no me hagan justicia si me la hace Dios?

Aún no había trascurrido un cuarto de hora, cuando se presentó la señora Ana.

—¡Madre mía!—exclamó la joven.—¡Soy feliz!...

—¿Qué sucede, hija mía?

—Ha estado aquí don Pedro...

—¡Ah!...

—Me amenaza con la violencia...

—¡Todavía!...

—¡Pero se le ha caído este papel... Mirad, leed... Nuestro implacable enemigo, el asesino de Felipe, morirá á manos del verdugo.

—Dios misericordioso!—exclamó la señora Ana apenas leyó.

—Ya tenemos nuestra venganza.

—¡María!...

—Con este papel...

—¡Desdichada!—replicó severamente la madre.—¿Qué estás diciendo?... ¡Venganza!... ¿Y es mi hija la que esa palabra pronuncia?... Trastornada te tiene el dolor.

—¿Queréis que queden impunes los crímenes de ese miserable?

—¿Y la justicia del Omnipotente?

—Pero...

Perdona si quieres ser perdonada.

María inclinó tristemente la cabeza.

Su madre añadió:

—Si tienes valor para delatar á don Pedro...

—¡Ah!... No, madre mía...

—Después que hayais visto rodar su cabeza...

—No, no...

—Pregúntale á tu conciencia, y pregunta á tu corazón...

—Perdonadme.

—Vamos, hija mía. El doctor dijo esta mañana que de un momento á otro esperaba una crisis, cuyo resultado había ser para el herido la muerte ó la vida.

—Sí, vamos.

La señora Ana guardó el papel y salieron para ir al monasterio.

¡Pobres mujeres!

Su generosidad podía costarles muy cara.

Las seguiremos, porque fué de mucho interés la escena que tuvo lugar.

CAPITULO XXIX

LA CONSULTA

¿Quedaba alguna esperanza de salvación para don Pedro?

Creemos que sí, aunque la situación era muy mala para él; pero hay que contar con la nobleza de alma de las dos mujeres, cuya opinión conocemos ya, y era lo más probable que del pa—

pel que habían encontrado no quisiesen hacer uso contra el criminal que tanto les había hecho sufrir y que aún estaba dispuesto á cometer todos los abusos.

Los criminales cuentan siempre con la nobleza de sus víctimas, y esta generosidad, mal entendida muchas veces, es la causa de que muchos crímenes queden impunes.

Aunque no fuese más que para defenderse, para salvar á su hija, la señora Ana debió inutilizar á don Pedro; pero no era posible que tal cosa hiciese, por más que así se lo aconsejase su razón, por más que estuviese convencida de que era preciso para evitar nuevos crímenes.

No eran mujeres vulgares ni la madre ni la hija, y así hemos de verlo en el transcurso de esta historia.

También creyó la señora Ana que tenía el deber de dar parte del suceso al doctor, pues guardar reserva le parecía ingratitud imperdonable.

Al monasterio llegaron, y su preocupación se pintaba en sus semblantes.

Las recibió Olivares como siempre lo hacía, y después de decirles que el herido continuaba todo lo bien que era posible, les preguntó:

—¿Y qué sucede hoy para que estéis tan agitadas? ¿Habéis visto á don Pedro de Carvajal?

—Sí, caballero.

—Se empeña en encaminar á su perdición, y lo consigue.

—Hay más, doctor, y muy grave.

—¿Más todavía...

—Sí; y os lo explicaré, si ahora tenéis tiempo de escucharme.

—Me sobra.

—Hija mía—dijo la señora Ana—, puedes hacer compañía al señor Felipe y á su padre mientras refiero al doctor lo sucedido.

La joven entró en el aposento donde estaban el herido y el padre de éste, de quien hablaremos después.

—Ahora explicaos—dijo el doctor.

—Don Pedro ha estado en nuestra casa cuando María se encontraba sola, y ciego como nunca por la pasión, ha querido apelar á la violencia.

—¡Oh!

—Se defendió mi pobre hija, y huyó. El miserable no comprende que una mujer honrada prefiere morir antes que ceder.

—El señor de Carvajal no puede comprender eso.

—Se fué desesperado y jurando que se vengaría.

—Y cumplirá su juramento, si no se le ponen estorbos.

—Lo sé, doctor, y precisamente lo que ahora me atormenta más es la duda de si debo inutilizar para siempre á nuestro enemigo.

—¿Acaso podéis hacerlo?

—Sí, puedo aniquilarlo.

—No adivino cómo—dijo el doctor mientras fijaba en la infeliz madre una mirada escudriñadora.

—Todo lo sabréis, pues no es posible que nosotras guardemos secretos para vos. Lo que no comprenderéis jamás es lo que en estos momentos sufro. Estoy obligada ante todo á defender á mi hija, á salvarla, y para mí debe ser la honra y la felicidad de mi hija antes que la vida de don Pedro.

—Y antes que la de todo el mundo.

—Pero tengo una duda, y...

—¿En qué consiste?

—¿Son lícitos todos los medios de defensa?

—Esa pregunta es muy vaga, y en tesis general no puede contestarse sino muy vagamente y con muchas salvedades. Si para defenderos tenéis que hacer mal, no solamente á vuestro enemigo, sino á quien nada tenga que ver con él...

—No.

—Entonces...

—La intención es otra.

—Vuelvo á escuchar.

—La casualidad, la Providencia, me depara un medio para inutilizar á mi enemigo, medio que no he buscado, que nada me cuesta.

—Eso también es muy oscuro, muy vago.

—Si don Pedro ha cometido un crimen que nada tiene que ver con el abuso de que hemos sido víctimas...

—Empiezo á entender—interrumpió Olivares, á quien parecía interesarle más cada momento la conversación.—Supongamos que ha cometido ese crimen...

—Un crimen horrendo.

—Y que vos encontráis la prueba.

—Sí, que la encuentro; pero casualmente.

—Faltaría saber si hay casualidades, ó si todo es providencial.

—Es lo mismo para el caso.

—No, señora Ana, no es lo mismo; porque si todo es providencial, no es posible la duda en cuanto á lo que hemos de hacer. Pone Dios en

nuestras manos la prueba del crimen de don Pedro, y cuando así sucede...

—Perdonad; pero bien puede ser que Dios me envíe un medio para defenderme amenazando, y no para herir.

—Buscáis todas las razones posibles para no hacer nada.

—Doctor, os lo diré como lo siento: me parece que el que delata es más ruin que el criminal.

—Eso no puede decirse en absoluto, porque es según el caso.

—Siempre, caballero, siempre.

—Olvidais las circunstancias que tanto influyen en nuestras determinaciones. Pensad que se trata, no de vengar una ofensa, sino de la salvación de vuestra hija, de vuestra honra: que se trata, no de castigar, sino de evitar que se consuma un nuevo abuso. Si pudiéramos deshacer lo hecho y tuviérais la seguridad de que don Pedro habría de asesinar al señor Felipe, ¿qué haríais para evitarlo? ¿Dejaríais que el abuso se consumase y no inutilizaríais al asesino?

—No lo sé.

—Pues el caso es igual. No se trata de la vida del señor Felipe, pero sí del honor de vuestra hija, y teniendo la seguridad, como debéis tenerla, de que don Pedro consumará el abuso más o menos tarde, ¿no hareis nada para evitarlo? ¿No aniquilareis á vuestro enemigo? Señora Ana, vuestros deberes de madre están sobre vuestros escrúpulos de generosidad y de grandeza. Dueña sois de hacer todos los sacrificios, hasta el de vuestra existencia; pero no el de la honra de vuestra hija.

—Razón os sobra, doctor; pero sobre todos los razonamientos...

—Está el sentimiento de vuestra generosidad exagerada, mal entendida.

—Tal creo; pero...

—¿Qué opina vuestra hija?

—Tuve el disgusto de verla vacilar, y... su primer impulso...

—Fué el de aniquilar á su enemigo, ¿no es verdad?

—Sí.

—Ya lo veis.

—Pero la he convencido.

—Es también demasiado noble y generosa.

—Creo que cambiareis de opinión cuando sepa...

—No—interrumpió el astuto médico, despla-

gando una sonrisa—; pero debo advertiros que adivino lo que callais.

—¡Doctor!...

—El arma terrible que os ha enviado Dios, es un papel.

—¡Ah!...

—Y en ese papel hay varias firmas, entre ellas la de don Pedro de Carvajal.

La señora Ana miró con asombro al médico. Este añadió:

—Los que ese papel firman declaran que se han conjurado contra el rey para conseguir la independencia de Flandes.

La señora Ana se sintió aturrida.

—¡Ah!—exclamó después de algunos momentos.—¿Cómo sabeis?...

—Hace bastante tiempo que lo sé.

—Pues entonces, ¿por qué no habeis hecho nada para evitar que los conjurados realicen su plan?

—Por muchas razones que os daré á conocer. Primeramente, porque no han de conseguir lo que se proponen, y más ó menos tarde se descubrirán ellos mismos, y serán castigados, y además porque necesitaría tener la seguridad de que el rey no sabe tanto como yo, por más que calle y disimule. Tampoco mi situación es igual á la vuestra, y, por último, no tengo la prueba del delito, como vos lo teneis, y es muy peligroso acusar sin pruebas.

—Es decir, que su majestad...

—Sospecho no más, señora Ana.

Quedó ésta silenciosa y pensativa.

Había empezado á dudar, porque se trataba de la suerte, de la honra de su hija.

Empero no era posible que dejasen de triunfar sus nobles sentimientos.

La pobre aldeana no era una mujer vulgar, y ya hemos dicho que estaba dotada de gran inteligencia y gran corazón.

En el bullicio del mundo hubiera brillado, hubiera representado un gran papel; pero las circunstancias le obligaron á vivir en aquella soledad, condenando también á su hija á tan triste aislamiento.

El lenguaje de la señora Ana, ó de doña Ana, como en otro tiempo la habían llamado, no debe sorprendernos, pues ya hemos dicho que había sido educada con distinción, que sus padres fueron hidalgos, y hubier heredado una regular fortuna si su padre no la perdiese en atrevidas empresas que acometió en Indias.



Su marido, que tenía treinta años cuando se casó, teniendo ella quince, era también de noble cuna, pero no había heredado sino muy escasos bienes, y se dedicó a la carrera de las armas, prestando muy buenos servicios, que no fueron recompensados como merecían. Llegó a capitán y murió poco tiempo después, dejando a su esposa y a su hija en la triste situación en que las conocemos.

Todas las esperanzas de aquellas infelices debían fundarse en el casamiento de María, y ya sabemos que el señor Felipe no había de heredar sino lo absolutamente preciso para vivir muy modestamente.

Después de algunos minutos levantó la señora Ana la cabeza y dijo:

—Vereis el papel, doctor.

—No soy curioso...

—Es preciso.

Aunque disimulaba y aparentaba siempre la misma tranquilidad, bien se conocía que el doctor leía con verdadera ansiedad y daba al documento toda la importancia que tenía.

—¡Oh!—murmuró.—Don Pedro de Carvajal os daría montones de oro por este papel.

—Nada quiero de ese malvado.

—Ya lo sé.

—¿Continuáis opinando lo mismo?

—Sí.

—Le amenazaré al señor de Carvajal; pero...

—Permitidme que os diga lo que sucederá. Don Pedro comprenderá que el papel que se le ha perdido está en vuestro poder, y se mostrará arrepentido, hasta horrorizado de su propia conducta, y os suplicará, y vos, bien sea engañada, ó bien queriendo darle una lección de grandeza de alma y humillarlo con vuestra generosidad, le entregareis este documento.

—Tal vez.

—Después, cuando nada tema, se burlará de vuestra credulidad, y como le sobran medios, consumará el abuso. ¿No os arrepentireis?

—Sí, pero...

—Entonces será tarde.

—Doctor, si yo pudiera explicar lo que siento...

—Me direis que en vos el sentimiento de la generosidad, el de una abnegación sin límites, domina los demás, porque así está dispuesta a nuestra organización.

—Y si así he nacido, ¿qué he de hacer? ¿Es bastante la voluntad de la criatura para hacer cambiar las condiciones de su naturaleza?

—No; pero una cosa son nuestras inclinaciones y otra nuestras acciones: contra la inclinación no sirve la voluntad; pero con la fuerza de ésta se hace lo que se quiere, si bien contrariándose y sufriendo.

—Tened en cuenta que aún no estoy convencida.

—Señora Ana: nos fatigamos inútilmente. Guardad este papel y haced lo que os dicte vuestra conciencia, contando con que os ayudaré en cuanto me sea posible.

—Gracias, doctor.

—Y aunque no sea necesario, os haré algunas advertencias.

—Las necesito.

—Conocéis un secreto de muchísima importancia, un secreto de Estado.

—Sí.

—Mirad bien dónde guardáis ese documento, porque nadie sabe lo que puede suceder, y si se pierde...

—No sucederá.

—Quiera Dios que vuestra generosidad no os cueste muy cara.

—Si cumplo mis deberes y mi conciencia está tranquila, ¿qué me importa lo demás?

—He concluido, señora doña Ana.

La infeliz madre guardó el papel, y luego dijo:

—Hablemos ahora del señor Felipe.

—Se prepara una crisis, y por los síntomas que se presentan, espero que sea favorable el resultado; pero no puedo todavía responder de lo que sucederá. La herida es muy grave, y si no ha muerto el infeliz, se debe a su buena organización.

—¿Y su padre?

—Lo mismo que siempre, sin moverse del lado de su hijo, mirándole con el afán que es consiguiente y silencioso, sombrío...

—¿Cuánto debe sufrir!

—No habla más que para hacerme preguntas sobre las circunstancias del suceso; y aunque me ha parecido prudente guardar reserva en cuanto a la verdadera causa del atentado, me parece que ha de concluir por conocerla, y entonces...

—¡Dios mío!

—Si ese documento se lo entregáseis al señor de Maldonado después de decirle que el asesino de su hijo es don Pedro de Carvajal...

—¿Qué haría?

—No lo sé; pero de seguro no sería tan generoso como vos.

—Quiero verlo.

—Venid.

Entraron en la habitación donde el enfermo se encontraba.

No era menester más que mirar al señor Felipe para conocer la gravedad de su estado.

En aquellos momentos estaba sumido bajo el sopor de la fiebre, y no se apercibía de lo que á su alrededor pasaba.

Junto al lecho había un hombre que debía tener cincuenta años.

Era el padre de Felipe.

Su cabeza se inclinaba sobre el pecho, y su mirada se fijaba ansiosamente en el joven.

No puede imaginarse nada más severo que la figura de aquel hombre.

Su pálida frente estaba surcada de arrugas.

Sus ojos eran negros y de mirada ardiente y penetrante, como si conservaran el fuego de la juventud.

Su barba y sus cabellos eran blancos.

Con su ropaje todo negro aparecía más sombrío.

En su juventud debió estar dotado de varonil hermosura, cuyos rasgos característicos conservaba.

Tal era el exterior del padre de Felipe.

En cuanto á sus cualidades morales, eran las mejores, aunque tal vez había llevado siempre la severidad hasta la exageración, y á esta circunstancia debía su pobreza. No transigía con nada que no estuviese ajustado á los principios de la justicia, y cometió muchas veces la torpeza de decir la verdad sin rodeos y sin que le importase que pudiera desagradar.

Las verdades no pueden decirse siempre, y menos cuando se habla con quien tiene más elevada posición ó autoridad sobre nosotros, porque los grandes no toleran que los pequeños les digan que se han equivocado ó que han sido injustos.

Por eso hacen la fortuna los aduladores, y se mueren de hambre los que con lealtad y noble franqueza dicen lo que siente y lo que es verdad.

La carrera de las armas siguió. Dió pruebas de valor temerario, fué muchas veces herido, y en vano esperó recompensa. Ninguna le daban, porque no la pedía, y no se ocupaban de él sino para reconocerle sus buenas cualidades.

Una grave ofensa recibió de uno sus jefes, y dejando su empleo para recobrar su libertad, le

pidió cuentas de la ofensa, y el asunto terminó con un duelo y con la vida del ofensor.

Aunque Maldonado no era un criminal, lo persiguieron con saña los parientes del ofensor, y la justicia hizo lo que le convenía: se mostró muy severa, porque había dinero, y comió hasta que el acusado quedó poco menos que en la miseria. Entonces se arregló el asunto de manera que Maldonado quedó absuelto.

Trabajó cuanto pudo; pero no consiguió rehacer su patrimonio, y tuvo que resignarse á vivir en la pobreza, porque pobreza son los recursos que no permiten más que cubrir las más imperiosas necesidades de la vida.

Perdió á su esposa, que era un modelo de virtudes, y esta desgracia agrió más su carácter.

Hizo cuanto le fué posible para educar bien á su hijo, que era su afección única, que constituía toda su felicidad.

Tenían su residencia en Madrid; pero durante el verano iban á su casa de Valdemorillo, porque necesitaban cuidar de sus intereses en la época de la recolección.

Con estos antecedentes se comprenderá hasta qué punto debía sufrir el padre cuando vió á su hijo moribundo.

Sin embargo, no se le vió derramar una lágrima, ni entregarse á esos transportes ruidosos del dolor, ni siquiera habló más que lo absolutamente preciso para pedir noticias del suceso.

Las que le dieron no tenían, en su opinión, claridad bastante, no se explicaban bien, y dijo:

—Algo me ocultáis, lo de más importancia.

—Os he dicho cuanto sé—le había respondido el doctor.

—Perdonadme si le dudo.

—Tal vez el tiempo...

—Lo pondrá todo en claro, es verdad, y puesto que acostumbrado estoy á esperar, esperaré. ¿Por qué han querido asesinar á mi hijo? No intentaban robarlo, porque es pobre. Es indudable que han querido satisfacer un odio. ¿Quién puede odiarlo? ¿Por qué, cuando no ha hecho ningún mal? Los criminales que tan cobardemente le acometieron, obedecieron, no lo dudéis. ¿Quién pagaba el crimen?

—No lo adivino—respondió el doctor.

Y las dos mujeres guardaban también la más absoluta reserva, porque revelando el secreto del odio del señor de Carvajal hubieran complicado la situación.

Así pasaron los días.

El hidalgo se mostraba siempre más expansivo con María, porque la amaba mucho, sin que su ternura tuviese otro fundamento que la circunstancia de que el hijo la amaba también.

Un día dijo el doctor:

—Tranquilizaos, que vuestro hijo vivirá, y más ó menos pronto conoceremos á los criminales y se hará justicia.

—¡Justicia!—murmuró irónicamente el anciano.

—¿Lo dudáis?

—No la espero.

—Tened en cuenta que el rey ha tomado con empeño este asunto, y ya sabéis...

—Sí, ya sé cómo hace justicia Felipe II.

—¡Señor Fermín!...

—Doctor, nadie nos escucha.

—Pero...

—Nos hemos entendido.

Olivares no quiso continuar la conversación.

Cuando los trabajadores se amotinaron, el señor Fermín le dijo al médico:

—Esos también piden justicia.

—Y el rey la hará.

—Por desgracia de esos infelices.

Las reclamaciones fueron satisfechas, según ya hemos dicho.

Entonces el hidalgo le preguntó al doctor:

—¿Creéis que este asunto de los trabajadores ha terminado?

—Así parece.

—No es esa vuestra opinión.

—Tienen lo que reclamaban, y volverán tranquilamente á su trabajo.

—Hay una circunstancia que no me explico, doctor.

—¿Cuál?

—Se les ha pagado porque había dinero, ¿no es verdad?

—Es cosa clara.

—Y si dinero había, ¿por qué no les pagaron cuando reclamaron pacíficamente?

—La culpa no es de su majestad.

—Pero otro será el culpable, y hemos de ver cómo hace justicia el rey.

Olivares calló.

¿Qué había de decir?

Prendieron á los trabajadores, y durante la lucha, el hidalgo, desde una ventana, contempló aquella escena horrible.

Nerviosa palidez cubría su rostro.

Profundamente sombría era su mirada.

—¡Oh!—murmuraba de vez en cuando con voz sorda.—¡Justicia, justicia!

Y entreabría los labios y sonreía irónicamente.

Cuando terminó aquel acto de crueldad inaudita, el señor Fermín le dijo al doctor:

—Ya lo veis, se ha hecho justicia.

—Señor Fermín es peligroso decir todo lo que se siente.

—Por eso callo.

—Me lo decís...

—Y más os diría cuando nadie más que Dios nos escucha.

—Gracias, pero...

—Después de esta vida hay otra.

Con lo dicho basta para que el lector conozca bastante bien al padre del señor Felipe.

CAPITULO XXX

DE CÓMO NI DON JUAN NI DON PEDRO PODÍAN
RECOBRAR LA TRANQUILIDAD

Mientras el doctor, el señor Fermín y las dos mujeres rodeaban el lecho donde Felipe se encontraba, esperando con tanto temor como ansiedad la anunciada crisis, don Pedro de Cavajal sufría horriblemente, porque no encontraba el papel.

Todo aquel día lo pasó en una agitación la más violenta.

Cuando el sol se ocultaba, volvió á la vivienda de sus víctimas; pero tampoco las encontró.

—¿Han abandonado para siempre esta casa?—se preguntó.—¿Se encuentra en sus manos el documento y han ido á entregarlo al rey ó á Olivares, que ahora parece que era su protector y confidente?

Ruinmente pensando, pues era ruin, creyó que su perdición era cierta si el documento se encontraba en poder de aquellas infelices, pues no concebía que sus criminales abusos fuesen pagados con generosidad.

Verdad es que, aun sin pensar ruinmente, debía suponerse que la señora Ana haría uso de aquel documento para evitar nuevos abusos y que su hija se salvase.

A su casa volvió don Pedro.

En su semblante se revelaba la agitación de su espíritu.

Su criado Andrés le dijo:

—Señor, estamos preparados, y...

—¿Qué me importa?—interrumpió don Pedro con aspereza.

—Perdone vuestra señoría —dijo humildemente el escudero.

—¡Oh!... No puedes comprender lo que sufro, y... Acércate...

Se interrumpió el caballero.

Desplegó una sonrisa amarga y dolorosa.

Luego dijo:

—Cuanto hemos hecho es inútil.

—¡Señor!...

—La fortuna me ha vuelto la espalda.

—Esta mañana decíais todo lo contrario.

—Ha cambiado la situación, Andrés, y el cambio es tal, que ni la vida tengo segura.

Andrés fijó una mirada de extrañeza en su señor.

—Tenemos que esperar—dijo éste.

—Esperaremos.

—Esos hombres ..

—Contentos estarán mientras se les dé para pasar buena vida.

—Ahora déjame, porque tengo que pensar en cosas muy graves.

—Y si viene á buscaros alguno de vuestros amigos...

—Dirás que duermo, ó que he salido, ó lo que te parezca mejor.

—Descuidad.

—Pero si me busca don Juan de Guevara, que entre desde luego.

Salió el criado.

El señor de Carvajal volvió á entregarse á sus sombríos pensamientos.

Pocas horas de tranquilidad había disfrutado, pues apenas se vió libre de un peligro, lo amenazaba otro mayor.

No era dudoso lo que sucedería si el documento llegaba á caer en manos del rey.

Felipe II era demasiado severo y celoso de su autoridad para que perdonase. Además, el asunto tenía demasiada importancia; tratábase de la cuestión gravísima en aquella época, de nuestros dominios en Flandes y los Países Bajos, y el monarca no se detendría para castigar á los que, siquiera indirectamente, favoreciesen la rebelión.

Así lo exigía la razón de Estado, á la que Felipe II lo sacrificó todo, hasta la vida de su hijo único, del heredero de su trono.

En aquella lucha gigantesca no había terminado medio, era una guerra sin cuartel, una guerra de exterminio, que no tenía más que dos soluciones: el triunfo ó la muerte.

Tenía sobrado talento el gran tirano, y no era posible que dejara de apreciar con exactitud la situación. Por eso vió el mundo con asombro perecer en su encierro al noble barón de Montigny, y morir envenenado al marqués de Bergens, y rodar las cabezas de los condes de Hoorne y de Egmont. Y como si todo esto no fuese bastante, sucumbió también consumido en su prisión el príncipe don Carlos, y murió la reina doña Isabel de la Paz, y perdió la existencia bajo el puñal de un asesino, el marqués de Pozas, y sucumbieron, perseguidos los unos, en el patíbulo los otros, tantos miles de criaturas.

Cuando un pueblo lucha por su independencia, triunfa más ó menos tarde; pero los que lucharon en tiempo de Felipe II no eran los llamados al triunfo, sino los destinados para víctimas, cuya sangre debía fecundizar la tierra para que brotasen nuevos héroes, nuevos defensores de la santa causa de la libertad y de la independencia.

Para el triunfo de esta causa lo sacrificaban todo, y era lógico que el tirano de dos mundos lo sacrificase todo, absolutamente todo, á la fría razón de Estado.

Todo esto lo sabía demasiado bien don Pedro de Carvajal, y no era posible que esperase perdón.

Esforzabase para creer que el documento perdido quedaría en el suelo, entre la hierba y los matorrales, y que los destruiría la intemperie; pero ¿quién le respondía de que así hubiera sucedido?

Lo que sufría en aquellos momentos el criminal no puede concebirse.

Su cabeza se abrasaba, y sus sienes latían con violencia.

Se puso en pie y se asomó á una de las ventanas del aposento para aspirar el aire libre.

El calor era sofocante aquella noche.

No se percibía ni el más leve soplo de viento.

El cielo estaba despejado.

Relumbraban las estrellas.

La luna enviaba sus resplandores á la tierra.

El monasterio, entre los andamios y los montones de piedra, levantábase imponente y como fantástico.

Era el silencio absoluto.

Don Pedro contempló el panorama que á sus pies se extendía, y decimos á sus pies, porque su vivienda estaba sobre la colina que se levantaba al lado Norte del monasterio.

Más allá de éste se veía el terreno ondulado de la Herrería, luego la espesura del bosque llamado el Castañar, y por último las montañas en cuya cumbre muy pocos días antes había temblado don Pedro al distinguir los soldados que se acercaban á la naciente población y saber que iban para ejercer un acto de justicia.

Aún estaban allí los soldados, y el verdugo, que con ellos había ido, y pronto muchos de los infelices trabajadores debían ser ahorcados en los mismos andamios contruidos por ellos, y en las torres que habían levantado.

¿Por qué la cabeza de don Pedro no había de rocar también en la casita blanca ó en la era donde se había reducido á cenizas la mies que representaba el pan de las dos infelices mujeres?

El resplandor de la luna permitió ver que el rostro de don Pedro se tornaba lívido y se desfiguraba.

Pocos minutos después oyó pronunciar su nombre.

Se separó de la montaña.

Se volvió y se encontró con don Juan.

También el semblante de éste revelaba la intranquilidad.

Con sobrado motivo tenía miedo, porque el monarca le había dicho: "Cabeza tenéis para responder de la exactitud de las graves noticias que me dais."

Y no se había encontrado la prueba del crimen de don Pedro de Carvajal.

Tenía éste valor; pero su traidor amigo era cobarde, y si el primero, con todo su valor temblaba, ¿qué debía sucederle al segundo?

—Aquí me tenéis—dijo el señor de Guevara—en cumplimiento de mi promesa.

—¿Estáis dispuesto á firmar?—le preguntó don Pedro.

—Para eso he venido.

—Desgraciadamente no podéis hacerlo.

—Será otro día; pero...

—Don Juan, bien podéis dar gracias á la fortuna.

—Pues no me sonríe, y viéndolo estáis. Pretendo un empleo y no me lo dan; y para que nada falte á mi desdicha, esta tarde, poco después que nos separamos, me han dado una noticia muy desagradable.

—¿Con respecto á nuestro negocio?

—No.

—Entonces...

—¿Acaso nada tiene valor más que nuestro asunto?

—Nada más—dijo fríamente don Pedro.

—Señor de Carvajal...

—Perdonadme; pero en la crítica situación en que me encuentro no puede interesarme nada más que lo mío.

—Estábais esta tarde muy contento, os considerábais afortunado.

—Y una hora después era el más infeliz de los hombres.

—En cuidado me ponéis.

—Tranquilizaos, don Juan, que á vos no os amenaza ningún peligro.

—Si no es un secreto vuestra desgracia...

—Para vos no.

—Entonces decidme en qué consiste.

—Al volver esta tarde de mi paseo, me encontré con el príncipe de Éboli.

—El adulador, el amigo complaciente... Es pájaro de mal agüero, y debísteis temblar.

—Llevaba orden del rey para que me presentase inmediatamente en palacio.

—Y con el precioso documento que tenéis en el bolsillo...

—No comprendí que me tendían un lazo, que querían sorprenderme, y fui tranquilo; pero bien pronto me convencí de que un traidor me acecha, me espía, ha podido averiguar lo que solo vos sabíais.

—¿Don Pedro!

—¡Oh!... Los traidores se descubren ellos mismos tarde ó temprano, y cuando yo lo conozca...

—Quizás alguno de vuestros criados.

—No.

—¿Quién puede ser?

—No lo sospecho, don Juan, porque si lo sospechase, sin otras pruebas lo mataría. Se me presentó un criado del conde y me entregó el papel; nadie nos escuchó, y sin embargo, enseguida supo su majestad que la declaración firmada se encontraba en mi bolsillo.

—¡Ah!... ¿Y no adivináis quién es el traidor?... Pues esto es claro, no es posible la duda.

—¿De quién sospecháis?—preguntó ansiosamente don Pedro.

—De la única persona que puede haber cometido el abuso.

—¿Y esa persona?

—El enviado del conde.

—No, don Juan, no.

—Nadie más que él conocía el secreto.

—Pero de él respondo con mi cabeza.

—Pues entonces...

—Si así fuésemos á juzgar, sería preciso sospechar de vos, puesto que también sabíais que en mi poder, en mi bolsillo se encontraba el documento.

Estremeciéndose el señor de Guevara, y para disimular empezó á reír.

—Estáis demasiado alegre—dijo don Pedro con aspereza.

—Perdonadme; pero la suposición...

—¿Qué tiene de particular? ¿Acaso me es lícito sospechar de todos menos de vos?

—Continuad, don Pedro, y después haremos comentarios.

—El rey lo sabía todo, y mandó á don Ruy Gómez que me registrase...

—¡Oh!...

—No podéis comprender lo que sufrí en pocos momentos.

—¿Y cómo conseguisteis ocultar el papel?

—Me salvé, porque ya no estaba en mi bolsillo.

—¡Por el infierno!...

—Se me había perdido, y esta desgracia fué una fortuna en aquellos momentos.

—¡Ah!... Respiro...

—Pero la fortuna de entonces es ahora una desgracia.

—Ciertamente.

—¿En qué manos ha caído el papel?

—No es posible adivinarlo.

—¿Qué debe suceder?

—Pensad que también es posible que el documento haya quedado en tierra, y que allí se destruya, ó lo haya encontrado algún niño, cuya primera ocupación haya sido romperlo para divertirse.

—Es posible, sí; pero no es probable.

—¿Lo habéis buscado?

—Cien veces he recorrido el sitio donde estuve, y me he fatigado inútilmente.

—El caso es grave.

—¿Qué debo hacer?

—No quiero que pese sobre mí la responsabilidad de los consejos.

—Como amigo tenéis la obligación de aconsejarme.

—Pues bien, yo esperaré.

—¡Esperar!...

—De todas maneras no podéis hacer otra cosa.

—¿Y luego?

—Si pasan tres ó cuatro días sin que el papel haya sido entregado al rey, será señal cierta de que para siempre se ha perdido.

—Pero si no sucede así...

—Entonces habreis de sufrir las consecuencias.

—¿No me conviene huir desde luego?

—Eso sería equivalente á confesar el delito, sin contar con que, sospechando su majestad, como sospecha, es casi seguro que tenga adoptadas precauciones; pues ya sabéis que es muy previsor, y os detendrían, y no podríais justificar vuestro viaje, emprendido sin su licencia y sigilosamente, y sería bastante eso para que se os condenase.

—Es verdad.

—Jugais la vida, ya lo sé; pero tampoco habéis tenido segura vuestra cabeza desde que en este negocio os metisteis; después, si el documento se ha perdido, podremos firmar otro, pues yo estoy dispuesto á seguir adelante sin vacilar.

—Yo también.

—Mi firma no está en la declaración; pero ¿creeis que puedo vivir tranquilo?

—Sí.

—Un traidor hay entre nosotros, y no debe ignorar que estoy comprometido en la empresa.

—Pero las pruebas...

—¿Para qué las necesita Felipe II? Sin más pruebas que su convencimiento sabe hacer lo que él llama justicia, y, no lo dudeis, si cae vuestra cabeza, caerá también la mía. No me hago ilusiones, don Pedro, porque conozco muy bien los peligros de mi situación. Una casualidad que nadie pudo prever os ha salvado hoy, y al mismo tiempo os pone en gran peligro, y otra casualidad puede ser mi perdición. Como han de suceder las desgracias, nadie lo sabe; pero ello es que suceden, y á todas horas debemos temerlas. Para que la cólera de Felipe II caiga sobre un desdichado, no es menester que cometa ningún delito; y si no, ahí teneis á esos infelices que están en las cuevas del monasterio y que muy pronto serán ahorcados. ¿Cuál es su crimen? No es otro que el de haber reclamado lo que era suyo, y si en voz alta ó tumultuosa lo pidieron, fué porque nadie escuchó sus súplicas.

—Don Juan, es muy desagradable cuanto acabais de decir y, sin embargo, estoy mas tranquilo.

—Ahí teneis la influencia de la verdad y, sobre todo, de la sinceridad de mis palabras.

—Gracias, mi buen amigo.
 —Si bien os parece—repuso el señor de Guevara desplegando una sonrisa—hablemos ahora del asunto que dejamos pendiente:
 —No recuerdo...
 —Las suposiciones sobre la traición y el traidor.
 —Perdonad, caballero.
 —Vuelvo á deciros, aunque os enoje, que el portador del documento...
 —No y mil veces no.
 —Y en cuanto á vuestros criados...
 —Tampoco.
 —Quiera Dios que no os equivoquéis.
 —Si no es un secreto, decidme ahora en qué consiste la desgracia de que os quejásteis al entrar.
 El señor de Guevara hizo un gesto de disgusto.
 —Lo sabreis—dijo.—Amo ciegamente.
 —O; compadezco—interrumpió vivamente el señor de Carvajal.
 —La mujer á quien adoro es doña Luz de Guzman.
 —¡Vive el cielol...
 —¿Qué os sorprende?
 —Que hayais puesto los ojos en una mujer como doña Luz.
 —Es hermosa.
 —Y rica.
 —Yo tambien he de serlo si la fortuna no me vuelve la espalda.
 —Es virtuosa...
 —Por eso la quiero para mí.
 —Muy alto picais, don Juan.
 —Y pico bien, don Pedro.
 —¿Os corresponde la hija de don Luis?
 —Me corresponderá.
 —¿Y en qué os fundais para creerlo así?
 —En que no ha de desobedecer á su padre, y una vez que sea mi esposa...
 —Entiendo; pero falta que don Luis de Guzman os conceda la mano de su hija.
 —Ya me la ha concedido, aunque con una condición.
 —Esa condición es la primera dificultad.
 —Que venceré, pues consiste en conseguir un empleo, honores ó cosa por el estilo que den satisfacción á su vanidad, aunque mi caudal no aumente. Por eso me habeis visto solicitar con tanto empeño entrar en la servidumbre del rey; pero cuando mis esperanzas iban á realizarse,

me dicen que el corazón de doña Luz no está libre, pues en secreto ama á un hombre.

—¿A quién?

—Lo ignora la persona que me ha dado la noticia; pero si el nombre no dice, puede asegurar que alguna vez, á media noche, ha entrado un galán en la vivienda de don Luis.

—Grave es el caso, don Juan.

—Demasiado grave para mí.

—¿Y qué pensais hacer?

—Cuanto sea posible para quitar de en medio el estorbo.

Silencioso quedó el señor de Carvajal.

El diablo lo inspiraba en aquellos momentos.

—¿En qué pensais?—le preguntó don Juan.

—Me ocurre una idea feliz.

—Explicaos.

—Amigo mío, amor con amor se paga.

—No hay nada más justo.

—Si quereis, haremos un trato.

—Os escucho.

—Siendo verdad que un galán entra á media noche en la morada de don Luis, yo me comprometo á quitaros el estorbo.

—¿Cómo lo conseguireis?

—Eso es cuenta mía; lo único que puedo deciros es que no me tomaré la molestia de hacer uso de mi espada, pues medios me sobran para cumplir lo que os prometo.

—¿Y qué quereis en cambio de ese servicio?

—El papel que he perdido.

—Don Pedro, lo que me pedís...

—Buscadlo, y si sois más afortunado que yo, os evitaréis el disgusto de entenderos con un rival.

—Para que yo encuentre el papel será preciso que me digais adónde habeis ido después que os separásteis de mí, y además si con alguien habeis hablado, ó si habeis entrado en alguna casa.

—Para hacerlo así he de confiaros un secreto.

—Entonces...

—Pero lo haré, don Juan.

—Como bien os parezca.

—Yo también estoy enamorado, pero de una mujer de clase humilde, una pobre muchacha que no puede ser mi esposa.

—Comprendo.

—He solicitado su amor y me ha rechazado con dureza, y esta tarde fui á su casa para suplicarle por última vez, y en un momento de ceguera quise hacer uso de la violencia.

—¿Y ella?...

—Huyó y nada conseguí.

—Y os volvésteis...

—No me era posible hacer otra cosa.

—¿Y habeis dicho que entonces?...

—Encontré al príncipe de Eboli.

—Ya habíais perdido el papel.

—Sí.

—¿Quién es esa mujer?

—La hija de una viuda que habita en una casa humilde que hay á la izquierda del camino del Escorial de abajo.

—Conozco á esas pobres mujeres. No teneis mal gusto, don Pedro, porque es un prodigio de belleza la hija del señor Alonso de Vargas; pero también su virtud...

—No se concibe.

—Hace pocos días las arruinó un incendio.

—Sí, sí, pero esa desgracia no me ha favorecido, aunque me dió ocasión para ofrecerles oro á manos llenas.

—Dudo que lleguéis á conseguirlo que deseais.

—Tal vez en su misma casa se me cayó el papel, y si ha sucedido así, como me odian...

—Se vengarán.

—Ved si el documento puede venir á mis manos.

—Lo buscaré.

—Y si lo encontrais...

—Vos quitareis de en medio al desconocido galán que ha interesado el corazón de doña Luz.

—Trato hecho, don Juan.

—Vuestra mano, don Pedro.

Y la diestra se estrecharon.

Nada más tenían que decir.

El señor de Guevara se despidió y salió.

Era más astuto que don Pedro, y no le quedó duda de que el papel se encontraba en poder de las dos infelices mujeres.

Este descubrimiento era de muchísima importancia en todos sentidos.

Empero, aunque no tan astuto, don Pedro de Carvajal hizo también deducciones de muchísima importancia.

Caviló, recordó antecedentes, y en particular las palabras que le había dicho el señor Antonio de Quirós, acabando por creer que el traidor era don Juan.

Todas las circunstancias de lo que había sucedido aquella tarde lo probaban así.

—¡Ah, miserable!—exclamó don Pedro cuando estuvo convencido.—Quieres medrar á costa mía; me has vendido por un empleo con el que

has de conseguir la mano de doña Luz. No, no realizarás tus planes. Quizá yo moriré á manos del verdugo; pero no quedarás tú con vida.

Fulgor siniestro iluminó las pupilas del señor de Carvajal.

En aquellos momentos nada le era preciso hacer; pero quiso estar seguro de contar á todas horas con los medios que necesitaba para castigar al traidor.

Llamó á su escudero, que se presentó inmediatamente, y le dijo:

—Andrés, vuelvo á encargarte que no pierdas de vista á esos hombres, porque quizá los necesitemos de un momento á otro.

—Con ellos podéis contar.

—Dales cuanto dinero pidan para que estén contentos.

—¿Ha cambiado otra vez la situación?

—Y creo que ha de cambiar cada minuto, y además se complica y tendremos que fijar la atención en otra persona.

—¿Acaso está fuera de peligro el señor Felipe?

—Todavía no.

—Entonces...

—Me conviene observar á don Juan de Guevara.

—Es vuestro amigo; pero...

—¿No te inspira confianza?

—Ninguna, señor.

—A mí tampoco.

—Pues ya sabéis que para todo, absolutamente para todo, podéis contar con esos hombres.

—No los pierdas de vista, que yo te avisaré oportunamente. Juego la cabeza, buen Andrés; pero si la pierdo, me consolaré con que otros sufran la misma desgracia.

No comprendía el criado lo que esto quería decir, y se encogió de hombros.

Don Pedro volvió á quedar solo en su habitación, y á entregarse á sus sombríos pensamientos.

CAPITULO XXXI

OTRA SORPRESA

Cuando el señor de Guevara salió de la vivienda de don Pedro, se detuvo, reflexionó, calculó, y dijo:

—Haré la prueba.

Y en vez de dirigirse á su morada, tomó por el camino del Escorial de abajo.

No transitaba por allí alma viviente.

Fiado en su astucia, en su habilidad, había decidido el traidor dar un paso atrevido.

Si conseguía hacerse dueño del papel, no lo entregaría al rey, sino que exigiría a don Pedro el cumplimiento de su promesa, y cuando así lo hiciese, le devolvería el documento, arreglando las cosas de manera que le sirviese para su perdición. El plan era digno de su alma ruin.

No contaba el miserable con las sospechas del señor de Carvajal, que al fin, según hemos visto, comprendió que nadie más que Guevara podía ser el traidor.

Con el auxilio del clarísimo resplandor de la luna pudo don Juan atravesar cómodamente el sendero y llegar a la casita, deteniéndose, mirando y escuchando.

Vió por las rendijas de la puerta algunos rayos de luz, y oyó ruido de voces.

—Aún no se han acostado—dijo—, luego, pues, á tiempo.

Y dió algunos golpes en la puerta.

—¿Quién es?—preguntaron después de algunos momentos.

—Señora Ana—respondió don Juan—, necesito hablaros de un asunto de interés, y si tenéis miedo, como yo lo tendría, asomáos á una ventana, escuchadme, y cuando me hayáis conocido...

—No tengo miedo—interrumpió la viuda.

Y abrió la puerta, mirando á don Juan y diciéndole:

—Caballero, no os conozco, pero entrad.

—Gracias... Me sorprendéis y...

—Los que tienen la conciencia tranquila no son cobardes.

—Sin embargo, como sobran criminales...

—Estoy bien guardada... entrad, entrad.

Así lo hizo el caballero, pero bien pronto se arrepiñtó.

De Dios estaba que había de pasar de una sorpresa á otra.

No bien dió tres ó cuatro pasos por el interior de la casa, detúvose y exclamó:

—¡Ahl...

Había visto al doctor Olivares, que estaba sentado frente á María.

Inmóvil quedó el criminal.

Podía esperarlo todo, menos que se encontrase allí el astuto médico.

Este se puso en pie, y dijo con su calma habitual:

—Dios os guarde, señor de Guevara. Me sorprendéis muy agradablemente... No sabía yo que conocíais á estas señoras... Han estado en mi habitación, honrándome y haciendo una obra de caridad, pues ya sabéis que lo es visitar á los enfermos, y no he querido que se vengan solas.

—Doctor...

—Me esperaré y juntos nos iremos.

—Yo tampoco esperaba encontraros aquí...

—Perdonad—interrumpió Olivares, desplegando una sonrisa—, acabo de cometer una torpeza, de ser indiscreto.

—No sé...

—He dicho que me esperaba, sin pensar que cuando á estas horas venís, debe ser porque tenéis que hablar con la señora Ana de algún asunto de interés, y por consiguiente...

—Podéis oír lo que yo diga.

—Entonces...

—Quedáos, doctor.

No hizo éste más observaciones.

Volvió á sentarse.

Por primera vez en su vida se sintió el señor de Guevara tan turbado, que no supo qué hacer ni qué decir.

¿Cómo justificaría su presencia en aquella casa y a semejante hora?

No encontraba el medio, por más que daba tortura á su imaginación.

Delante del doctor no le convenía decir ni una palabra del gravísimo asunto del documento perdido, ni mucho menos entrar en cierta clase de explicaciones.

Y, sin embargo, algo tenía que decir, y algo que tuviera importancia, porque así lo había anunciado, y porque era preciso que de alguna manera había de justificar aquella visita, tanto más extraña, cuanto que desconocido era para las dos mujeres.

—Sentáos—le dijo la señora Ana.

—Me perdonaréis, porque á estas horas...

—Caballero, cuando á estas horas habéis venido, es porque la naturaleza del asunto que os trae no permite dejarlo para mañana.

—Sin embargo, como tampoco quiero interrumpir y...

—Nada tenemos que hacer.

—Descansar, dormir...

—Tenemos la costumbre de acostarnos más tarde.

Don Juan cambió de postura, sacó el pañuelo

y se limpió el sudor que por su frente corría.

Así se tomaba tiempo para reflexionar; pero no encontraba medio de salir del apuro.

Cuanto más cavilaba, más se aturdí.

No le importaba lo que pudiesen pensar las dos mujeres; pero y el doctor?

Nadie como éste le hubiera infundido miedo á don Juan.

El doctor Olivares, cuya astucia era proverbial; el cortesano hábil; el conocedor de tantos secretos; el hombre, en fin, de confianza de Felipe II, aunque no lo pareciese.

Si callaba don Juan, se hacía sospechoso, y si hablaba se comprometía.

Y trastornado como estaba, no se apercibió de que pasaba el tiempo y de que, por consiguiente, su silencio daría lugar á comentarios muy graves.

—Caballero—dijo por fin la viuda—, os escucho. Cuando llamásteis me dijisteis que teníamos que hablar de un asunto de mucho interés; y puesto que no os estorba la presencia del doctor, espero vuestras explicaciones.

—¿Me permitiréis que os haga una pregunta?

—Sí.

—¿Conocéis á don Pedro de Carvajal?

—Por mi desgracia.

—¡Ojalá... Decís que por vuestra desgracia...

—¿Venís de su parte?

—De na tie soy mensajero.

—Está bien.

Otra vez quedó silencioso don Juan.

El doctor sonreía leve y maliciosamente.

—Continuad—dijo la viuda después de algunos minutos.

—Tengo noticias de vuestras virtudes y vuestras desgracias, y me interesa vuestra suerte.

—Gracias, Caballero; pero os advertiré que á nadie he pedido compasión, y mucho menos á los desconocidos.

—Interesarse por una persona no es compadecerla.

—Sigo escuchando—dijo gravemente la señora Ana.

—Me ha parecido que toda persona honrada tiene el deber de favoreceros...

—Don Juan, guardad vuestros beneficios para cuando yo os los pida.

Estas palabras daban ocasión al caballero para mostrarse ofendido y poner término á la conversación.

Si sus primeras indicaciones eran mal recibi-

das, no debía continuar sin mengua de su dignidad.

Se puso en pie.

—Basta—dijo—, me había equivocado... Qui-se haceros un bien dándoos un aviso; pero no he de representar un mal papel.

—¡Un aviso!—replicó la viuda.—Comprendo: veníais á decirme que don Pedro es un malvado, que prepara un golpe certero contra nosotras, que es capaz de cometer todos los abusos... ¡Oh!... y es vuestro amigo, y estrechais su mano, y quizás lo aduleis...

—¡Señora Ana!...

Mejor hubierais hecho en aconsejar á vuestro amigo, en defenderme sin decirme nada; pero delatarlo, y en presencia del doctor...

—Me ofendéis.

—¿Para qué habéis venido?

—Harto me pesa... Que Dios os guarde y os proteja para que no tengais que arrepentiros de haberme tratado tan injustamente.

Y apenas pronunció don Juan estas palabras, salió.

—¿Quién es este hombre? ¿Qué se proponía?—dijo la viuda.

—¿No lo habéis adivinado?

No; pero tengo la seguridad de que no venía para darme ningún aviso.

—Era otra cosa lo que buscaba, y mi presencia lo ha contrariado y ha desbaratado su plan.

—¡Dios mío!...

—Guardaos del señor de Guevara, que es mucho más ruin que don Pedro de Carvajal.

—Pero...

—Quería averiguar si en vuestro poder se encontraba el documento que perdió su amigo.

—¡Ah!...

—Principiais á tocar las consecuencias de vuestra generosidad.

—Explicaos, doctor, porque...

—No puedo deciros más.

—Si no conocemos bien la situación...

—Para que la conociéseis tendría yo que revelaros un secreto de Estado.

—Me hacéis temblar.

—Advertida estáis... determinad ahora lo que mejor os parezca.

—Pues bien—replicó enérgicamente la viuda—, cumpliré mi deber, aunque me cueste la vida.

Muy poco más hablaron.

Olivares se despidió y salió desenvainando la espada y diciendo:

—Iré con cuidado, porque estos nobilísimos caballeros son capaces de todo.

Entretanto las dos infelices mujeres dirigían súplicas conmovedoras al Omnipotente.

Nada más sucedió aquella noche.

CAPITULO XXXII

LO QUE AL FIN HIZO LA SEÑORA ANA

Aquella noche apenas pudo conciliar el sueño el señor de Carvajal.

A la siguiente mañana se levantó á las nueve, tomó algún alimento y salió de su casa con la resolución firmísima de poner en claro sus dudas y averiguar si el papel se encontraba en manos de sus infelices víctimas.

Densa palidez cubría el rostro del caballero, y su mirada era profundamente sombría.

Sin encontrar alma viviente pasó por las cercanías del monasterio, donde tampoco había ningún trabajador.

Tomó por el sendero que conocemos ya, y llegó á la casita, encontrando á las dos mujeres.

La madre fijó una mirada intensa en el caballero, y la hija volvió á otro lado la cabeza.

Muchas dificultades había encontrado la noche anterior don Juan de Guevara; pero no menos encontraba el señor de Carvajal para dar principio á la conversación.

—¿Que queréis?—preguntó la viuda con tono de altivez.

—Perdonadme—dijo don Pedro con cuanta dulzura le fué posible.—Ya sé que mi presencia os desagrada; pero graves motivos me obligan á venir.

—Comprendo: queréis salir de dudas; habéis venido para buscar aquí la tranquilidad después de haber traído la agitación y los sufrimientos; venís en busca de generosidad después de haber cometido todos los abusos, después de haber llevado el egoísmo hasta el crimen, y el crimen hasta la crueldad más refinada. Sí, vuestra presencia no solamente nos desagrada, sino que nos ofende.

No necesitó más don Pedro para comprender que el documento se encontraba en manos de sus víctimas, y que éstas habían decidido imponer condiciones.

¿Qué le importaban las condiciones al criminal?

Todas las aceptaría, absolutamente todas, fingiría que estaba arrepentido y prometería ser honrado con tal de que le devolviesen el papel de que dependía su existencia.

Después haría lo que le pareciese mejor, se reiría de la credulidad de aquellas infelices, y seguro de la impunidad, cometería nuevos abusos para dar satisfacción á su impuro anhelo.

¡Pobres mujeres!

No habían querido escuchar los prudentes consejos del doctor, y se arrepentirían de haber sido generosas hasta la exageración.

—Señora—dijo don Pedro después de algunos minutos y como si tratase con la más noble dama—, razón os sobra para acusarme, y yo tengo la obligación de escucharos respetuosamente.

—¿Hay algún mal que no nos hayais hecho?

—Todos, y si alguno quedaba, no lo habéis sufrido...

—Porque habéis sido impotente para descargar el golpe.

—Es verdad.

—En un instante hicisteis desaparecer el único recurso con que contábamos para vivir, y como si esto no fuese bastante, os convertisteis en asesino para destrozar el corazón de mi pobre hija.

El caballero inclinó la cabeza como si no pudiese arrostrar la mirada dominadora y terrible de su víctima.

—Todo eso es horrible, ya lo sé—murmuró—, y ahora lo veo, porque la mano justiciera del Omnipotente...

—Callad, impío.

—Todo lo merezco.

—Estáis arrepentido, ¿no es verdad?

—Os juro...

—No juréis, don Pedro.

—Y tengo miedo también, señora, miedo yo, que ante nada he temblado; miedo yo, que en momentos de delirio he llamado al infierno en mi ayuda... ¡Oh!... No podéis comprender lo que hace sufrir el arrepentimiento, no podéis concebir...

Se interrumpió el señor de Carvajal como si ahogado se sintiese.

Debían faltarle las fuerzas, porque se dejó caer en una silla, inclinó sobre el pecho la cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

Inmóvil quedó como una estatua.

Su respiración era violenta y desigual.

Representaba admirablemente la farsa.

La viuda lo contempló por algunos minutos, diciéndole luego:

—Si es verdad que vuestra conciencia ha despertado y estáis arrepentido...

—Pruebas tendréis, y tan claras, que no den lugar á la duda.

—No quiero pruebas, pues no soy yo, sino el Omnipotente, quien ha de juzgaros, y la mirada del Omnipotente penetra en lo más recóndito de nuestras almas, de nuestra conciencia.

—Pero también tengo deberes con el mundo.

—Y como vuestra conciencia ha despertado—replicó irónicamente la viuda—, queréis á toda costa cumplir esos deberes...

—Señora...

—¿Y cuál es la causa de cambio tan repentino?

—No lo sé... He sufrido mucho con los delirios de mi pasión, y cuando ya las fuerzas me faltaban para soportar mi sufrimiento, Dios quiso... Perdonad... No acierto á explicarme... Un rayo de luz penetró en mi inteligencia... Yo estaba ciego, recobré la vista y pude contemplar el negro fondo del abismo que á mis pies se abría.

—No os molestéis — interrumpió la pobre madre.

—Si pudiéramos explicar todo lo que sentimos...

—Escuchad.

Más intensa y más terrible se fijó la mirada de la viuda en el caballero, y después de algunos instantes y con voz reconcentrada dijo:

—Sois un miserable lo mismo que siempre, más que nunca.

—¡Señoral...

—Ayer érais el asesino que tiene siquiera el valor de arriesgar la vida para llevar á cabo su criminal empresa, y hoy ni ese valor os queda, sois la criatura cobarde y abyecta que se humilla, que se degrada, arrastrándose á los pies de su propia víctima, como se arrastra el reptil para clavar su diente ponzoñoso.

—¡Oh!...

—Ayer érais digno siquiera de que os odiasen; pero hoy apenas merecéis que se os tome en consideración para despreciaros.

Don Pedro se estremeció convulsivamente.

Sintió afluir á su cabeza toda su sangre, y que su sangre en fuego se convertía.

Lo que debía sufrir en aquellos momentos

puede comprenderse teniendo en cuenta su soberbia satánica.

¡Ultrapado por aquella infeliz mujer!

Esfuerzos sobrehumanos tuvo que hacer don Pedro para no dejarse llevar del impetuoso arrebatado de su indignación y su cólera.

Volvió á inclinar la cabeza, se oprimió las sienes y quedó silencioso.

Mucho sufría; pero mucho valía lo que deseaba conseguir.

La cuestión era de vida ó muerte para él, y bien podía hacer todos los sacrificios para salvar la existencia.

Tiempo le quedaría después, y tiempo sobrado, para vengarse, para gozar viendo sufrir á la desdichada que sufrir le hacía.

—Seguid escuchando—dijo la viuda—, que aún no he concluido.

—Decid cuanto bien os parezca, que escucharos es mi obligación.

—¿Sabéis cuál es la causa de vuestro arrepentimiento? Vos no acertáis á explicarla, pues con claridad yo la explicaré. Ayer, cuando intentásteis llevar el abuso hasta lo inconcebible...

—Por Dios, señora...

—Dios quiso que aquí quedase un papel que en vuestro bolsillo llevábais.

—¡Ah!—exclamó don Pedro, poniéndose en pie como impulsado por un resorte.

—Vuestra vida está en mis manos, puedo entregáros al verdugo ahora mismo, y como á pesar de todo vuestro valor os espanta la muerte, os humiliáis ante las infelices mujeres á quienes habéis maltratado, suplicáis y de rodillas caéis á mis pies...

—Sí, porque os he ofendido, y...

—Basta.

—Ese documento...

—Yo lo guardo.

—¡Dics mío!

—Es el arma con que defenderé la honra de mi hija, es la amenaza terrible con que enfrenaré vuestra impura pasión.

—Sois demasiado noble, señora... Tendréis compasión...

—Puedo vengarme.

—No lo haréis, no, porque la venganza es de almas ruines, y es demasiado noble la vuestra; no os vengareis, porque luego os arrepentiríais; porque cuando viéseis mi cabeza en manos del verdugo, os horrorizaríais de vuestra propia obra.

—Necesito defenderme.

—¡Por la memoria de vuestro noble esposol...

—En vano suplicáis, don Pedro, porque mi resolución es irrevocable.

—Pero...

—Guardaré el terrible documento, no en mi poder, porque sería un peligro para mí; y apenas intentéis cometer un nuevo abuso...

—Devolvedme ese papel y os daré el oro á montones.

—¡Oro á quien se honra con la pobreza!

—Pediré licencia al rey, me alejaré para siempre de la corte, no volveréis á verme ni sabréis de mí.

—Vanas promesas...

—Por mi honor os juro...

—Juráis por lo que habéis perdido.

—Os daré garantías de tal naturaleza...

—No hay ninguna que nos tranquilice más que la que el Omnipotente ha puesto en mis manos.

Don Pedro no sabía ya qué hacer ni qué decir.

La viuda añadió después de algunos momentos:

—Ya que por última vez entráis en esta casa, sentaos, que aún he de deciros algo que os interesa.

Sorprendido, miró don Pedro á la señora Ana, y respondió:

—No adivino...

—Vais á salir de dudas.

—Os escucho.

—Anoche vino á visitarme un caballero que es más ruin que vos, uno de esos miserables cuya depravación ha llegado hasta lo inconcebible. A vos, don Pedro, os queda siquiera el orgullo de vuestra raza, la dignidad, que muchas veces se convierte en soberbia, y, sobre todo, el valor.

—Gracias, señora, gracias, porque hacéis justicia á mis sentimientos. Soy capaz de cometer todos los crímenes, pero jamás olvidaré que me llamo Carvajal.

—Ese hombre ruin tiene también un apellido ilustre: se llama Guevara.

—Don Juan...

—Sí.

—¡Miserable! —exclamó don Pedro, volviendo á ponerse en pie.

Y dos centellas se escaparon de sus ojos.

—Dice que es vuestro amigo...

—¡El villano!

—¿Queréis saber lo que buscaba?

—Lo adivino.

—No se le mostró la fortuna propicia, pues aquí se encontró con el doctor Olivares, y apenas acertaba á pronunciar una palabra, y como no se atrevía á manifestar claramente el objeto de su visita, dijo que lo traía un sentimiento de generosidad, de vivo interés por nuestra suerte, y que venía á advertirnos que vos meditábais...

—Basta, señora, basta.

—Lo que en realidad quería era el documento que ayer perdisteis, y no para libraros del peligro que os amenaza, sino para tener un arma contra voz, ó tal vez...

—¡Traidor!...

—Advertido estáis, don Pedro, y ahora podéis hacer lo que mejor que os parezca.

El señor de Carvajal se sintió aturdido como nunca.

Aquella mujer, á quien tanto mal había hecho, le pagaba con un aviso muy saludable, con un rasgo de generosidad.

Además, si no le había devuelto el peligroso papel, por lo menos tampoco hacía uso de arma tan terrible, sino que se concretaba á guardarla para defenderse.

Viéndolo estaba, y no concebía don Pedro tanta nobleza, porque las armas ruines no pueden concebir la elevación, la verdadera nobleza.

—Concluyamos—dijo—, porque me faltan las fuerzas, os lo juro.

—Es posible...

—Mi situación...

—La conozco, y vos conocéis la mía. No olvidéis que entre nosotros hay un abismo que no salvaréis con toda vuestra audacia.

—Ya lo veo.

—Por lo demás, si muchos males nos habéis hecho, si nos habéis destrozado el alma...

—¡Oh!...

—Ya me he vengado, y más allá no iré, si á ello no me obligáis. Olvidadnos, ó, por lo menos, respetadnos, y respetad también la vida del señor Felipe.

—Así he de hacerlo forzosamente.

—Ahora, y puesto que hemos terminado esta enojosa conversación...

—Me iré.

—Y que Dios os ilumine, señor de Carvajal.

—¡Oh!—murmuró el caballero con voz sorda.—Por primera vez en mi vida he tenido que sufrir la humillación.

Y salió de la casa con pasos vacilantes, como si estuviera ebrio.

Lo que sentía no hubiera podido explicarlo.

Dió algunos pasos y se detuvo.

Se quitó el sombrero, porque la cabeza se le abrasaba.

Aspiró con avidez el aire libre; pero no encontró consuelo, porque aquel día el calor era sofocante.

Después de algunos minutos avanzó por el tortuoso sendero con cuanta prisa le fué posible.

Volvió á su morada.

—¡Por el infierno!—decía.—Don Juan de Guevara es un traidor.

Y tanto pensó en esto, y tantas razones buscó para justificar tan grave sospecha, que acabó por convencerse sin que le quedase la más leve duda.

Valor le sobraba y acostumbrado estaba también á exigir satisfacción por las ofensas que recibía, y cuanto más reflexionó, parecióle más mengua dejar el asunto como estaba.

—No—decía—, no puede quedar esto así, y es preciso que el traidor miserable sepa lo que cuesta engañar á un hombre como yo. Razón le sobraba al señor Antonio... Y no quise escuchar sus prudentes consejos; pero afortunadamente me ha salvado una casualidad.

No quiso perder un instante don Pedro, y otra vez salió de su morada, yendo en busca de don Juan; pero le dijeron:

—Esta mañana al amanecer partió para Madrid.

—¡Cobardel—exclamó el señor de Carvajal.—Huye, pero no se librará de mi cólera aunque se oculte en las entrañas de la tierra.

Inmediatamente fué á la morada de Felipe II, que lo recibió apenas le dieron el aviso.

—¿Qué negocio traeis por aquí á estas horas?—preguntó el monarca.

—Señor, un asunto de mucha gravedad y muy urgente me obliga á ponerme en camino para Madrid sin perder un minuto, si es que vuestra majestad me da licencia.

El monarca fijó su mirada penetrante y escudriñadora en el caballero, y le dijo:

—Estáis agitado. ¿Os ha sucedido alguna desgracia?

—Responderé á vuestra majestad con la franqueza que debo: me han inferido una ofensa y necesito dejar bien puesto mi honor.

—Eso es demasiado grave.

—Como toda cuestión de honra, señor.

—Y venís á pedirme licencia para matar, en vez de pedirme justicia.

—Cuando las ofensas son de cierta clase...

—Comprendo.

—Abrigo la esperanza de que se me den cumplidas satisfacciones.

—¿Y quién os ha ofendido?—preguntó fríamente el monarca.

Tenía don Pedro que responder sin vacilar, so pena de incurrir en grave desacato, y la verdad tenía que decir para no ponerse en un nuevo peligro.

Si antes hubiera reflexionado, de seguro no hubiera pedido la licencia para emprender el viaje; pero ya no podía retroceder.

—El hombre que me ha ofendido, abusando de mi confianza, es don Juan de Guevara.

—¿Acaso no está en el Escorial?

—Partió al amanecer.

—¡Oh!...

—Yo creí que vuestra majestad lo sabía.

—No tiene obligación de pedirme licencia para ir donde se le antoje.

—Anoche lo vi y no me dijo una sola palabra sobre su viaje.

—Pues no os molesteis, don Pedro, porque no lo encontraréis.

—Si es tan cobarde que se oculta...

—Eso no lo sé.

—Señor...

—Además, la situación en que se encuentra don Juan de Guevara no le permite daros satisfacciones, y me parece que haríais mejor en dejarlo; pero no os prohibo que lo busqueis, ni en semejante asunto me mezclaré, á menos que llegueis á producir un escándalo.

—No lo haré.

—Mi licencia teneis, don Pedro... Que Dios os acompañe.

—Gracias, señor.

Debó desistir el señor de Carvajal; pero no lo hizo, y á penas llegó á su casa, llamó á su escudero, diciéndole:

—A Madrid, Andrés.

—Pero...

—Me acompañarás y otros dos pajes... Que ensillen inmediatamente.

—¿Y esos hombres?...

—Esperaran, porque otra cosa no tienen que hacer.

—Si hemos de volver pronto...

—Sí.

—Entonces...

—Por el camino te daré explicaciones.

Andrés obedeció, y antes de quince minutos don Pedro de Carvajal partió seguido de su escudero y de dos pajes.

La situación se había complicado.

¿Cómo se defendería don Juan de Guevara?

¿Cómo justificaría su proceder?

Lo veremos muy pronto.

CAPITULO XXXIII

DONDE EMPEZAMOS A CONOCER A DOÑA LUZ

A Madrid llegó don Pedro, y no se permitió un instante de reposo, sino que inmediatamente salió de su morada y fué á la de don Juan.

Con respeto profundo lo recibió el criado del señor de Guevara, pero le dijo:

—No ha vuelto del Escorial mi señor.

—De allí salió al amanecer.

—No lo niego; pero aquí no ha venido.

—¡P r Satanás!...

—Y en gran cuidado me poneis, pues á sospechar empezó que alguna desgracia le haya sucedido.

—Se oculta porque es un cobarde.

—S ñor don Pedro...

—Decídselo así.

—Repetiré vuestras palabras, porque mi deber es repetirlas.

—Y decidle también que á buscarlo he venido y que lo espero.

—Descuidad, que lo haré con toda exactitud.

¿Mentía el criado de don Juan?

No, porque éste no se había presentado en casa, si bien era cierto que se encontraba en Madrid.

La noche anterior había reflexionado muy detenidamente, y comprendió que se había colocado en una situación bastante difícil con respecto al s ñor de Carvajal.

¿Cómo explicaría su proceder?

Bien podía decir que trabajaba, según lo convenido, para encontrar el documento; pero siempre resultaría el peligro del primer arrebato de cólera de don Pedro, y convenía dejarlo para que recobrara la calma.

Determinó, pues, don Juan alejarse, y á la vez aprovechar el tiempo para inutilizar á su rival, si existía.

Se aposentó en una posada, esperó la hora

conveniente, y se encaminó á la vivienda de don Luis, que lo recibió con la misma gravedad y la misma reserva que siempre lo hacía.

—Por desgracia—dijo don Juan—, no puedo daros aún la noticia de haber conseguido lo que deseo; pero mis esperanzas son las más risueñas.

—Quiera Dios que se realicen bien pronto.

—Hoy, contra mi voluntad, tengo que hablaros de un asunto desagradable, que si á mí me interesa mucho, no os interesa menos á vos.

—No adivino...

—Corren voces, que hasta mí han llegado, de que vuestra hija corresponde al amor de un caballero, cuyo nombre se ignora.

Se arrugó el entrecejo de don Luis.

—¡Enamorada mi hijal—exclamó.

—Eso se dice.

—¿Vos lo sabeis con seguridad?

—No, caballero.

—Es imposible.

—Tanto se afirma...

—Don Juan, es muy vago lo que decís.

—Más averiguaré, caballero; pero entre tanto me ha parecido conveniente daros el aviso.

Don Luis de Guzmán inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó silencioso.

Había esperado Guevara un arranque de cólera; pero se equivocó.

Era muy severo el padre de doña Luz; pero raras veces se dejó arrebatar por la ira.

Algunos minutos pasaron.

Levantó la cabeza don Luis y dijo con calma:

—Es muy fácil saber la verdad.

—Es posible, y la sabremos; pero fácil...

—Os convencereis muy pronto.

—Veamos.

—Esperad.

Don Luis llamó y le dijo á un criado que acudió:

—Que venga doña Luz.

Pocos minutos después se presentó la joven y saludó ceremoniosamente á don Juan, diciéndole á su padre:

—Aguardo vuestras órdenes.

—Sentaos y escuchadme.

Se sentó doña Luz y fijó la mirada en el suelo.

Guevara la contempló con toda la ansiedad de su pasión devoradora.

—Sois objeto de murmuraciones—dijo don Luis gravemente.

—Lo ignoro, padre mío, y os agradezco mucho que me lo digáis, porque así podré evitar que se

ocupen de mí. Alguna falta, alguna ligereza, alguna indiscreción he cometido sin darme cuenta de lo que hacía, y espero que me perdonareis, porque es firme mi propósito de enmienda.

—Muy bien, hija mía, muy bien.

—Si á bien teneis decirme de qué manera he dado lugar á que de mí se ocupe el mundo...

—Se asegura que un caballero os ama.

—Es posible, aunque no probable; pero...

—La culpa no es vuestra, ya lo sé.

—Mientras yo no dé motivos para el amor ni para el odio...

—Pero vuestra falta consiste en corresponder secretamente á ese amor, pues vuestra reserva, si no es una rebeldía contra mi autoridad, es de la rebeldía el principio, es...

—Sí; hacer sin vuestra licencia lo que no estoy facultada para hacer.

—Eso es.

—Padre mío—repuso la joven con perfecta calma—, bien puede suceder que contra mi voluntad se interese mi corazón, y también es posible que en un momento de ofuscación os oculte lo que siento, porque al fin soy una débil criatura, y no estoy libre de cometer todas las faltas; pero no ha sucedido.

—¿Es esa la verdad?

—Verdad debe ser cuando lo he dicho.

Don Luis, completamente satisfecho, dirigióse á don Juan y le dijo tranquilamente:

—Viéndolo estáis.

—Sí, ya lo veo.

—Podeis desmentir á los que murmuran, y ese es vuestro deber.

—Puesto que doña Luz asegura...

—Mi hija no miente.

—Estoy, pues, tranquilo.

—¿Nada más queréis?

—Sí, pues ya que de esta clase de asuntos hablamos, te daré á conocer una resolución relacionada con tu suerte.

Doña Luz fijó en su padre una mirada de extrañeza.

—Escucho con el respeto debido.

—Don Juan de Guevara, aquí presente, me pidió tu mano y, aunque con ciertas condiciones, se la concedí.

La escena muda que entonces tuvo lugar, no puede concebirse.

La bellísima joven volvió la cabeza y miró intensamente al señor de Guevara.

Este experimentó una sensación inexplicable.

Enrojeció su rostro, y luego palideció.

Por algunos momentos reinó un silencio absoluto.

¿Qué respondería doña Luz?

Don Luis creía firmemente que su hija estaría conforme con aquella determinación, sin hacer observaciones de ninguna clase.

No le sucedía lo mismo á don Juan, y temblaba, esperaba con tanta ansiedad como temor.

Por fin la joven, con una calma que en aquellas momentos era espantosa, dijo:

—Don Juan, hubiera sido más acertado y más conveniente para todos, que antes de pedir mi mano hubiéseis hecho algunas observaciones.

—¿Y con qué fin?—preguntó el criminal con voz insegura.

—Con el de averiguar si era posible que yo os amase.

—Doña Luz...

—Y no es posible, caballero, no es posible—dijo fría y tranquilamente la joven.

—¡Ahl...

—¿Qué estáis diciendo?—replicó don Luis.

—La verdad, lo mismo que antes.

—¡Os rebelais!...

—No, padre mío: es que digo lo que siento, y nada más. ¿Debo mentir? Se trata de la felicidad de toda mi vida y quiero hablar con franqueza. Hay hombres á quienes no amo, pero que los amaría con el tiempo y con sus demostraciones de ternura; pero otros me inspiran una repulsión que es más invencible cuanto más se empeñan en vencerla, y esto, don Juan, me sucede con vos.

Las palabras de doña Luz podían considerarse hasta como una gran ofensa.

Nerviosa palidez cubría el rostro del señor de Guevara, que no pudo articular una sílaba.

—Basta—dijo don Luis.—De este asunto trataremos después, señora... Y vos, don Juan, tranquilizáos, que ni dejo de cumplir lo que prometo, ni permitiré que se desconozca mi autoridad.

Don Juan se puso en pie.

—Sí—dijo—, nosotros trataremos también de este asunto, que, aunque parece concluir, apenas ha principiado.

Y añadió, dirigiéndose á doña Luz:

—He dicho á vuestro padre lo que se murmura; pero sin negar ni afirmar, porque no tengo pruebas. Vos negais terminantemente, con perfecta tranquilidad y sin vacilaciones, y os creo,

porque de vuestros labios no puede salir la mentira. Nadie como yo tiene motivos para felicitar-se de que no sea verdad lo que se dice; pero no llevareis á mal que me cuide de este asunto con interés, porque en lo posible cabe que lo que hoy no sucede suceda mañana, y entonces...

—He dicho cuanto tenía que decir—interrumpió desdenosamente doña Luz.

—Yo también, señora... Que Dios os guarde... Hasta mañana, don Luis.

El señor de Guevara salió con pasos vacilantes.

Estaba trastornado por la ira.

Se contemplaron el señor de Guzmán y su hija.

—Señora—dijo el primero—, necesito reflexionar, porque es demasiado grave lo que sucede.

—Sí, muy grave.

—No podemos continuar hoy esta conversación.

—Como bien os parezca.

—Habla-remos mañana.

—Espero vuestras órdenes, padre y señor.

—Vos también debéis reflexionar, porque se trata...

—De mi dicha, de mi porvenir.

—Y también de mi autoridad que, según parece, habeis desconocido.

—Probaré que estais equivocado.

—Lo veremos.

—Mi resolución...

—Dejadme ahora, doña Luz.

La joven salió de la cámara para volver á la suya.

CAPITULO XXXIV

GUEVARA SIGUE LOS TRABAJOS DE ZAPA

Don Juan se sentía horriblemente atormentado por aquella contrariedad que tanta importancia tenía, y lo que más le espantaba y le hacía sufrir era la calma inalterable de doña Luz, calma que probaba la firmeza de su resolución.

¿Conseguiría el padre vencer la resistencia de la hija?

Sobre ser esto dudoso, era muy triste casarse con una mujer que principiaba por decirle á su esposo que no le amaba, lo cual era equivalente á decirle que lo aborrecía ó que muy pronto había de odiarlo con toda su alma.

Necesitaba el caballero desatúrdirse y reflexionar muy detenidamente.

Después de hacerlo así, creyó que si conseguía presentar á don Luis pruebas de que su hija amaba á otro, cambiaría la situación, porque el severo padre llevaría muy á mal haber sido engañado, pondría inmediatamente remedio, y al fin la joven, convencida de que nada había de conseguir, aceptaría su suerte y con el tiempo amaría más ó menos al esposo que le habían destinado.

De todas maneras lo que deseaba don Juan era casarse con doña Luz, ya porque así le convenía, ya porque no podía vivir sin ser dueño de aquella hermosura prodigiosa que tan violenta pasión había escendido en su pecho.

Todo estaba dispuesto á sacrificarlo el señor de Guevara, absolutamente todo, hasta el sentimiento de su dignidad, puesto que, como acabamos de decir, sin la posesión de doña Luz era para él insoportable la vida.

Además, la garra implacable de los celos destrozaba su alma y tenía necesidad de vengarse, de aniquilar si le era posible á su rival afortunado, porque de otro modo era imposible la tranquilidad de su espíritu.

Conocemos ya la ruindad del caballero, y no tenemos que decir que consideraría lícitos todos los medios que le llevasen al fin deseado.

Con ansiedad creciente esperó que llegase la noche, y á las nueve se encaminó á la vivienda de don Luis de Guzmán, situándose en el hueco de la puerta de enfrente desde donde todo podía observarlo sin ser visto.

Lo favorecía la oscuridad, pues no había tenido por conveniente la luna dejarse ver y algunas nubes encapotaban el horizonte, resultando así que á la tierra no llegaba ni siquiera la claridad de las estrellas.

Más de dos horas pasaron.

Ni una sola persona transitaba por la calle.

El silencio era absoluto en el interior de la vivienda de don Luis; pero no debían haberse entregado al reposo todos los habitantes de aquella casa, pues á través de los vidrios de una ventana escapábanse algunos destellos de luz.

No perdía don Juan la paciencia.

Finalmente, resuelto estaba á permanecer allí toda la noche; pero la fortuna caprichosa quiso favorecerlo.

Dieron las doce.

Resonaron pasos en uno de los extremos de la calle.

A los pocos minutos y muy confusamente pudo don Juan distinguir el bulto de una persona, que se detuvo, frente a la casa de Guzmán, levantó la cabeza y contempló la ventana por donde salían los rayos de luz.

No le quedaba duda a don Juan de Guevara de que aquel hombre era su rival.

Le hubiera acometido si tuviera valor para ello; pero se concretó a observar mientras temblaba convulsivamente a impulso del despecho, del miedo y de la ira.

No había ido el caballero para complacerse en mirar a la ventana, y pocos momentos después se acercó a una puertecilla, que era la que daba paso a las caballerizas, y allí dió algunos golpes.

Ni remotamente pudo sospechar que lo espían.

Con otros golpecitos le contestaron y él repitió el llamamiento.

La puertecilla se abrió, volviendo a cerrarse cuando entró el enamorado.

—¡Ah!—exclamó don Juan con voz reconcentrada—Ya tengo la prueba. Esperaré y sabré quién es mi rival, porque lo seguiré. ¡Vive el cielo!... Así son las mujeres. Envaneciéndose con que nunca manchaba sus labios con la mentira, y pocas habrá que mientan con tanto descaro, con tanta serenidad. Y don Luis, a pesar de todo su talento y de toda su experiencia, con el candor de un niño, tomaba por artículos de fe cuanto su hija decía. Está ciego; pero yo daré luz a sus ojos. El desengaño le hará sufrir mucho, y... ¿qué importa? Yo sufro también.

Mientras a estas reflexiones se entregaba el caballero traidor, el amante afortunado atravesaba habitaciones y pasillos y subía escaleras en compañía de la dueña de doña Luz.

Casi es excusado decir que la tal dueña era, como todas las de su oficio, muy sensible cuando en sus manos ponían una moneda de oro, y que la blandura de su corazón no le permitía resistir a las súplicas cuando se las hacían al mismo tiempo que las dadas.

Para cuidar de doncellas, para guardarlas y guiarlas por el buen camino, acudían en aquellos tiempos los padres a las dueñas, sin pensar que no podían ponerles guardián más infiel, pues la lealtad no dependía sino del dinero de quien solicitaba su ayuda.

Los amantes pobres no podían contar con el auxilio de las dueñas, que entonces se mostraban intransigentes y severísimas para cumplir su deber.

Las había de todas clases, más ó menos codiciosas, torpes ó astutas, y de estas últimas era la de doña Luz; pero sabía fingir muy bien, y todos creían que era una infeliz inocente, a pesar de sus sesenta años.

Su defecto único consistía en su carácter áspero y en que se mostraba frecuentemente severa hasta la exageración; pero esto, para ciertos casos, era una buena cualidad.

El oro del señor Quirós conquistó fácilmente a la señora Justina, que así se llamaba la dueña, a quien todos creían incorruptible.

La raza de las dueñas desapareció para bien de las familias y desgracia de los seductores.

Cuando joven había sido bastante fea la señora Justina, y cuando vieja llegó a ser horrible.

Sin embargo, y a pesar de que nunca había encontrado un hombre a quien interesar con su persona, no perdía la esperanza de poder arrojar lejos de sí la palma del martirio, si es que la palma corresponde a las que no se han casado, sin tener en cuenta otras circunstancias y antecedentes; pues si es que otra cosa debe mirarse, a llevar la palma, que simboliza la gloria y la pureza, la castidad, no hubiera tenido ya derecho la señora Justina. Sobre este punto no tenemos para qué meternos en más honduras, pues hay cosas que no nos interesan.

—Ya estaba con cuidado mi noble señora—decía la dueña al enamorado caballero, mientras atravesaban las silenciosas habitaciones y los solitarios pasillos.

—¿Y por qué?—preguntó el señor Antonio.—Es la hora de costumbre, ni un minuto más, porque siempre pongo especial cuidado en no llegar antes ni después.

—Ciertamente es la misma hora; pero como hay días aciagos...

—¿Ha sucedido alguna desgracia?—replicó el enamorado caballero, deteniéndose y mirando añorosamente a la señora Justina.

—Un disgusto ha tenido que sufrir mi señora, y otros muchos teme por el mismo estilo y por la misma causa, y si continuamos así...

—Explicaos.

—Pues no es más sino que mi noble señor, como quien hace la cosa más sencilla, ha prometido a otro caballero la mano de doña Luz.

—¡Por el infierno!—exclamó Quirós.

Y su frente se contrajo, y con el fuego de la más reconcentrada ira se iluminaron sus ojos...

—Pero no tengáis cuidado, es decir...

—¿Quién es ese hombre?

—Quizás no lo conozcáis, porque él anda siempre metido entre la gente cortesana, y vos estáis siempre huyendo de palacio; de manera...

—Su nombre, decid su nombre—interrumpió vivamente el caballero.

—¡Don Juan de Guevara.

—¡Ira de Satanás!

—¡Jesús!...

—¡Don Juan!...

—¿Lo conocéis?...

El miserable indigno de la amistad de los hombres honrados...

—¿Qué estáis diciendo?

—¡Oh!...

—Pues yo tengo entendido que es un caballero, y aunque no posee grandes riquezas, podrá mejorar su fortuna, porque ahora van á darle un puesto elevado, creo que el de sumiller, gentil hombre de su majestad ó cosa por el estilo, y...

—Será el precio de alguna traición—dijo el señor Antonio sin poder contenerse.

—Unas cosas decís...

—Continuad.

—Mi noble señora os dirá lo que tenga por conveniente, pues mi obligación es ser discreta; y...

—Acabad.

—Según he podido entender, don Juan de Guevara le ha dicho á mi señor que doña Luz correspondía al amor de un caballero para él desconocido, y esto es lo peor, pues aunque mi señora ha negado con mucha tranquilidad, ya debe vivir sobre aviso su padre, y al señor de Guevara también, y observarán y acecharán, y es muy fácil que cuando menos se tema...

—Tranquilizaos.

—No puedo tranquilizarme, señor caballero, y será preciso que renunciéis á vuestras entrevistas, porque si mi señor se apercibe de que os introducís en su casa... ¡Que la Virgen nos proteja!... ¡Me horrorizo al pensar lo que puede suceder. ¿Qué sería de mí? Pues suave es el genio de mi noble señor... No, caballero, no puede ser.

—Será, porque los peligros que os amenacen los compensaré con dinero; y si de esta casa sa-

lís porque se descubra que me favorecéis, os daré para vivir con independencia y pasar tranquilamente vuestra vejez.

—Que Dios nos ampare.

—¿Y qué ha respondido doña Luz al saber que se había dispuesto de su mano?

—Yo no sé cómo ha tenido valor mi señora para hacer lo que ha hecho; pero ello es que con mucha frescura le ha dicho á don Juan de Guevara que ni le ama ni le amará.

—¡Ah!...

—Y él se ha ido desesperado, y lo que temo es que cuando averigüe quién es su rival...

—Es demasiado cobarde y no se atreverá á disputarme frente á frente el corazón de doña Luz.

Hablando así, llegaron á la cámara de la bellísima joven.

No podía el señor Antonio ocultar lo que sentía, pues borrasca espantosa agitaba su espíritu.

También doña Luz estaba triste y preocupada, porque había visto la primera nube en el horizonte de su porvenir, y temía que muy pronto se desencadenase la tormenta.

En realidad, la situación era grave, pues con lo que haciendo estaba don Juan, muy pronto sabría don Luis que su hija lo había engañado, y fácilmente podría tener la prueba de la mentira, sorprendiendo á los dos amantes.

No habían éstos de cambiar de conducta, aunque viesen muy cercano el peligro, pues se amaban demasiado y era imposible que se resignasen á vivir sin verse más que cuando se encontrasen por casualidad en la calle.

La mentira, el engaño no podía perdonarlo don Luis, y Dios sabe las resoluciones que adoptaría.

Nada de esto se le ocultaba á la joven, porque conocía demasiado bien á su padre; pero no estaba dispuesta á retroceder.

La dueña, en cumplimiento de las órdenes que tenía de su señora, fué á situarse en un rincón de la cámara, sentándose, sacando su rosario y empezando á rezar para dormirse muy pronto.

Así, aunque con libertad completa para hablar, no estaban solos los dos enamorados, y por consiguiente, no había que temer que en momentos de delirios se olvidasen de lo que les convenía tener más presente.

La libertad de la Cátedra.

Asalto de la Universidad de Madrid por la policía en 1884.

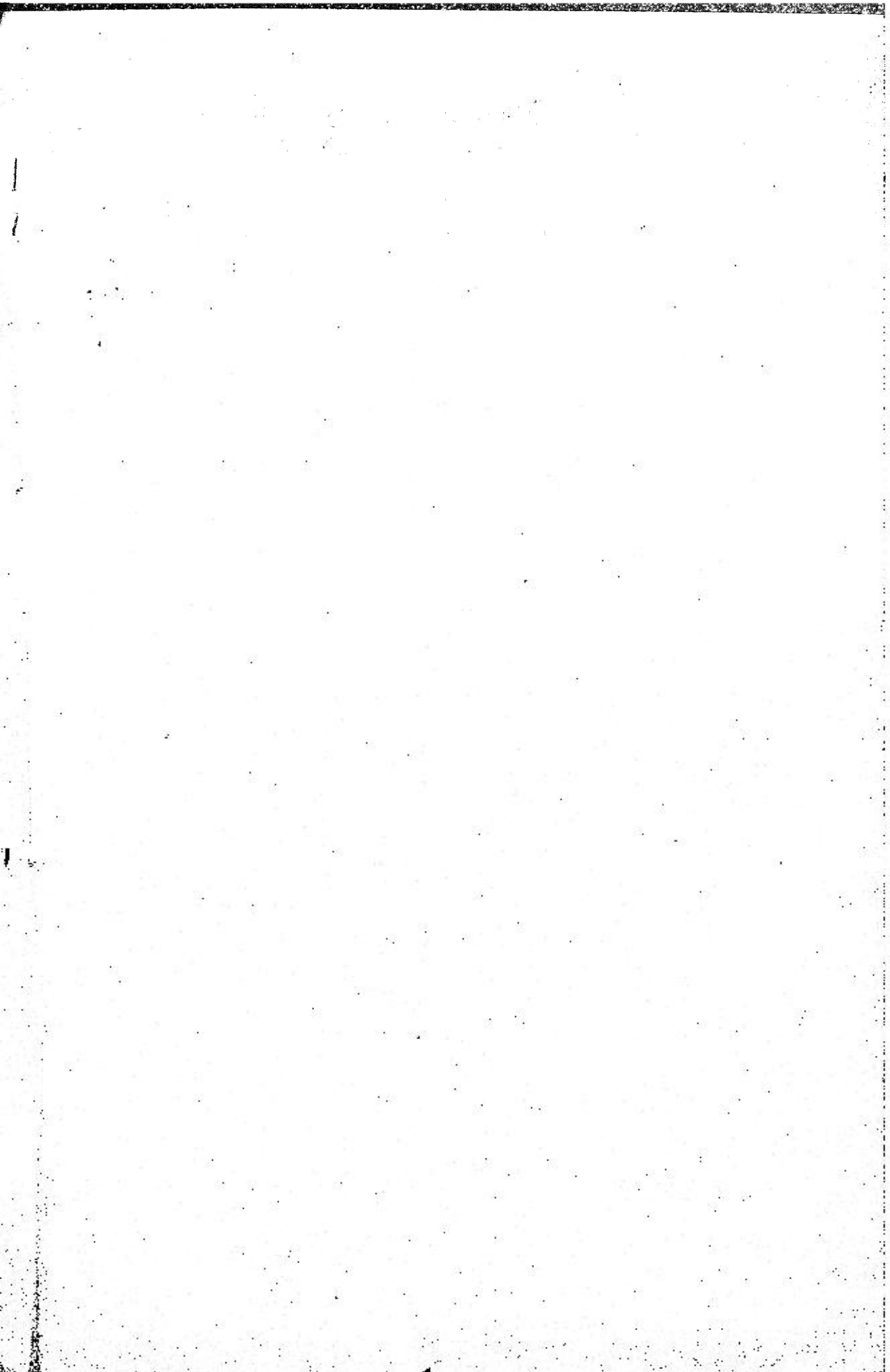
Esta obra del ilustre catedrático don Miguel Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos asociándose a la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos. Velada La que los escolares

madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Española Americana, Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado de correos 376.



PROLOGO DE EL ARTE DE LEER

Por EMILIO FAGUET, de la Academia Francesa, una de las obras más hermosas que se han publicado recientemente y que acaba de ponerse á la venta en todas las librerías.

“Se lee demasiado poco—decía Voltaire—; y, aun entre los que lo hacen para instruirse, la mayoría lee muy mal.”

También un epigramista desconocido—al menos yo le desconozco—decía á principios del siglo XIX:

He aquí la suerte de los hombres:
Muchos los llamados y pocos los elegidos.
He aquí la suerte de los libros:
Muchos los deletreados y pocos los leídos (1).

De aquí se deduce que el saber leer constituye un verdadero arte. Pensando en ello escribió Sainte-Beuve que “la crítica no es más que un hombre que sabe leer y enseña á leer á los demás”.

¿Pero en qué consiste este arte?

He aquí una pregunta difícil de contestar.

Puesto que todo arte ha de definirse según el objeto que aspira á conseguir, debemos, antes de nada, preguntarnos por qué y para qué leemos.

¿Es para instruirnos? ¿Es para juzgar las obras? ¿O es, por el contrario, para simple deleite ó regocijo?

En el primer caso debemos leer lentamente, con la pluma en la mano, anotando todo cuanto nos enseñe el libro, todo lo que haya en él de desconocido para nosotros. Después debemos releer muy despacio cuanto hayamos escrito.

Se trata, por lo tanto, de un trabajo serio y grave, donde no hay otro placer que el de sentirse cada vez más instruido.

En el segundo caso, cuando se leen las obras para juzgarlas ó, dicho en otros términos, cuando se lee *en crítico*, también hay que leer lentamente, tomando notas á cada momento é incluso sobre fichas ó tarjetas de índice.

Fichas relativas á la invención, á las ideas nuevas; referentes á la disposición, al plan ó especial manera con que el autor desarrolla su tema, é intercala en éste los pensamientos y las imágenes; fichas acerca del estilo y dominio del idioma, y fichas, por último, que se referían á la diferencia ideológica entre el autor y el lector, acerca de su criterio comparado con el nuestro y el de su generación frente al de la nuestra.

(1) Beaucoup d'appelés, peu d'élus.

.....
Beaucoup d'epelés, peu de lus.

De todas estas notas surge el concepto en que debemos tener al autor, y ya sólo nos resta reunir, generalizándolas, las ideas particulares que hemos ido observando y anotando para hacer, si no un buen artículo, por lo menos un artículo que se pueda leer.

Sin embargo, hay que reconocer que este sistema tiene el inconveniente de enseñar á leer *como crítico* y no sirve para gozar con la lectura. Pero no por eso debemos destruir la afirmación de Sainte Beuve.

El crítico que no lee gozando con la lectura, es incapaz de enseñar á los demás ese placer.

Podrá enseñar á leer como crítico, y por lo tanto, no enseñará sino un placer muy relativo, algo seco y árido.

Recuerdo que pocos meses antes de su muerte, me decía Sarcey: “Estoy ya cansado de leer los libros para hablar de ellos. Esto no es leer, no es abandonarse á la lectura. Es reaccionar, leer uno en sí mismo en vez de leer al autor.”

Tenía razón.

¿Para qué sirve la crítica? Para hacernos leer desde un punto de vista determinado.

Los artículos críticos son como introducciones ó prólogos de la obra criticada. Y algunos hasta sirven de algo.

Según que el lector haya leído ó no al autor, el crítico ejerce sobre él una influencia distinta, instándole á leer en la misma disposición ó á releer en otra nueva y desconocida.

En el primer caso dice: “Piense usted sobre esto”, y en el segundo: “¿Ha pensado usted sobre esto?”

Del mismo modo que Bonald veía siempre las cosas y los seres bajo un triple aspecto y para el cual toda triada tenía siempre un agente intermediario, toda lectura se compone de tres personajes: el lector, el autor y el crítico.

El crítico es el intermediario; es un hombre que no sabe leer más que como crítico y sólo sabe enseñar, por lo tanto, lectura crítica.

Nada más lejos de mi ánimo que censurar esa clase de enseñanza; pero, no obstante, al escribir esta obra me propuse todo lo contrario.

Es decir: enseñar el placer de la lectura. Que el lector aprenda el arte de leer como se aprende otro arte cualquiera, el de tocar un instrumento musical, por ejemplo, para obtener con ello la mayor cantidad de espiritual goce.

Pedidos á la EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA, Mesonero Romanos, 42, MADRID

Precio del ejemplar, 2 pesetas.